



CAZADOR

JUAN ERNESTO ARTUÑEDO

Lectulandia

Lucas es un joven curioso, intrépido y algo decidido, aunque quizá él todavía no lo sepa. Está a punto de vivir el verano que lo marcará para siempre, porque en su trascurso, se dará cuenta que ha dejado de ver las cosas con los ojos de un niño para empezar a ser adulto. Su vida dará un giro de ciento ochenta grados cuando entre a trabajar a las órdenes de su tío en una fábrica de aire acondicionado. Allí descubrirá el amor, la madurez, el erotismo y a los osos.

Un año después del éxito cosechado con «PELUCHE», y de coquetear con el género del relato en «EL ÚLTIMO BAILE», Juan Ernesto Artuñedo vuelve al ataque con la primera parte de la trilogía. «CAZADOR» supone el punto de partida ocho años atrás en la vida de su protagonista.

El inicio de la aventura osezna, erótica y autobiográfica que tanto nos divirtió con la primera novela. Si en «PELUCHE» nos mostraba un Lucas experto en las artes amatorias, aquí descubrimos la ternura de un adolescente que observa y estudia su entorno para aprender a sobrevivir en él, como si de un cazador se tratara.

El autor, escondido bajo unos diálogos dignos del mejor guión de cine, nos muestra la verdad de las cosas y otros posibles puntos de vista. Menos erótica que la anterior pero sí mucho más sutil y sensual.

Lectulandia

Juan Ernesto Artuñedo

Cazador

Trilogía Peluche 2

ePub r1.0

Rojo 12.12.13

Título original: *Cazador*
Juan Ernesto Artuñedo, 2007
Ilustraciones: Juan Ernesto Artuñedo
Diseño de portada: Pepe Buonamisis
Modelo portada: Ferran Gadea Latorre

Editor digital: Rojo
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Es la inercia que nos lleva al lado
deslumbrante como un ojo de pez
tan invisible como transparente
evitando el pánico a la tentación
la conexión al pánico

«Inercia» LAGARTIJA NICK

LA ACADEMIA

Corro a toda hostia. Que no me caiga la carpeta. Cruzo la calle sin mirar. Salto la acera. Subo escalones de tres en tres. Entro en la academia. Pasillo hasta la puerta. La abro. Don Vicente me mira de reojo. Me siento en la última fila. Saco la libreta. Mierda, el libro de contabilidad. Tomo apuntes. Subgrupo treinta y uno del Plan General Contable. Materias Primas. Activo, pasivo, debe y haber. Miro a Don Vicente que se va.

—Lucas, Lucas

—¿Qué hay, Matías?

—Agárrate a la silla

—Qué

—Lagartija Nick el siete de agosto en Vila-real

—¿Pillas tú las entradas?

—Claro

—Yo emigro

—¿No vienes a Inglés?

—He quedado con mi tío Julio...

—Ah

—... que este verano igual trabajo con él

—¿De?

—Instalando aparatos de aire acondicionado

—¿Lo qué?

—Eso le dije yo

—Que vaya bien

Salgo de clase. Vuelvo a cruzarme con Don Vicente en el pasillo. Me sonrío. Le miro, agacho la cabeza y salgo de la academia. Bajo escaleras. Despacio. Me giro. Don Vicente al otro lado del cristal.

A TRABAJAR

- Pasa
- Gracias
- ¿Qué quieres tomar?
- Un cortado
- ¡Jefe, café solo y cortado!
- ¡Marchando!
- ¿Nos sentamos?
- Vale
- ¿Fumas?
- Sí
- ¿No tienes clase hoy?
- Inglés
- Podíamos haber quedado más tarde
- Da igual
- ¿Y bien?
- Qué
- ¿Te lo has pensado?
- Sí, no sé
- ¿Qué no sabes?
- Que no tengo ni idea de aire acondicionado
- Ya te dije que no importaba
- Pero
- Sólo vas a ayudarme
- Sí
- Ya aprenderás
- Aquí tienen, café solo y cortado
- Gracias
- No sé, me da un poco de
- ¿Por?
- Es que nunca he trabajado
- Siempre hay una primera vez
- Ya
- No te agobies, Lucas
- Es que, si me pides una válvula de expansión, o un presostato, o un filtro deshidratador, o cables de esos que hay que poner, yo qué sé
- ¿Dónde has aprendido todo eso?
- Anoche estuve mirando en la enciclopedia

—Tranquilo que es fácil
—¿Y en la fábrica?
—Tú sólo me tienes que acompañar con la furgoneta
—¿Ya está?
—Hombre, si el encargado te manda faena, la haces y punto
—¿Qué faena?
—Pues hacer algún recado con la moto, barrer
—Ya
—Nada complicado, no te marees
—No
—Además, los compañeros de la fábrica son muy majos
—¿Sí?
—Tú vente y ya está
—Vale
—Bebe, que se enfría
—¿Y cuándo empiezo?
—Cuando puedas
—Es que aún tengo clases, bueno, hasta el martes
—Pues el miércoles
—¿A qué hora?
—A las ocho, así preparamos las salidas
—Vale
—Pues, quedamos así
—Sí
—¿Cómo están tus padres?
—Bien
—¿Tu hermana?
—También
—¿Se casa ya?
—Qué va, no quiere compromisos
—No cambia
—No
—¿Y tus clases?
—Bien
—¿Qué estudiabas?
—Administrativo
—Ah, sí
—Segundo
—¿Apruebas?

—Sí, igual me queda meca para septiembre
—¿Cómo?
—Mecanografía
—Ah
—Pero iré a clases de repaso y ya está
—¿Podrás compaginarlas con el trabajo?
—¿A qué hora acabáis?
—A las seis y media
—Voy lunes y miércoles a las siete, aunque no empiezo hasta el mes que viene
—Bueno, me marchó que me esperan, ¿se cobra, jefe?
—Dos euros
—Hasta luego, Lucas
—Adiós
—Nos vemos el miércoles
—Sí, sí

MECANOGRAFÍA

asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh

—Cuatro minutos —la profesora Doña Mercedes—. ¿Preparados? Silencio por favor. ¡Ya!

La historia que voy a contaros tiene más de cuatrocientos años, aunque el protagonista, Cara de Teja, un chaval de doce años, podría estar jugando muy cerca de aquí. El mote «Cara de Teja» se lo puso su madre. Y no lo hizo con maldad, sino por casualidad. Un precioso día de primavera, Cara de Teja —aún no le llamaban así pero para que me entiendan—, subió al tejado de su casa detrás de un pájaro blanco que se había escapado de la jaula que tenía junto a la ventana. Al ir a cogerlo, se resbaló con una teja y los dos cayeron al infinito de la calle adoquinada. Cuando la madre se acercó, su hijo yacía en el suelo con el pájaro agarrado en la mano. El pobre animal no sobrevivió a la presión con la que los dedos del chaval pinzaron su estómago. El chaval no se movía. La madre, paralizada, no se atrevía a levantar la teja que cubría su cara. Le horrorizaba pensar en el fin de su corta vida.

—¡Tiempo! ¡Tiempo!

—Doña Mercedes pulsando con fuerza el botón de su cronómetro

Le aterraba comprobar

—¡He dicho tiempo!

—¿Qué tal? —me pregunta Matías

—Mal

—¿Hasta dónde has llegado?

—Hasta aquí

—¿Sólo?

—Es que me pongo nervioso y miro el teclado

—Yo es que hago un montón de faltas...

—Y yo

—... y me resta un mazo

—Pero haces muchas pulsaciones

—Las justas

—A mí se me queda para septiembre
—Por una asignatura te vas a joder el verano
—Ya te digo
—Habla con Don Vicente
—Paso, si no llegas a doscientas cincuenta no te aprueba ni de coña
—Pero estarás cerca
—Doscientas veintipico
—¿Y?
—Ya veré lo que hago
—Que tengas suerte
—Gracias
—¿Una partida abajo?
—Vale

—Dispara, Lucas, que nos matan
—Hostia, hostia
—Uf, qué potra
—Cuidado
—Ya la veo, ya
—Hija de puta cabrona
—Es nuestra
—Ay, ay, mierda
—Echa otra moneda
—No me quedan, Matías
—Mete la mano en mi bolsillo
—¿Éste?
—En el otro
—Tienes las llaves
—Mete más
—Toco algo
—Venga, que en esta pantalla solo me pulen
—Ya voy
—Va
—Que ya voy, coño
—Joder, qué poco duras
—Es que no juego tanto como tú
—Que no sabes y punto
—Dispara, dispara
—Mierda

—Mira el sabelotodo
—¿Y tú qué?, ¿has llegado aquí alguna vez?
—Hostia, hostia
—Qué suerte tienes
—Uf
—No te lo crees ni tú
—Ay, mierda
—¿Una cerveza?

—¿Todo el verano?
—Hasta septiembre, empiezo el miércoles que viene
—¿Con lo del aire?
—Sí, ¿y tú?
—No sé, mis padres se van al apartamento de Benicàssim, igual me largo con ellos que me quedo con mi hermano en el piso
—Te vas a morir de calor en el piso
—Te llamaré para que me instales el aire
—Tus ganas
—A currar
—Cabrón, no pegas palo al agua
—Sí, pero he aprobado todo
—Eso sí
—Vamos a ver la batería

LA BATERÍA

Aparcamos las motos. Matías sube la persiana de la cochera.

—¿Qué te parece, Lucas?

—Está hecha una mierda

—¿Por cien euros qué quieres?

—Toca un poco

—¡Tupa tupa tupa tupa tum!

—¿No molesta a los vecinos?

—¡Tupa tupa que se jodan tupa tum!

—¡Espera, que bajo la persiana!

—¡No!

—¿Qué pasa?

—La llave, que está por fuera

—No jodas

—Ya te digo

—¿A ver?

—No, ni de coña vas a abrir

—¿Y qué hacemos?

—No sé, Lucas

—¿Hay otra puerta?

—¿Tú ves alguna?

—Como no nos oigan desde fuera

—¿Hay alguien? —golpeando la puerta

—¿Oiga?

—Mierda, ¿has candado la moto?

—No

—Yo tampoco

—No pasa nada, hombre

—La FDS me la robaron en esta calle

—No jodas

—¿Hay alguien? ¡Nos oyen!

—¿Oiga?

—Nada

—Alguien pasará, Matías

—Sí, para descojonarse

—De nosotros

—Lucas, ya está bien de coñas

—Perdona

—¿Oiga? ¡Nos oyen!
—Mierda
—¿Tienes móvil?
—No
—¿Y un cigarro?
—Sí
—Nos callamos a ver si pasa alguien
—Vale, pero
—Silencio, coño

—¿Lucas, oyes algo? —susurrando
—No

—Yo tampoco

—Joder, lo siento

—¿Te gusta la batería?

—Está chula

—Antes te ha parecido una mierda

—A primera vista sí

—No suena mal

—Qué va

—¿Te la quedas?

—Cuando ahorre

—Ya me pagarás

—¿Y qué le digo a mi madre cuando la vea en la habitación?

—Dile que es un mueble

—Hasta que no consiga un local de ensayo ni de coña

—Como quieras

—Pero tú no la vendas

—No, hombre

—¿No la utilizas?

—Me he cansado

—¿Sí?

—Es que si no aprendes un poco, siempre acabas tocando los mismos ritmos y al final te agobias

—¿Dónde puedo estudiar?

—En Taller Tres, delante de la Queca

—¿Es caro?

—Veinte euros la hora

—Joder

—Pero sólo vas una vez por semana, el resto te lo curras en casa
—Ya
—Y no hace falta que practiques con la batería, te compras un pad de esos y vas haciendo ejercicios con las baquetas para soltar muñeca
—Ya veré
—¿Oyes a alguien?
—No
—¿Un porrete?
—Venga
—Pues, me van a operar de fimosis
—¿Síi?
—Sí
—¿Cuándo?
—La semana que viene
—Joder
—Trescientos euros que vale
—¿No entra en la Seguridad Social?
—Sí
—¿Y?
—Es que ya he ido a un privado
—No te hará falta la pasta de la batería para operarte
—Qué va, me la pagan mis padres
—Ah
—Es que me da palo ir al Hospital General con tanta gente
—Claro
—El lunes fui a la consulta... toma
—Gracias
—... y me miró el médico
—Es una operación sencilla, ¿no?
—Sí
—Por lo menos
—Pues eso, me bajé los pantalones y me tumbó en una camilla...
—¿Sí?
—... y me descapulló
—¿Te dolió?
—No mucho, fue la impresión de verme el glande fuera
—¿Nunca te ha salido?
—No
—Pero, la tienes bien, ¿no?

—Sí, sólo que me van a poner cien puntos de sutura
—Joder, menudo pollón
—Ja, ja, ja, ja, no, es que
—Ja, ja, ja, qué
—Ja, ja, es que así, ja, ja, no queda tanta marca
—Ja, ja, la marca el pato, ja, ja
—No te rías, capullo, ja, ja
—Ja, ja, es que no puedo parar
—¡Vale ya!
—Ya, ya está, es el porro
—¿Y tú, Lucas?, ¿descapullas bien?
—Sí
—¿Sí o no?
—Bueno, no del todo
—Pues ya te llevaré
—No sé, es que
—Calla, que pasa alguien
—¿Oiga? ¿Nos oye?
—Os oigo, ¿estáis ahí dentro?
—Por favor, ¿sería tan amable de abrir la puerta que nos hemos quedado encerrados?
—La llave está aquí afuera
—Por eso
—¿A ver?
—Ay, gracias —le dice Matías
—De nada, joder, qué peste a porro
—¿Quieres un poco?
—Sí
—Hasta luego
—Adiós
—Menos mal que están las motos, Lucas
—Sí
—¿Otra cerveza?
—Me voy a casa
—Nos vemos entonces
—¿No vienes mañana a meca?
—Te recuerdo que la tengo aprobada
—Ay, sí, qué cabrón
—Ale, que te den

LA EMPRESA

—Buenos días, Rafa

—Hola, Julio

—Mira, te presento a Lucas

—¿Qué hay?

—Encantado

—Rafa es el administrativo de la empresa

—El mismo

—¿Qué documentos ha de traer Lucas para el contrato?

—En principio el DNI y el Número de la Seguridad Social

—¿Has oído, Lucas?

—Sí

—Bueno, voy a enseñarle el resto de la fábrica

—Hasta luego

—Por aquí

—Sí

—Esta es la sala de montaje. Mira, desde allí van saliendo los componentes base de los aparatos de aire acondicionado, pasan por todas esas máquinas que van añadiendo las piezas, y una vez terminado se meten en las cajas, se embalan y listo

—Muy bien

—Pasa

—Sí

—Y aquí está el almacén, donde llega la materia prima y desde donde sale la mercancía para su distribución y venta

—Ya

—Y no hay mucho más. Espera, ¡Fernando, Fernando!

—¡Dime, Julio!

—¡Ven un momento!

—¿Cómo va?

—Quiero presentarte a Lucas, mi sobrino

—¿Qué hay chaval?

—Hola

—Fernando es el encargado, cuando no tengamos previsto ningún viaje, le preguntas a él y te mandará faena

—Tú me buscas por aquí dentro

—De acuerdo

—Y al resto de compañeros —me dice Julio— ya los irás conociendo

—Muy bien

- ¿Qué había para hoy?
- Julio al encargado
- La instalación de la granja
- Ah, sí, pues vamos para allá
- Hasta luego
- Adiós

LA GRANJA (I)

Subimos a la furgoneta. Primera y salimos. Tráfico. Bajo la ventanilla y saco el brazo. Corre aire. Llegamos. Julio baja de la furgoneta. Llama al timbre de un portal. Conecto Radio 3.

—Lo siento, es que acabo de dejar el coche en el taller —el señor a Julio

—No hay problema

Julio abre la puerta, asoma la cabeza y me dice:

—Vamos los tres en la furgoneta

—Si quieres me siento atrás

—No, que te puedes hacer daño con las herramientas

—Da igual

—Lucas

Abro la puerta y salgo. El señor espera fuera. Entra y se sienta. Echa el asiento para atrás. Me siento sobre las piernas...

—¿Vais bien? —nos pregunta Julio

—Sí —contestamos

... de un hombre gordo. Aguanta firme mi peso. Cierro la puerta. Entre su pecho y mi espalda la tela de dos camisetas y un cinturón de seguridad. Cogemos la autopista. Julio conduce rápido hasta la salida. El señor insiste en pagar. Tío no le deja.

—En la siguiente rotonda a la izquierda —el señor a Julio Hablando con tío, el hombre relaja las piernas. Ahora mi culo descansa sobre sus muslos. Me agarro fuerte al amarre de plástico que hay sobre la ventanilla. Echo los pies hacia atrás para no caer con todo el peso de mi cuerpo sobre el señor.

—Entonces habrá que instalar un aparato más en la nave —tío al señor

—Creo que sí

—Luego vemos los modelos del catálogo

—Por aquí a la izquierda

—Sí

Julio señala con el intermitente. Entramos en un camino de piedras. Las herramientas de lado a lado en el maletero de la furgoneta. Tío reduce la velocidad. Echo los pies hacia delante para tener más estabilidad. El hombre me pone la mano en el muslo para que no me mueva tanto. Yo me voy hundiendo en su entrepierna hasta que noto algo duro. Habré dejado la llave inglesa en el asiento y el señor por vergüenza no ha dicho nada. Me agacho. Miro bajo mi culo. No puedo creerlo. No es la llave. Me incorporo despacio. El movimiento adelante y atrás de mi cuerpo me ha incrustado aún más si cabe entre las piernas del señor. Ahora noto sus testículos en mi culo y su glande casi dentro. Contengo la respiración. Un nuevo bache. Dilato para

que no haga daño. Curva a la izquierda, curva a la derecha. Me relajo. La hierba de la cuneta roza los bajos de la furgoneta. En el cristal un insecto suicida deja su estampa. Derrapan las ruedas en la subida a una pendiente. Los pechos del señor se me clavan en la espalda. Mi cuerpo inerte sobre tres puntos cardinales. Mi trinidad. Como Jesús en la cruz. En mi ascensión particular. Desciendo a la tierra. Bajamos de la furgoneta. Me saco los calzoncillos del culo. Estiro las piernas. Disimulo. Tío rebusca entre las herramientas del maletero. Yo a la sombra de un gran olivo que crece delante de la casa de campo, bajando la cremallera de mis pantalones cortos. Enfrente, una gran extensión de almendros. Al otro lado del olivo, el señor desabrocha los botones de su bragueta. Detrás de los almendros, las montañas. Un gran chorro de líquido amarillo sale de la mata de pelo negro de su entrepierna. Arriba el sol. Golpea las piedras. Bajo la vista. Un gran charco de líquido orgánico corre pendiente abajo. Me la saco. Y las hormigas que caminan a sus anchas se ven arrastradas por la corriente. Meo. Hacia donde les lleve. Mi cuerpo se funde con la naturaleza. Subo la vista chorro arriba. Entre sus dedos el grueso pene que gotea sus últimas gotas de vida. Tío cierra el maletero.

—Aquí tengo el catálogo

—Julio al señor

—Vamos a ver

—Buenos días —nos dice una señora abriendo la cortina de la puerta de casa

—Buenos días —respondemos

El señor nos presenta a su mujer.

—Encantada —arreglándose la falda

Genoveva entra en casa. Caminamos entre almendros hasta la granja. Dentro un gran escándalo.

—Pollos —contesta el señor a mi pregunta

Julio llama al señor por su nombre. Rogelio escucha atentamente las indicaciones de Julio. Alzo los talones y me encaramo a una pequeña ventana. Dentro, una manta de pollos amarilla que no levanta un palmo de tierra. Tío y Rogelio entran. Les sigo. Rogelio lleva alpargatas blancas. Rodeamos los pollos por el pasillo y llegamos a una pequeña nave contigua con cerdos. En el suelo, una cerda panza arriba amamanta a una docena de lechones que chupan teta como si se acabara la vida que empiezan.

—¿No le hacen daño? —pregunto a Rogelio

—Está dormida

—Ah

Enfrente, cuatro o cinco cerdos comen tranquilos en un abrevadero de cemento. A un lado, un cerdo haciendo la siesta.

—Sí que está a gusto —observo

—Está enfermo —me dice Rogelio

—¿Qué le pasa?

—No lo sé

—¿Sobrevivirá?

—Mañana viene el veterinario, a ver qué dice

Salimos de la granja por la puerta de atrás. Tío comprueba el estado de la pared. Rogelio y yo entramos en el pajar. Se sienta sobre una bala que cede por el peso de su cuerpo. Julio me llama. Salgo. Que vaya a por el metro. Cruzo el campo de almendros. Puerta, metro, vuelvo. Tío está subido en el tercer peldaño de una escalera de madera. Hace marcas con el lápiz. Le paso el metro. Coge medidas. Le presto mi ayuda pero sigue concentrado en lo suyo. Entro en el pajar. Rogelio sobre la bala. Le miro. Tumbado. Me acerco. Dormido. Un moscardón revolotea en su barriga. Salta de su camisa al pecho. Rogelio lo aparta con la mano y sigue respirando sueño. Vuelve sobre el pezón de una teta. Camina circularmente. Salta hacia su barba, labios, boca. Rogelio sopla. Sale disparado hasta el pecho de nuevo. En el centro. Donde se concentra más cantidad de pelo. El bicho juega con un palito de paja enredado. Rogelio se despierta. El moscardón sale volando. Rogelio me mira. Yo sólo quería.

—Uf, me he quedado dormido

—Julio está tomando medidas

—¿Vamos?

Se reincorpora. Con esfuerzo. Le ayudo a levantar su cuerpo. Espolsa la paja de su pecho y me mira. Sonrío. Trago saliva. Ayudo a tío con el lapicero. En mi campo de vista la barriga de Rogelio. Terminamos con la primera visita. Nos despedimos de Genoveva. Subimos a la furgoneta. Él abajo, yo encima. Tío conduce despacio por la carretera de piedras.

LA PELUQUERÍA

Van cayendo mechones de mi pelo al suelo. A tijeretazo limpio. El peluquero vuelve a rozar mi brazo con la parte inferior de su barriga. Un hombre gordo espera sentado en una silla leyendo la Interviú. Lo veo a través del espejo. Nos mira de reojo.

—¿Y dónde trabaja tu hijo? —pregunto al peluquero

—Hace extras en un restaurante, este mes de julio ha estado en Mallorca trabajando de camarero y ahora se ha buscado trabajo aquí en Castellón

—Muy bien

—Así tiene para sus gastos

—Claro

—Y la mayor ha terminado este año Diseño Industrial

—Es difícil

—Ha tardado un año más. ¿Te paso la máquina por los lados?

—Sí

—¿Al tres?

—Al dos

—Como quieras

—No es mucho, ¿no?

—Mejor dos y medio

Su barriga de nuevo por mi brazo. El señor de la Interviú concentrado. Vuelvo a lo mío. Me ha mirado. Vuelvo a lo suyo. Un segundo mirándonos. El peluquero me aguanta la cabeza para que no me mueva tanto. Bajo la vista. La máquina por mi oreja. Cierro los ojos. Disfruto que me hagan cosas, aunque sea pagando. Me agacha la cabeza. La máquina en mi nuca. Ahora en la parte izquierda. Me relaja. Apaga la máquina y de nuevo las tijeras. Abro los ojos. Nivelado con el pelo de arriba. Termina. Me cobra.

—Voy al aseo —le digo al peluquero

—¿Pasas, Paco? —le pregunta al que espera

Abro la puerta del servicio. Paco se sienta en la silla y echa la cabeza hacia atrás. Subo la tapa del inodoro. Qué aseo más pequeño. El peluquero echa mano al champú. Me la saco. La botella está vacía. Apunto. Me mira. Meo. Entra en el aseo. Doy un paso adelante. Intenta pasar por detrás de mí.

No cabemos. Me doy con las espinillas en el inodoro. Pasa un pie. Levanta el brazo hacia la estantería. Me inclino hacia delante por el peso de su barriga en mi espalda. Paco se gira hacia nosotros. Noto algo duro detrás. Separo las piernas y miro a la estantería. El peluquero duda entre el champú de huevo y el anticaspa. El de huevo es de marca. Abre la botella y huele. Me llega el aroma. Cierra. Termina de

mear. Deja la botella al lado de los guantes de plástico. Coge el anticaspa. Me subo la cremallera. Repite la operación. Me giro hacia Paco. Nos sigue mirando. Se le cae la baba por la perilla hasta la camisa entreabierta. El peluquero intenta salir. La limpia con su mano frotándose el pelo del pecho. Salimos los dos juntos. Como perros en el acto. Pegados. No podemos separarnos porque el pasador de su cremallera se ha enganchado con mi correa. El peluquero lo intenta, pero como lleva en cada mano una botella. Paco se levanta de la silla. Mete la mano por mi espalda pero tropieza con la barriga del peluquero. Se arrodilla. Ahora el brazo por debajo de mis piernas. Pasa los dedos por mi culo y el bulto duro. No lo encuentra. Me roza los huevos con el reloj de muñeca. Estira. La una y media. Gira la mano. Bajo la vista. Frota el paquete del peluquero. Miro por dentro de su camisa. Dos grandes tetas sobre la barriga. Nos separa. Me incorporo. Le damos las gracias. Salgo de la peluquería. Quito el candado de la rueda de la moto. Me pongo el casco. Arranco. Pongo la primera y salgo. El aire me refresca.

LA OFICINA

—Buenos días, Rafa

—¿Qué tal, Lucas?

—Bien

—¿Mucho trabajo para hoy?

—No sé, lo está mirando Julio con el encargado

—Toma, que ya tengo tu contrato, firma en estas dos hojas

—Claro

—En principio la duración es de dos meses, del quince de julio al quince de septiembre, cuarenta horas semanales de lunes a viernes y un periodo de prueba de quince días

—Muy bien

—Esta copia para ti

—Gracias

—A ti, hombre

—Aquí siempre

—Ring, ring

—Un segundo que coja el teléfono

—Claro

—¿Airefred dígame? Sí, aquí es. Hasta las seis y media. Como usted quiera. Lo que figura en el presupuesto. También. No, no. Me pasa la confirmación por fax. Un segundo y compruebo el domicilio. Claro. Calle Barcelona número catorce. De acuerdo. Hasta luego. A usted. ¿Qué me decías?

—No, nada, que aquí siempre tienes faena

—Cuando no es una cosa, es otra

—¿Qué haces exactamente?

—Pues, desde coger el teléfono a todas horas, hasta preparar las nóminas, llevar la facturación, controlar los bancos, proveedores

—Qué mogollón

—Bueno, no es para tanto, ahora con los ordenadores se adelanta mucho

—¿Y antes?

—Todo a mano y a máquina de escribir

—Qué rollo

—Sí, ahora si te equivocas aprietas un botón y ya está

—Mejor, ¿no?

—Según se mire, antes no pasabas todo el día delante de la pantalla del ordenador

—Eso sí

—¿Y tú qué estudias?

—Administrativo
—¿Qué curso?
—Estoy acabando el primer grado
—Pues ya sabrás de qué hablo
—Bueno, no sé, me parece muy difícil todo esto, tantos papeles
—Ja, ja
—No sabría dónde buscar
—Es cuestión de organizarse
—Sí
—Y el día a día
—¿Llevas mucho tiempo en la empresa?
—Desde que se constituyó
—Pero
—Diez años
—¿Estudiaste administración?
—Algo parecido
—¿Y te sirvió de mucho?
—Al principio sólo sacaba partido a las pulsaciones en la máquina
—Claro
—Luego ya vas comprendiendo todo el proceso
—En clase nos explican lo de los albaranes, las facturas, contabilidad y lo entiendo, más o menos, pero me cuesta saber qué va primero, si cuando llega el repartidor y deja el albarán y se queda una copia cuñada, luego ya no sé qué hacer con él
—¿Con el repartidor?
—Con el albarán
—Es normal, para acabar de entenderlo tienes que poner situaciones a esos conocimientos
—Eso quería decir, comprender la práctica, para qué sirven todos esos documentos
—No te preocupes
—Es que nos enseñan mucha teoría, y te lo explican bien, pero siempre hay algo que se te queda en el aire
—Y no vas a entenderlo hasta que trabajes
—¿Y se tarda mucho?
—Lo mismo que aprender la teoría, primero te suena a chino y luego te vas enterando
—Pero, lleva mucho tiempo
—Depende de dónde trabajes, si tienes la oportunidad de hacerlo en una empresa

pequeña es más fácil comprender todo el proceso, porque haces un poco de todo

—Pero es más fácil liarse

—Al principio sí

—¿Y en una empresa grande?

—En una grande, al diversificar los procesos

—Sí, sí, la especialización del trabajo

—Exacto, y eso conlleva que, como tú dices, te especialices en una sólo tarea. No comprendes el proceso completo pero sí la parte que llevas

—¿Y qué es mejor?

—Ni una cosa ni la otra

—¿Por?

—Porque se trata del mismo aprendizaje, en una empresa pequeña aprendes de la totalidad a las partes, y en una grande al revés

—¿Y con cuál me quedo?

—Hombre, con la que te toque

—¿Y si pudiera elegir?

—Donde haya mejor ambiente laboral

—Pero tampoco lo sabré hasta que empiece a trabajar

—Pues no te comas tanto la cabeza, que puedes entrar en un trabajo que te guste mucho y luego discutir con todo el mundo

—¿Y qué hago entonces?

—Buscar otro

—¿Y si no encuentro nada para mí?

—Para todos hay un puesto, sólo hay que saber buscarlo

—¿Por?

—Porque una vez encontrado, te vas a preguntar si te está realizando

—¿Qué quieres decir?

—Si realmente estás haciendo lo que te gusta de verdad

—Y

—Perdona. ¿Airefred dígame? Hola Kiko. Muy bien, ¿y tú? Estuve aquí toda la tarde. No pasa nada. Sí, tengo preparado el pagaré. Creo que a sesenta días, espera y lo miro. Como quieras. No te preocupes. Claro, claro. Venga. Hasta luego.

—Los conoces a todos

—A la mayoría

—¿No está el jefe?

—Viene más tarde

—Sólo lo he visto una vez

—Mejor

—¿Por?

—Se trabaja mejor sin él
—¿Y si tienes que preguntarle algo?
—Le llamo por teléfono
—Te gusta trabajar solo
—Prefiero organizármelo a mi manera
—¿Y qué hace él?
—Básicamente firmar pagarés a los proveedores
—Quien os trae el material
—Eso es
—¿Y qué más?
—Se reúne con los trabajadores una vez al mes
—¿Contigo también?
—Sí
—¿Y nadie más?
—Los viernes con los dos comerciales para ver el trabajo realizado durante la semana y prever el de la siguiente
—Y el resto de trabajo lo haces tú
—La mayoría, aunque los temas fiscales los lleva la gestoría
—Qué jaleo
—No es para tanto
—Y, ¿si tienes que salir a los bancos?
—Para eso tengo a Rafa
—¿Rafa?
—Mi hijo
—Ah
—Está a punto de llegar
—¿Qué edad tiene?
—Más o menos la tuya, ¿tú tenías?
—Diecisiete
—Él uno más
—Pues mi padre es bastante mayor que tú
—Es que lo tuvimos muy jóvenes
—Ah
—Luego nos divorciamos
—No os llevabais bien
—Éramos muy diferentes
—Y a Rafa lo cuidaban entre los dos
—Eso es
—Una semana cada uno

—Bueno, dependía de nuestro trabajo, de la escuela, las clases de inglés. A veces me lo quedaba yo un par de semanas y luego ella un mes

—¿Pasabas un mes sin verlo?

—No, nos veíamos casi todos los días

—¿Y ahora?

—Ahora él coge la moto y ve a quien quiere

—A los dos

—Claro

—Y, si

—Perdona. ¿Airefred dígame? No, se ha equivocado de teléfono, la casa de coches es el mismo número pero en lugar de veintidós al final, veintitrés. De nada. Dime, Lucas

—No, que

—Mira, ahí está Rafa Salimos de la oficina.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el padre

—La moto, que se ha jodido

—Éntrala

—Ring, Ring —el teléfono

—Ahora salgo —nos dice Rafa padre

—Hola —le estrecho la mano

—Las tengo llenas de grasa

—No importa

—Soy Rafa

—Lucas

—El hijo de Julio, ¿no?

—Sobrino

—Eso, sí

—¿Qué le ha pasado a la moto?

—Que está echa polvo

—¿El motor?

—No creo, será cosa de bujía o carburador

—Ah, no entiendo mucho

—No tiene más complicación

—¿Traigo la caja de herramientas?

—Bueno

Vuelvo. La dejo junto a la moto. Rafa desenrosca dos tornillos. Quita la tapa del carburador. Lo examina. Se arrodilla para ver por abajo. Los pantalones se le bajan por detrás. Mete la mano por debajo del carburador. La camiseta se le va para arriba. Asoma la barriga, cuelga por encima del pantalón hasta el suelo. Cubierta de pelo.

Rubio. Me pide una llave allen. Busco en la caja de herramientas. Le pregunto el número. Me dice que la del medio.

Cuento las llaves. Son pares. Dudo entre las dos centrales. Le paso una. Prueba. Me pide una más grande. Le doy la siguiente. Vale. Desenrosca el tubo de escape. Mira. Sopla. Me pide la llave inglesa. Se la paso. No veo lo que hace. Me arrodillo a su lado. Sigo sin ver. Agacho la cabeza. Desenrosca un tornillo. No puede. Le ayudo. Estiramos los dos. Se atasca. Coloca su mano grande sobre la mía. Apretamos. Ahora. Ay, se nos han quedado atrapados los dedos entre el rabo de la llave inglesa y el carburador. Intento sacarlos. No puedo. Él tampoco. Tengo la mano doblada. Si consigo ponerme recto puede que salga. Me acuesto en el suelo. Rafa encima de mí. Hacemos fuerza pero no podemos. Respiramos. Desde aquí le veo todo el pecho cubierto de pelo rubio. Levanto la vista. Me mira fijamente. Su cara redonda recién afeitada. Yo me afeité hace dos días, el lunes por la mañana, que dice mi amigo Juanpe que si te afeitas los días de la semana que no tienen «erre», como el jueves, no te sale tanto pelo. Aunque, ahora que pienso, no me fijé si era luna llena. La llave inglesa me aprieta. Paso al otro lado rozando sus tetas que le cuelgan. Su barriga cuesta más. Soltamos las manos. No hace ningún comentario. Coloca la tapa del carburador. Me pide el destornillador. Se lo paso. Enrosca los dos tornillos.

—¿Ya está? —pregunto

—Sí

—¿Funciona?

—Brumm, brumm

—Parece que sí —me dice

—¿Qué le pasaba?

—Ni idea

—¿Entonces?

—Es lo que tiene la mecánica

—¿El qué?

—Que funciona cuando le da la gana

—Algo le pasaría

—Sólo quería que la manoseara un poco

—¿Sí?

—Como a todos

No cojo la indirecta. Apoya la moto en la pared. El casco sobre el sillín. Llega Julio.

—¿Vamos?

—Sí

—Hasta luego —me dice Rafa

—Adiós

REPASO

- Buenas tardes, Doña Mercedes
- ¿Qué haces tú aquí, Lucas?
- Repaso
- Pero, si
- Da igual
- ¡A ver, empezamos! —a los alumnos

asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg asdfg ñlkjh asdfg ñlkjh asdfg

- ¡Vale, vale! —Doña Mercedes— Seguimos con el texto donde lo habíamos dejado
- Señorita, se me ha olvidado el texto en casa —el Peludo
- Mira el de Lucas
- Es que a la derecha no sé mirar, no veo el teclado
- Es que no hay que mirar el teclado
- Ya, pero si se me engancha un dedo
- Ay, qué tortura, toma
- Gracias
- ¿Seguimos? —a la clase—. Silencio, por favor. Cuatro minutos. ¡Tiempo!

Le aterraba comprobar la sangre manchando su piel. Llegaron vecinos y cotillas del lugar, todos en un gran círculo rodeando al chaval. Al final, visto que nadie osaba levantar la teja, fue la madre quien, armada de valor y coraje, alzó lentamente la pieza que cubría su cara. Mientras lo hacía, no eran pocos los impacientes que se apresuraban a comprobar lo que más tarde harían todos; que el chaval estaba vivo, por lo menos respiraba. Se levantó, abrió los ojos, y desplegó una gran sonrisa deformada por la teja. Todos los allí presentes lloraron de felicidad. Bueno, alguno rió con un poquito de maldad. La noticia corrió como la pólvora y cientos de curiosos se acercaron a husmear. Cara de Teja les miraba todavía con más curiosidad. Y es que no fue consciente de su singularidad hasta que no vio su rostro reflejado en el espejo. Así fue como Cara de Teja, consciente de su diferencia, supo que jamás sería un chaval como el resto. El mismo día que decidió escribir, con pluma y tintero, «Las increíbles aventuras de Cara de Teja, un paso en falso y mira lo que te puede pasar».

—¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Carlos, no me has oído!

—Sí

—Pues a contar, y sin hacer trampas

—Qué mal —me dice el Peludo

—Espera que acabe de contar

—¿Cuántas?

—Espera

—Yo ciento ochenta

—Doscientas cuarenta y cinco, menos el último fallo que resta cinco, dos cuarenta

—Joder

—¿Lucas? —se interesa por mí Doña Mercedes

—¿Sí?

—Sal un momento

—Dile lo del jefe de estudios —el Peludo

—Dígame

—¿No quedamos que hablarías con Don Vicente?

—Ya, pero es que me sabe mal molestar

—Pero si estás aprobado

—No he llegado todavía a las doscientas cincuenta

—Si no te falta nada, un poco de práctica en casa y ya las tienes. ¿Quieres que hable yo con él?

—Da igual, gracias

—Como quieras, tampoco hace falta que vengas todos los días a repaso, conque te pases el lunes por la tarde

—Gracias

—¿Qué quería? —el Peludo

—Nada

—¿Una partida abajo?

—Me piro a casa que estoy cansado

—¿Un cigarrito?

—Eso sí

Pasamos por delante del despacho de Don Vicente. No está. Nos sentamos en las escaleras a fumar.

A BARRER

Aparco la moto delante de la fábrica. Entro en la oficina y saludo a Rafa. Julio me llama.

—¿Qué quieres?

—Te busca el encargado Entro en el almacén.

—Fernando

—Sí, ven, ¿cómo estás?

—Bien

—Mira, si alguna tarde no hay mucha faena...

—¿Sí?

—... quiero que recojas todos los cartones y plásticos que veas por el suelo...

—Sí

—... y los tires en aquellos contenedores

—De acuerdo

—El amarillo para el plástico y el azul para el cartón

—Vale

—Después coges la escoba, ¿dónde está la escoba?

—Allí

—Ah, sí, y barres un poco el almacén. Si ves que se levanta mucho polvo, echas agua

—Vale

—¿Quién ha dejado esto aquí?

—No sé

—Ayúdame

Dejamos la caja en una estantería.

—Ven

—Sí

Llegamos a la sala de montaje.

—Aquí lo mismo que en el almacén. Coges la escoba y barres el suelo. Allí tienes papeleras

—Sí

—Cuando acabes, recoges las bolsas de basura y las tiras en los contenedores de la calle

—Vale

—En este armario tienes más bolsas para reponer

—Está bien

—¿Vamos?

—Sí

—Y por último, barres la entrada

—¿La oficina también?

—No hace falta, viene una chica a limpiarla los jueves

—Vale

—Bueno, pues a la marcha

El encargado entra en la oficina con Julio y Rafa. Yo para el almacén. Escoba y recogedor en mano y a barrer. No me aclaro. Cambio de manos. Tampoco. Dejo el recogedor apoyado en la pared y barro. El suelo está lleno de pequeños trozos de cartón y plástico. Dejo la escoba junto al recogedor y utilizo las manos. Voy más rápido. En diez minutos de reloj he terminado. Ahora sí barro. Levanto polvo. Fernando me había avisado. Busco agua. Me cruzo con el señor que conduce el torito y nos saludamos. Hombre gordo. Sudado. Recorro los pasillos del almacén en busca de agua. Vuelvo. Una vez más. Me lo conozco de memoria, la verdad es que no es tan complicado. Pero no he dado con el agua. El último pasillo tiene forma de «ele», y también hay material almacenado. Joder, si por ahí no he mirado. Me acerco. Rápido. Cruzo la esquina y casi me como una pala del torito.

—¡Cuidado! —me dice el conductor

—Lo siento

—¿Dónde vas tan rápido?

—Busco un cubo de agua para echar en el suelo que barriendo levanto mucho polvo

—Yo sí que te voy a dar polvo

—Perdone, iré con más cuidado

—Pues

—Ay, sí, me aparto

—Gracias

—Oiga

—¿Sí?

—¿Dónde hay cubos?

—Delante de ti

La pequeña «ele» del almacén sirve también como cuarto de limpieza. Me lo podía haber dicho Fernando. Cubo, grifo, agua. La vierto con las manos. Como el pienso a las gallinas. Como el recuerdo que tengo de mi abuela mojando la terraza en verano bajo el sol. Y yo sentado en una hamaca fumando un cigarrillo y los ojos semicerrados levitando. Y mi hermana vaciando el cubo de agua encima de su hermano. Vuelve a pasar el torito por mi lado. Humedezco el suelo y mis zapatillas. Dejo el cubo en la estantería y barro un pasillo. Luego otro. Así hasta acabar con todo el almacén. Cierro las bolsas de basura. Me siento a descansar un poco. Miro al señor del torito maniobrar. Subiendo y bajando cajas de la estantería está. Enciendo un

cigarrillo. No me han dicho si aquí se puede fumar. No hay cartelitos. Echo el humo por debajo de unas cajas apiladas sobre mi cabeza y escondo la llama del cigarrillo entre mis pies. El torito se desliza sobre una pequeña nube de polvo que olvidé limpiar. Las cajas suben y bajan. Las palas del torito se introducen hasta el alma del palé. Fumo cigarrillo. Se acerca el torito y lo apago con el pie disimulando.

—¿Has terminado de barrer?

—Sí

—Pues

—¿Es difícil manejarlo?

—Sube. ¿Te llamabas?

—Lucas

—Lucas, yo Ramón

—Espere, que no sé cómo

—Apoya el pie aquí

—Ay

—Tranquilo

Me siento en su regazo. Su barriga blandita cojín en mi espalda. Arranca. Empiezo a temblar como un flan.

—Con este pedal lo haces casi todo

—¿Éste?

—Si aprietas se pone en marcha, si lo sueltas para

—¿A ver?

—Espera

—¿Le doy ya?

—Ya puedes

Aprieto. Mi cuerpo se va hacia atrás. Ramón me agarra de la cintura para que no caiga. Suelto el pedal. El torito frena bruscamente.

—Con cuidado

—Perdona

—Otra vez

—Es que

—Sin miedo

—Vale

Aprieto de nuevo. Las manos en el volante. Nos paseamos circularmente por la zona despejada del almacén.

—Muy bien

—No es difícil

—Ahora sube las palas

—¿Cómo?

—Con esta palanca
—¿Pero freno?
—No hace falta
—Cuántas cosas a la vez
—Sube
—¿Así?
—Ahora baja
—¿Con esto?
—Hacia atrás
—¿Bien?
—Vamos a coger ese palé
—Espera, espera
—Qué
—Primero
—Cuidado, cuidado
—Perdón
—Acércate
—¿Ya?
—Mete las palas
—¿Cómo?
—Échate hacia delante
—¿Así?
—No, tú no, la máquina
—Ah, sí
—Muy bien
—¿Freno?
—Más adentro
—¿Ya?
—Un poco más
—¿Vale?
—Ahora sube
—¿Así?
—Estás bajando
—Perdón
—Así, para
—¿Ahora qué hago?
—Colócala en esa estantería
—A ver si rompo algo
—Tranquilo

—¿Va bien?
—Sí
—¿Peso mucho?
—No
—A ver, que me coloco bien
—Ya está a la altura
—Me he pasado un poco, ¿no?
—Luego bajas
—Vale
—Cuidado, cuidado
—Sí
—Así, bien
—¡Ay!
—Espera

Su mano grande sobre la mía. Yo apretando la bola de la palanca. Miro arriba y le doy con la cabeza en su barbilla. Me giro y le pido disculpas. Me dice que no es nada. Debe pensar que soy un patoso. Tampoco le he dado tan fuerte. Sube olor de su pecho. Sudor. Yo también debo oler lo mío. Se me queda enganchado el cuello de mirar atrás. Sólo puedo ver en vertical. Se lo hago saber. Me da un pequeño masaje en el cuello. Lo agradezco con una sonrisa. Le digo que ya está. Me dice que todavía no me mueva a ver si me lesiono de verdad. Arriba, su cara redonda y barba de tres o cuatro días. Quizá una semana. Abajo, su pecho descubierto y las tetas clavadas en mi espalda. En medio, el pelo que lo cubre todo. Le digo que ya estoy mejor. Meto el palé hasta dentro y lo dejo caer en la estantería. Saco las palas. Tiro atrás y freno en seco. Ramón abre las piernas y desciendo. Le digo que lo siento. Me dice que tenga cuidado cuando vaya para atrás. Le digo que lo tendré y que por hoy ya está bien. Me dice que mañana más. Le digo que hoy es viernes y mañana no se trabaja. Me dice que ya lo sabe. No sé reaccionar. Bajo del torito y nos despedimos. Cojo las bolsas de basura y salgo del almacén. En el pasillo me meto la mano por detrás del pantalón y saco los calzoncillos del culo. Dejo la basura en la puerta de la sala de montaje. Entro. Se oye mucho menos ruido de lo habitual. Los compañeros limpian sus máquinas. Recojo en silencio.

—Hola —me dice uno de ellos
—Lucas, para servirle
—Ya te ha pillado por banda el encargado. Yo Claudio, encantado
—Igualmente. Sí, no había salidas
—¿Y qué tal?
—Pues, limpiando
—Ya veo

—¿Para qué es?

—¿La máquina?

—Sí

—Embala cajas

Sigo barriendo. Vacío el recogedor en la papelera. Se me resiste un plástico pegado en el suelo. Me arrodillo. No salta el condenado.

—No nos pagan por arrastrarnos

—Claudio

—Es que no puedo

—Déjalo ahí, seguro que lleva mucho tiempo

—Ya está

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Se me ha conectado la máquina y casi me arranca un brazo

—Joder, qué peligrosa

—Era broma

—Ah

—Eres el sobrino de Julio, ¿no?

—Sí

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete

—Tu primer trabajo

—Sí

—Putá máquina

—¿Qué le pasa ahora?

—Nada, que se engancha

—¿Qué es eso de arriba?

—Ahí va el rollo de film

—Como las películas

—Algo parecido

—¿A ver?

—¿Lo ves?

—Joder, qué grande, debe pesar

—Lo sube Ramón, con el torito

—¿Dura mucho?

—Una semana, depende de la faena, claro, ahora en julio cuatro días lo más

—¿Y esos pedales?

—Éste para que corran los rodillos y llegue hasta aquí la caja, ¿ves?

—Sí

—Este otro para embalar
—Pero el plástico lo acercas tú
—No, va solo, ahora es que no tengo cajas para enseñártelo
—Da igual
—Y el botón para encenderla y apagarla
—Fácil mecanismo
—Cuando va bien
—¿Suele fallar?
—No, bueno, en función de lo que la cuides, como todo
—Ya
—Lo malo es que vibra
—¿Sí?
—Siéntate aquí
—No noto nada
—Ponla en marcha
—¿Este botón?
—Sí
—¿Le doy?
—Claro
—Joooder, es veerdad
—Ja, ja
—¿Laa paro?
—Sí
—¿Estás todo el día así?
—Ocho horas
—¿Y no te da algo?
—Es que conmigo no vibra tanto, como peso más
—¿A ver?

Se sienta. Pulsa el botón. Es verdad. Sólo tiembla la barriga en sus piernas y las tetas rozando su camisa.

—Ven —me dice Claudio
—¿Dónde?
—Acércate
—Sí
—¿Ves la cinta ahí arriba?
—Sí
—Ahora está preparada para embalar
—Ya
—Dame la mano

—Toma
—¿Notas la vibración?
—No mucho
—¿Y en mi barriga?
—Un poco más
—Se me mueven las tetas
—Sí
—Mira —abriéndose la camisa
—Qué gracia
—Así todo el día
—Sí que tienes pelo
—Desde los dieciocho que no para de crecer
—¿Cuántos tienes?
—Cuarenta y seis, echa la cuenta
—Veintiocho
—Exacto
—¿Siempre has trabajado aquí?
—No, la empresa sólo lleva diez años abierta, quiero decir, que empecé con la empresa pero antes era tornero
—¿De qué?
—Alfarero, mejor dicho
—Escultor
—Bueno, si lo quieres llamar así
—¿Qué hacías?
—Vasijas, jarrones, botijos
—Qué casualidad
—¿Por?
—Mi padre los colecciona
—Pues ahora ya no me queda ninguno
—¿Dónde trabajabas?
—En un puesto de carretera
—De esos que se ven cuando
—Sí
—¿Vendías muchos?
—Más de lo que puede parecer, sobre todo a extranjeros
—A mí siempre me ha dado la impresión que se van quedando en stock, y crecen y se multiplican
—Por eso cerré
—¿No tenías espacio?

—No, te lo decía porque hice tantos que al final me harté
—¿Y qué hiciste con las piezas?
—Unas las regalé, otras las tiré, ya no me acuerdo
—Qué pena
—Cuando lo pienso también me da lástima, pero estaba hasta
—¿Apago la máquina?
—Ah, sí, que se te va a quedar la mano con la forma de mi barriga
—Sí
—Como un botijo
—Más blandito
—Mira —abriéndose la camisa
—Cuánto pelo
—No, mira ahí
—¿Qué es?
—Una hernia
—¿Te duele?
—Cuando como mucho sí
—¿Estás a régimen?
—Debería
—¿Y no te operas?
—Me da miedo
—¿Por?
—Te duermen y luego no sabes si vas a despertar
—No debe ser muy complicado
—Toca
—Está duro
—Toca aquí
—Aquí blandito
—Y la teta
—Blandita también
—Podría hacerme una mamografía
—Es muy grande
—La otra también
—Sí
—Grandes y blandas, es que están sanas
—¿Por?
—Que no tengo tumores ni nada raro
—En los hombres es más difícil, ¿no?
—No lo sé

—Lo preguntaré

—¿A quién?

—Lo miraré en mi enciclopedia

—Ya me dirás

—En esta parte del pecho no tienes pelo

—Es por el paquete

—¿Cómo?

—Que llevo siempre el paquete de tabaco en el bolsillo de la camisa y del roce se caen

—No queda mal

—Vuelven a crecer

—Claro

—En esta parte tengo más

—Ya veo

—Y en la espalda

—¿También?

—Mira

—Joder, tienes más que por delante

—Y por todo el cuerpo

—No te desnudes

—No iba a hacerlo

—Ya

—Aquí, quería decir

—¿Y dónde sí?

—En las duchas

—¿Cuándo?

—El lunes

—¿A qué hora?

—A las seis y media, cuando acabe

—Es que tengo repaso de meca

—¿De qué?

—Mecanografía

—Pues el martes

—Sí, algún día

—Cuando tú quieras

—Ya te diré

—¿A qué hora acabas hoy?

—Me falta barrer esta sala y la entrada

—Ah, pues yo termino en diez minutos

—Es lo que tardo yo
—¿Y tú te duchas?
—También
—Entonces nos vemos
—Desnudos
—¿Te importa?
—A mí no

LA BODEGA (I)

Aparcamos en batería junto a la bodega. Entramos. Saludamos a la dueña. Sale del mostrador y llama a su marido. Nos atiende él. Hombre bajito y regordete con bigote. Viste pantalón negro, delantal blanco hasta las rodillas y camisa abierta que enseña el pelo a juego con los pantalones.

—Son ustedes los del aire, ¿verdad?

—Sí —contesta Julio

—Lo quiero aquí, encima de la estantería, ¿les parece bien?

—No hay problema, como la pared da a la calle sólo tendremos que hacer un agujero para sacar los cables

—Como vean

—Pues nos ponemos a la faena

—De acuerdo, yo estoy aquí dentro arreglando el almacén, si necesitan cualquier cosa me llaman

—Gracias

Descargamos las dos cajas grandes del maletero de la furgoneta. La pequeña dentro de la bodega, la grande fuera. Caja de herramientas, taladro y escalera. Pongo la broca de corona en el taladro eléctrico. Aprieto fuerte. Julio se arrodilla sobre la cámara y perfora por encima de la estantería. Agujerea. Salgo a la calle por si le cae a alguien el trozo de pared. No cae. Entro. Julio me pasa el taladro. Quito la tierra de la broca y la cambio por otra fresada. Salimos. Julio encima de la escalera. Yo aguantando las cuñas en la pared. Perfora. Me pasa el taladro. Introduce cuatro tacos y cuatro tornillos que enrosca con el destornillador. Engancha las cuñas y se asegura que estén bien fijadas a la pared. Desembalo los dos aparatos de aire acondicionado. Subimos el compresor encima de las cuñas y bajamos de la escalera. Entro en la bodega mientras Julio arregla los cables. Espero a que los introduzca por el agujero. El bodeguero sale del almacén y pasa por detrás de mí.

—Espere que me aparto —le digo

—Tranquilo, que hay sitio

No lo hay. Noto su barriga en la espalda. Hace fuerza pero no pasa. Me inclino hacia delante sobre la cámara. Mis nalgas se deslizan barriga abajo hasta hacer tope en el bulto de su entrepierna. El bodeguero me coge de la cintura para no desequilibrarse. Levanta un brazo. No llega. Le paso el frasco de melocotones en almíbar de la estantería. Me da las gracias. Le digo que no es nada. Julio sopla por el agujero y nos cae polvo blanco encima. El bodeguero estornuda. Del impulso me clava el bulto de su entrepierna en el culo. Le paso un pañuelo. Se suena. Oigo el ruido de la hebilla de mi cremallera rayando la cámara. Vuelve a sonarse más fuerte. Yo con la cara aplastada en un bote de conserva de la estantería. Leo la marca. Judías

pintas la Provenzana. Ricas en vitaminas y fibra. Tomar antes de diciembre del dos mil nueve. Julio vuelve a soplar por el agujero. Cae más polvo. El bodeguero vuelve a estornudar. Se me abren las piernas. Su bulto empujando la bolsa de mis testículos. Estornuda una tercera vez. Golpeo el bote de Judías pintas la Provenzana con la nariz y cae de la estantería, golpea en la cámara, rueda por su base y cae de nuevo al suelo. El bodeguero amortigua el golpe con el pie izquierdo y no se rompe. Cae otro bote de conserva de tomate al que no atino a ver la marca. Estiro la mano pero no lo atrapo. Cae al suelo por el otro lado. El bodeguero estira el pie derecho y de nuevo lo amortigua. Noto que desciendo. El bodeguero ha perdido sus puntos de apoyo y ahora resbalamos entre las dos cámaras. Hago fuerza apoyando las manos sobre la cámara pero el peso de su barriga sobre mi espalda me tira hacia abajo. Intento pero no puedo. Me dejo caer con él. Paramos a dos palmos del suelo, las cámaras son más anchas por abajo. Nos quedamos atrapados. Me giro. Sonríe el bodeguero detrás del bigote negro. Tengo la espalda mojada por el sudor de su pecho. Me abraza el bodeguero. Cierra los pies y empuja hacia arriba. Subo refregándome por la cámara. La hebilla de mi pantalón está dejando una raya. Siento que me lleva. Como el asiento de una atracción de feria que te aprieta y te da seguridad. Subo despacio. Van pasando las estanterías hasta que llego al final del viaje. Apoyo las manos sobre la cámara y el bodeguero sale de abajo. Pasa al otro lado. Cierro las piernas. No me hacen caso. Fijo los pies en el suelo y los voy trayendo en zigzag hacia el centro. Me arrodillo sobre la cámara. Julio pasa los cables por el agujero. Estiro. Coloco el ventilador sobre la estantería. Separo los cables y los encaro cada uno en su sitio. Bajo de la cámara. Espero a Julio. Llega. Empieza. Me aburro. Entro en el almacén.

—Hola

—¿Qué hay? —pregunta el bodeguero

—Nada, ¿y usted?

—Arreglando la bodega

—Ya veo

—Está hecha un desastre, si no me pongo ahora en verano que hay poca gente

—Claro

—Perdona por lo de antes —me dice

—¿El qué?

—Que casi nos quedamos atrapados

—No importa

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete

—Qué joven

—Pues yo me veo muy mayor

—Ja, ja

—No se ría

—Perdón

—No, no se vuelva a disculpar

—Lo siento

—Ay

—Es que cuando trabajas cara la gente —me dice

—¿Sí?

—Que te acostumbras a pedir perdón a todas horas

—¿Por?

—Porque le puedes tirar a uno el café y mancharle la camisa

—Pero sin querer

—Ya, pero qué vas a decirle al pobre

—Claro

—Como te pille un día tonto, no das una

—A mí también me pasa con mi tío, me pide el destornillador y le doy la llave inglesa

—Ja, ja

—Sí, a veces no sé en qué estoy pensando

—Pero eso es normal

—¿Por?

—Porque eres joven, y si no tienes experiencia

—¿Acaso con experiencia no se falla?

—Igual, pero por lo menos no le das tanta importancia

—Ah, pues espero adquirirla pronto

—Ya lo verás

—Y también me pasa que me están hablando y yo intento escuchar pero me cuesta

—A eso también se aprende

—¿Cómo?

—Poniéndote en lugar del otro

—¿Ah, sí?

—Ja, ja

—¿De qué se ríe otra vez?

—De tu curiosidad, de que te querías poner en mi lugar

—Y, ¿qué gracia tiene?

—No me hagas caso, simplemente que ahora que tienes curiosidad es cuando realmente aprendes

—Vaya, entonces tendré que ser más curioso en mi trabajo

—Por ejemplo

—¿Y qué más?

—Tendrás que quererlo también

—¿Mi trabajo?

—Claro, ¿si no cómo vas a aprender de verdad?

—Pero, si sólo soy ayudante de montador

—¿Y qué más da?

—Hombre, si fuera un trabajo más interesante

—Todo en esta vida lo es, saber cómo funcionan esos aparatos también tiene su misterio

—No lo había pensado

—Pasar de calor a frío en un momento, de verano a invierno

—A mí me parece más interesante su profesión

—¿La de camarero?

—Bodeguero, ¿no?

—Camarero, que lo de vender vino no da para comer

—Pero, usted entenderá de vinos

—Algo sé

—A mí es que todos me parecen casi igual, la verdad es que como no me gustan mucho no los disfruto, y me da rabia la gente que tiene paladar y los disfruta como si se estuviera comiendo un manjar

—Es que lo están haciendo

—¿Y yo no puedo?

—Todo es probar

—Si yo los he probado, quiero decir, los buenos, Rioja, Ribera del Duero, ¿no?

—Por ejemplo

—Y la verdad es que no conozco muchos más

—Pues los hay

—¿Y en qué se diferencian?

—Uf, en todo

—Ya, pero ¿cómo puedo yo saber?

—Probándolos, ya te lo he dicho antes

—Pues me haré una colección

—Eso está bien

—¿Por cuál empiezo?

—Da igual, hombre, uno que valga más de tres euros

—¿Sólo?

—Claro, no querrás arruinarte

—No, que con lo que saque este verano tengo que pasar todo el año

—Pues eso, vas a una tienda y te compras un par de botellas

—¿Y luego?

—Te las bebes

—¿Sólo?

—O en compañía, cuando prepares una comida o una cena, no sé

—Pues sí

—Y luego pruebas con dos botellas más

—A ver si acabo alcohólico perdido

—Hombre, con moderación

—Ya, si a mí no me hace falta más que un par de copas y ya está, que si no me emborracho enseguida

—Pues la resaca de vino es dura

—No me cuente, que todavía me acuerdo de una vez en el pueblo, estábamos mi hermana y yo quitando las malas hierbas de los ajos y mi abuelo llenó el porrón de vino. Ella y yo acabamos enseguida, y jugando jugando dejamos las azadas bajo el olivo y nos sentamos a probar el vino. Cuando llegaba mi abuelo cuál era su sorpresa que se encontraba el porrón vacío y nos preguntaba:

—¿No acabo de llenarlo? Nosotros respondíamos que no, que no sabíamos nada. Al cabo del rato igual:

—Si juraría que lo había llenado. Así un par de veces más hasta que mi abuelo enfadado nos preguntó que si lo estábamos tirando. Mi hermana y yo le mirábamos que casi no le veíamos y es cuando se dio cuenta de que estábamos completamente borrachos. Y no teníamos más de siete años, bueno, mi hermana unos nueve y yo unos seis, que me lleva tres años. Sólo recuerdo estar subiendo las escaleras de la habitación para tumbarme y las paredes del pasillo que se me venían encima. Al acostarme vomité el arroz a la cubana de la comida, pero al vino

—Ja, ja

—¿A usted no le ha pasado?

—Claro

—De joven

—Uy, a todas las edades

—¿Sí?

—Es que hay días que te crees el rey del mundo y que puedes con todo y a la que te das cuenta no puedes tenerte en pie

—Ya, ya

—A mí una vez

—Lucas, ¿estás ahí? —me pregunta Julio abriendo la puerta

—Sí, sí, perdón, ya salgo

—Va, que nos vamos

—Voy

—Bueno, otro día más —me dice el bodeguero
—Sí, pasaré otro día, se lo prometo
—Hasta luego
—Adiós

EL VESTUARIO

Entro en el vestuario a las seis y media de la tarde. Hora punta. Los trabajadores de fábrica entran y salen de las duchas. Rozando sus cuerpos. Busco un rincón para sentarme. A mi lado un señor de unos cincuenta años rebusca en su mochila. Saca toalla y champú. Me desnudo.

—El sobrino de Julio, ¿verdad?

—Sí

Me mira la entropierna sin pudor.

—Noel

—Encantado, yo Lucas

—Un placer

Aprieta fuerte con las dos manos en el botón del pantalón. No puede. Sonríe. Coge aire. Desabrocha. La barriga se le desliza sobre el calzoncillo. Expira. Uno a uno va desabrochando los botones de la camisa. Despacio. Descubriendo el pelo negro abajo y blanco arriba de su pecho.

—No te he visto mucho por aquí —me dice

—Es que estoy todo el día fuera con Julio

—Me refiero por el vestuario

—Ah, porque llegamos cuando os habéis marchado

—No te estarán explotando

—No, es que a veces se nos hace tarde

—Ah

—¿Y usted qué hace?

—Tutéame por favor, que no soy tan mayor

—¿Estás en fábrica?

—Verifico el producto final, antes que salga la mercancía Se quita la camisa. Los hombros cubiertos de pelo. Se levanta. Cuelga los pantalones en la percha. Entre sus piernas un gran bulto que se acerca a mi cara. Cierro los ojos. Los abro. Me golpea en la frente con su barriga. Mi cabeza en la pared. Se gira. Se quita los calzoncillos. La raja del culo en mi nariz. Busca en los bolsillos del pantalón. Paso la mano por el banco hasta la toalla y el gel.

—Maldita sea —dice Noel

—¿Pasa algo?

—Las llaves del coche

Se gira y su pene en mis labios. Huelo. Huele bien. Huele a sauna. A calor corporal. A sudor genital. El pene crece hasta mi nariz. Tengo ganas de estornudar. Me contengo. Me vuelve a rozar. Tierno. Como barra de mortadela con olivas. Qué rica. Con aceite y pan.

—Ya está —dice bajando los brazos

—¿Las has encontrado?

—Sí, en el bolsillo de atrás

Entra en el pasillo de las duchas. Le sigo. Tropiezo con Ramón, el del torito. Me sonrío. Sonríe. Llego a las duchas. Están todas ocupadas.

—Venga, chicos —dice Noel—, que es para hoy

—Mira, Don Limpio —le contesta uno desde dentro

Veo la humanidad de Noel. Desnudo. Me dan ganas de gritar por un mundo más justo. Revolucionario. Sin tapujos. Donde la gente exprese lo que es. Abriéndose al mundo. Compartiendo con otros su forma de ser. Y volver luego dentro. Sin ego, ni orgullo. Sintiendo la vida como relación y flujo.

—Qué cabrones —le digo a Noel medio en broma

—Son buenos chicos

Entro con él. Deja caer la esponja y el gel en el suelo. Abre el grifo. En pocos segundos su cuerpo se empapa de agua. Espero. Se gira. Me mira. Aparta la cabeza y el agua me da en la cara. Se ríe. Sonríe con los ojos cerrados. El agua helada despierta mis músculos. El chorro se para. Abro los ojos. Me sigue mirando. Bajamos la vista. Esponja y gel. Me deja espacio. Me agacho. Subo escalando el pelo de sus piernas, pecho y brazos. Nos enjabonamos la cabeza. No llega a la espalda. Me lo pide su mirada. Se gira. Empiezo por la nuca. Bajo. La esponja va dejando una estela de pelo en su espalda. Froto con fuerza. Se relaja. Sigo bajando. Abre las piernas. Me da corte. Espera a que se me vaya la vergüenza. Paso la esponja hasta los genitales que le cuelgan. No he limpiado profundo. Vuelvo. Esta vez metiendo el dedo en la esponja. Frotando agujero. Hasta los huevos. Me arrodillo. Limpio muslos y gemelos. Se gira. Froto por debajo de su barriga, alrededor de su pene. Miro arriba. Me cae jabón en los ojos. Escuece. Noto el grosor de su pene en la cara. Froto los pies. Me enjuago. Deja de doler. Ahora la punta del glande en mis labios. El pelo de sus huevos en mi barbilla. Noel me pide el gel. Se lo paso. Echa en mi cabeza. Me devuelve la botella. Masajea mis sienes. Por detrás de las orejas. Subo la esponja por sus piernas. Mi cabeza se separa de su cuerpo por el crecimiento de su pene. Cierro la boca para que no entre. Cojo aire. Me entra agua en la nariz. Abro la boca para respirar. La polla hasta la garganta. Sale rápida entre mis dientes. Sin catarla. Froto alrededor del pene que se empalma hasta rozar mi frente. Cae jabón de mi pelo. Cierro los ojos de nuevo. El pene golpea mi nariz.

—Ya —me dice

Me levanto, froto rápido, enjuago. Cierra el grifo. Escurre su cuerpo. Pelo que lo cubre se endereza al perder peso de agua. Salimos de la ducha. Vestuario se ha quedado vacío. Nos sentamos en el banco.

—¿Qué haces ahora? —me pregunta

—Nada, ¿por?

—Voy a un concierto

—¿Quién toca?

—Un cuarteto de cuerda en el Teatro Principal

—Es que me esperan para cenar

—Otro día

—Cuando quieras

—El jueves que viene actúa la Ensemble Orquesta, música de Bach Salimos del vestuario. Nos despedimos hasta el día siguiente. Apunto en mi agenda mental: Concierto para el jueves en el Principal.

EL VIAJE

Abro la puerta del camión. Subo, me siento, cierro. Arcadio sube a la cabina con esfuerzo. Deja caer su cuerpo sobre el asiento. El amortiguador hace el resto. El roce de su barriga en el volante detiene el movimiento. Arranca. Salimos del complejo. Desde lo alto de la cabina se ven los capotes de los coches que nos adelantan velozmente. Arcadio conduce tranquilo, tomando las curvas muy abiertas para que el resto del camión no rebase el carril contrario. Paramos en un semáforo. Parece que estemos encima del coche que nos precede. Salimos en verde.

—Yo creo que no podría llevar algo tan grande —le digo

—Es acostumbrarse

—No sé cómo puedes coger las medidas tan bien, yo lo estrellaría enseguida

—Lo más difícil es maniobrar en cargas y descargas, en carretera es como llevar cualquier vehículo

—Yo estoy haciendo las prácticas del carné de conducir, y acostumbrado a la moto, me parece que voy en una nave espacial, no sé

—Te comprendo

—Y todavía me lío con las marchas

—Es cuestión de tiempo, cuando te des cuenta lo harás automáticamente

—Eso espero, es que tienes que estar pendiente de tantas cosas a la vez, que si el cinturón, los intermitentes, el espejo retrovisor, las manos quietas en el volante, y luego la gente

—No te preocupes, al final no le darás importancia

—Espero

—Ya verás, será como coser y cantar

—Qué gracia

—¿El qué?

—Lo de coser y cantar

—¿Ya tienes el teórico?

—Sí, lo aprobé a la segunda

—¿Y eso?

—Pues que en la primera parte, de diez preguntas, no puedes tener más de un fallo. En la segunda parte hasta cuatro. Y yo tuve dos fallos en la primera y ninguno en la segunda. Ya ves, yo creía que me había salido perfecto y mira, por no darme cuenta, o por los nervios, yo qué sé, pues suspendí

—Vaya

—Lo peor de todo es que estaba convencido de haber aprobado, y no sabes la cara que se me quedó cuando el profesor me dijo que nanay de la china, que estaba suspendido. No me lo podía creer. Quizá no tiene tanta importancia, pero a mí me

afectó mucho

—Sí que la tiene

—Y cogí la moto y me fui a la playa a desahogarme

—Eso está bien

—Y nada, el segundo examen no me salió tan bien pero aprobé

—Mira por donde

—Y ahora vuelvo a estar acojonado por si suspendo el práctico. Es que si no, tengo que renovar papeles y es un dineral

—Pero estás trabajando

—Eso sí

—Y te lo puedes pagar

—Ya, pero como me quiero comprar...

—¿Qué?

—... una batería

—¿De música?

—Sí, me la vende un amigo de clase, muy barata, cien euros

—Sí que lo es

—Es que como ahora le ha dado por escalar, pues le hace falta la pasta para los arneses y demás

—Está bien

—Lo malo es que no sé dónde voy a meterla

—¿No tienes local?

—Qué va, tendré que llevarla a casa, y cuando la vea mi madre le va a dar una que

—La puedes desmontar

—Eso sí, porque tocarla imposible

—En un piso no

—Ya

—¿Fumas? —me pregunta con el paquete en la mano Fumamos. Le suena el móvil. Deja el cigarro en el cenicero de la guantera. Descuelga. Habla. Se enfada. Discute. Cuelga.

—¿Quién era? —pregunto indiscreto...

—Mi socio

—¿Socio?

—... para romper el silencio y hablar de algo

—Tenemos una empresa de luz y sonido

—¿Sois muchos?

—Él y yo

—Dos

—Bueno, ahora sólo yo

—¿Se va?

—Le ha dado por estudiar magisterio, educación física

—¿Y?

—Pues que me ha dejao tirao todo el verano con la faena que hay

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé

—Joder

—Dice que se ha cansado de viajar, que ya no tiene edad, que...

—Ya

—... y a ver qué hago yo ahora

—Ya

—Lo peor de todo, aunque parezca mentira, es cómo repartimos el negocio. Porque el camión es mío y todo lo demás a medias

—Ya

—Siempre nos hemos llevado muy bien...

—Sí

—... pero ahora, al hablar de dinero, ¿cómo vas a valorar las cosas a las que has dedicado tanto tiempo?

—Ya

—Porque un altavoz todos sabemos lo que vale, tiene un precio, en cualquier sitio de segunda mano pueden saberlo

—Claro

—Pero el esfuerzo, la ilusión de haber comprado ese altavoz no tiene precio, y eso está en cada uno de los instrumentos

—Ya veo

—Y por las noches no duermo, yo que me dormía antes de planchar la oreja en la almohada

—Vaya

—Dos meses llevo así

—Joder, cuánto tiempo

—Y me como la cabeza

—Tranquilo

—No sé por qué te cuento todo esto

—No te preocupes

—Es que yo no puedo llevarlo todo, él se encargaba del tema administrativo, de hablar con los músicos, de los estadillos con las fechas, y yo del mantenimiento del camión, de reparar el equipo, y luego a los bolos íbamos los dos

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, venderlo todo

—¿Y el camión?

—No, el camión no, ¿si no de qué vivo?

—Ah

—Venderemos el equipo de luz y sonido, y el local

—Vaya

—Si te interesa algo, algún micro para tu batería

—No sé, de momento no, es que no tengo mucho dinero, y con lo del carné de conducir

—No, hombre, pasa y llévatelo, que no te voy a cobrar nada

—Gracias

Llegamos al almacén. Arcadio habla con el encargado. Espero en la parte trasera del camión listo para descargar. Nos dan el visto bueno. Arcadio sube a la cabina y recula hasta el altillo de cemento. Me pongo los guantes. Abro las puertas. Descargamos la mercancía. Meto los guantes en el bolsillo de atrás de los piratas. Voy al aseo. Ocupado. Espero. Llamo. Espero. Abro. Vacío. Meo. Salgo. Cierro. Arcadio. Almorzamos.

—¿Y tú qué quieres en la vida? —me pregunta cogiendo una oliva

—No sé, todavía no me lo he planteado

—Algo querrás hacer

—De momento acabar los estudios

—¿Y después?

—No sé

—Pues vaya

—¿Vaya qué?

—Yo a tu edad ya lo tenía claro

—¿Y qué querías hacer?

—Nada

—¿Nada?

—El vago

—Anda

—Tener pasta y no hacer nada

—Qué aburrimiento

—¿Por?

—No sé, todo el día sin hacer nada

—¿Qué más quieres?

—Hombre, yo no sé lo que voy a hacer todavía pero algo haré

—¿Algo normal?

—¿Qué quieres decir?

—Como el resto de la gente
—Sí, ¿qué hay de malo?
—Nada, nada
—¿Hay algo?
—Hombre, digo yo que habrá algo que te haga sentir especial
—El amor
—Ja, ja, ja
—¿De qué te ríes?
—Es que no me esperaba esa respuesta
—¿Por?
—Te preguntaba por algo más, no sé, una profesión, un oficio artístico
—¿Qué tiene de malo el amor?
—Nada, pero ¿qué profesión es esa?
—La de amar
—Te estás quedando conmigo, chaval
—Querer a alguien y hacerle sentir especial
—Eso sí, pero ¿qué hay de ti?
—Ya hay bastante con eso, ¿no?
—Pero siempre se hace algo a cambio de algo
—A cambio de dar amor
—¿Y qué tipo de compensación es esa?
—No sé, tú sabes más que yo
—Sí, cuando das amor te sientes muy bien, pero eso no te da de comer
—Más bien te lo quita
—Ja, ja, ja... estoy hablando con un profesional
—Es lo que oigo en la tele
—¿Y tú te lo crees?
—Si lo dicen tantas veces
—Ay, la mentira del redundante
—¿Qué?
—Nada, nada
—¿Por qué no me explicas algo?
—¿Sobre el amor?
—Por ejemplo
—¿Y qué quieres saber?
—Si lo que oigo es cierto
—¿Que quita el hambre?
—¿Y qué más?, ¿sólo eso?
—Te quita la vida entera

—¿Y a quién se la das?
—A tu amor
—¿Y qué pasa contigo?
—Que no eres tú
—¿Quién eres?
—Una proyección de la otra persona en ti
—No te entiendo
—Es complejo
—Puedo entenderlo si me lo explicas de otra manera
—Vamos a intentarlo
—Yo escucho
—Ja, ja, ja
—Pero no te rías, coño, perdón
—Vale, a ver, vamos a ver, cuando amas a alguien quieres a alguien
—Hasta ahí llego
—Pues eso ya es complejo
—No te entiendo
—Quiero decir, que quieres a alguien, que lo quieres para ti
—Eso había entendido
—Ah, perdón
—Sigue, sigue
—No lo quieres para otra persona ni mucho menos para sí
—¿Para quién?
—Para esa persona misma
—¿Ein?
—Pues que no quieres que esa persona sea para sí
—¿?
—Que no se tenga para sí
—¿? —otra vez
—¿Te pongo un ejemplo?
—Mejor
—Es muy bobo, pero bueno
—No importa, sigue
—Vale, una persona que tiene una pelota de goma
—Sí
—Y a ti te encanta y la quieres tener
—La quiero tener
—La pelota, me refiero
—Sí, sí, te sigo

—Y no hay pelota sobre el mundo igual
—No
—Sólo hay esa
—Sí, esa
—¿Qué haces?
—Se la pido prestada, si me la deja
—Vale
—Como cualquier otra cosa, ¿no?
—Bueno, pero tú piensa que esa pelota de goma forma parte de la persona, es como un riñón, su riñón
—Pues que me deje uno de los dos
—Pero el otro ya se lo operó
—Ah
—Y si le te da el que le queda lo pasará chungo, tendrá que ir a diálisis cada dos días a que le limpien la sangre
—¿Cómo?
—Perdona, que me estoy yendo
—¿Adónde?
—No, no, escucha
—Qué complicado
—Sí, sigo con el anterior ejemplo
—El de la pelota de goma
—Ése. ¿Dónde me había quedado?
—La pelota que forma parte de la persona que quieres
—Eso, pues que si quieres la pelota, esa persona ya no será la misma
—¿Por?
—Porque le habrás arrancado una parte de ella
—Una parte importante
—La que más
—¿Y qué pasa conmigo?
—Que tendrás algo que no te pertenece
—¿Por qué no?
—Porque no es tuyo
—¿Y si se lo pido y me lo da?
—Eso tampoco se puede dar
—Anda que no, si no la gente no se enamoraría nunca
—Tampoco quería decir eso
—Es que lo pones muy complicado
—A ver, recapitulemos

—Me habías dicho una cosa que no he entendido, a ver si recuerdo, sí, que amar es querer que otra persona no sea para sí

—¿Eso te he dicho?

—Sí, sí, lo recuerdo bien, ahora no te hagas el loco

—Bueno, vamos a ver por dónde salgo

—Eso

—Luego te habré dicho que no se tenga para sí

—Supongo, pero no lo entiendo, ¿cómo no vas a querer que alguien no se tenga para sí?, ¿cómo vas a robar su ser?

—Enamorándote

—Anda ya

—Es lo que es

—Sí, hombre

—En parte sí

—Quieres decir que si yo me enamoro robo la personalidad a alguien

—Más o menos

—Pero eso suena un poco esotérico bola de cristal

—No me refiero a que tú le hagas nada a otra persona, ésta va a seguir viviendo igual

—Ah, pensaba que la había abducido

—La abduces para ti

—Joder, espera que beba un trago de cerveza. Entonces, ¿la llevas dentro de ti?

—Sí, sí, eso es lo que quería decir

—Joder, pues sí que te has enrollao

—Ahora bien, lo complicado es saber llevarlo

—¿A la otra persona dentro?

—Eso lo primero, y lo segundo tu relación con esa persona

—Pues sí que debe serlo, si dices que la llevas dentro, cuando hables con ella funcionará como un espejo

—Jo

—¿Qué?

—Acabas de dar en el clavo

—No es tan complicado, hombre, así hablando de esto y aquello, a todo el mundo nos ha pasado

—Cierto

—Y no pasa nada por hacerlo, a mí cuando me gusta algo es porque lo llevo dentro

—Míralo

—Porque algo de mí está formado por lo que veo

—Ah

—Porque lo siento

—Ah

—Y si no lo tengo así físicamente pues me jode un huevo, eso de no poder tocarlo como que me da igual llevarlo dentro

—Ah

—Como el amor, si no puedes hacerlo

—¿El sexo?

—No hablo de sexo, sino de que la otra persona te corresponda

—¿Y tú dónde has aprendido todo eso?

—Es lo que veo, la gente se encabezona siempre con las mismas cosas

—Así es

—Parece que estamos codificados para hacerlo

—¿Enamorarnos?

—Empecinarnos

—Entonces, Lucas, si lo llevas dentro, ¿por qué simplemente no vas a buscarlo ahí adentro y ya está?

—Pues la verdad es que nos quitaría muchos quebraderos de cabeza

—No me respondes

—Porque, no sé, no soy el médico del amor. Pero ¿a ver?, déjame pensar

—Ahora sí que lo pareces

—Es que me gusta reflexionar

—No lo dudes

—Me gusta entrar dentro

—¿De quién?

—De ti, por ejemplo

—Quieres decir que te estás enamorando de mí

—Lo he dicho sin pensar

—Sigue

—Que me estaba poniendo en tu lugar

—Pues eso sí que es verdadero amor y no robar a nadie su pelota de goma

—¿Brindamos?

Chocan nuestras copas. La cerveza entra fresca por mi garganta hasta el lugar donde Arcadio está. Me mira. Desde dentro. Y en sus ojos se reflejan nuestras jarras. Bebemos. Y en los míos su mirada que me atrapa. Charlamos. Y ahí estoy yo. Dentro de él. Él dentro de mí. Cada uno ocupando otro lugar. Los dos tan lejos de nuestro cuerpo pero sintiendo la vida desde otra mirada. Desde tu hogar. Desde tu ventana.

LA GRANJA (y II)

Bajamos de la furgoneta. Rogelio y Genoveva tomando café a la sombra del olivo.

—Buenas tardes

Descargamos las cajas de aire acondicionado. Rogelio acerca el tractor y las cargamos en la pala. Conduce entre los almendros hasta la granja. Yo iba agarrado a la puerta del tractor mientras Rogelio maniobraba con la camisa abierta. Nos ponemos a la faena. En un par de horas el equipo está instalado. A Julio le entra un apretón y se va detrás de la granja. Yo caminando entre pollos hasta la piara. Rogelio está dando de comer a los cerdos.

—¿Cómo va? —pregunto

—Ei, me has asustado

—Lo siento

—Como aquí nadie habla

—¿Qué tal el cerdo enfermo?

—Mejor, el veterinario le puso una inyección y parece que

—¡Cuidado!

—No es nada

—¿Se ha hecho daño?

—No

—¿Le ayudo?

—Tranquilo

—¿Puede?

—Se me ha quedado enganchada la espalda

—Espere

—No, si

—Déjeme ver

—Es aquí

—¿Le duele?

—Ahí no

—¿Dónde?

—Más abajo

—Quítese la camisa

—¿Qué vas a hacer?

Le doy un masaje. Qué espalda más grande. Mis manos tamaño bebé entre la capa de pelo que cubre su espalda. Masajeo. Fuerte. Él no dice nada. Yo aplicándome con los cinco sentidos. Los cerdos por ahí haciendo ruido. Me concentro en lo que hago. Rogelio agradecido. Le doy calor, esmero. Se le erizan los pelos. Mi cuerpo

instrumento de energía. Rogelio se gira. Bajo a la tierra. Se pone la camisa.

—¿Cómo va? —nos pregunta Julio

Llevamos las cajas vacías con el tractor hasta a furgoneta. Genoveva nos ha preparado la merienda. Sobre la mesa un plato de embutido, olivas, almendras, vino y servilletas. Qué rico. Julio les ha dicho que alguna vez dejará el trabajo y se vendrá a vivir al campo, con gallinas, patos, ovejas, lechugas y ajos. Rogelio que alguna vez echa de menos la ciudad, el ruido, el asfalto. Genoveva que si no se acuerda Rogelio de aquella vez que invitaron a comer a sus primos de Atzeneta, que trajeron una tarta hecha con hojas de marihuana. Estaba de buena. Entraba como *coca mal feta*^[1]. Y que luego al echar comida a los cerdos no se aguantaban en pie, les daba igual tres que treinta y tres. Yo les he dicho que aquí se está muy bien.

Nos despedimos. Genoveva nos ha preparado una bolsa llena de embutido. Se lo hemos agradecido.

Julio arranca la furgoneta y salimos.

LA BODEGA (II)

Paso por delante de la bodega. Echo un vistazo. No me atrevo a entrar. Me decido y para dentro. Pido un café a la señora de la barra. Me sirve. No me ha conocido de la otra vez cuando instalamos el aparato de aire acondicionado. Cojo el café y me siento en una mesa junto a la bodega. Enciendo un cigarro. La puerta del almacén está cerrada. Hojeo el periódico. Leo el horóscopo. Aries: como siempre te impacientarás al pensar que los asuntos del corazón no están funcionando bien; es cuestión de paciencia. Me relajo. Paso la página. Primera boda gay en Castellón de la Plana. Entra el bodeguero de la calle. Cierro el periódico. Habla con su mujer. Bebo café. Abro el periódico. Leo la programación de la tele, la cartelera, la sección de cultura.

—Hola —me dice el bodeguero sentándose a mi lado

—Hola

—¿Cómo va?

—Bien, tomándome un café, ¿me reconoce?

—Claro, me lo ha dicho mi mujer

—Ah

Levanto la vista por encima del periódico. Saludo a su mujer. Me sonrío desde el otro lado de la barra.

—Tomando un café —repito

—Ya lo veo

—Sí

—¿Has probado algún vino?

—Sí, voy por la cuarta botella

—¿Y qué?

—Bueno, no sé si

—No te preocupes, todavía es pronto

—Sí, quiero probar más

—La semana que viene no, a la otra, voy a una cata de vinos a Peñíscola

—Qué bien

—¿Quieres venir?

—No sé, es que trabajo

—¿Los sábados también?

—Sábados no

—¿Entonces?

—Pero, no tengo coche, bueno, ni carné, todavía

—Vamos con mi furgoneta

—Bueno

—Y por la noche hacen un festival de música barroca

—¿Allí también?

—En el castillo

—¿Ah, sí?

—No acaba muy tarde, si te hace

—Sí, bueno, en principio sí

—Pues no se hable más, el sábado que viene no, al otro, a eso de las tres te vienes aquí mismo y salimos para Peñíscola

—Vale

—Bueno, voy a seguir con la bodega

—Sí, sí

—Hasta luego

—Adiós. ¿Cuánto es? —pregunto a la señora

—Invita la casa

—No, por favor, cóbrese

—Que no hace falta

—Muchas gracias

—De nada, chico

—Y perdone que antes no le haya dicho nada

—No te preocupes

—Bueno, pues gracias

—Hasta luego

—Adiós

EL TEATRO PRINCIPAL

Llamo al timbre del portero electrónico.

—¿Quién?

—Soy Lucas, de la empresa

—Sube

—¿Qué piso es que no lo pone?

—El sexto

Entro. Doy la luz. Uno, dos y tres escalones. Pulso el botón del ascensor. Baja. Abro la puerta.

—Espere —me dice alguien

Entra un señor de la calle y subimos al ascensor.

—¿A qué piso va? —pregunto

—Al cuarto

Le doy al cuatro. El señor respira acelerado. Bajo, gordo, cincuenta y tantos. Se lleva la mano a la boca y tose para el otro lado. Desabrocha un par de botones de la camisa y se da aire. Se le mueven los pelos del pecho. Blancos, como su cabello.

—Hace calor —observo

—Mira cómo vengo

Abre la camisa y me enseña hasta la barriga. Completamente empapada. Se pasa la mano por el pecho y las tetas. Llena de sudor. Se seca en el pantalón. Miro fijamente una peca situada al lado del pezón izquierdo. Cubierta de pelo. Como el resto de pecho. Levanto la vista. El señor me mira. Le sonrío. Llegamos a su piso. Abre la puerta y me despido. Me invita a pasar a su casa. Le digo que he quedado con el vecino del sexto. Me dice que sólo será un momento. Le digo que vamos a un concierto dentro de media hora. Me dice que quiere enseñarme algo. Le digo sólo un minuto. Entramos en su casa. El perro que me ve y se me lanza encima. Se llama Eterno, me dice su dueño. Acaricio su pelo. Se deja. Le doy un beso. Agacha la cabeza. Le froto la barriga. Le da gustirilín. El dueño se quita la camisa y la deja en la percha que hay detrás de la puerta. Apoya el brazo en el marco. Me mira. Vuelvo a sonreír. Me dice que a él también le gusta que le acaricien. Me incorporo y le acaricio el cuello. Sonríe. Le acaricio el pelo del pecho. El perro ladra de celos.

Le digo que levante las patitas. Las apoya en mi barriga. Acaricio a los dos. Están muy a gusto. El pelo del señor es más suave que el del perro. El del perro más seco. El del señor blanco, el del perro negro. Les froto la barriga. Cierran los ojos. Deslizo mis dedos. Suave. Tranquilo. Se respira paz en la casa. Huele bien. Debe estar haciendo caldo de gallina. Luego echará un puñado de fideos, sal, azafrán y, si le gusta como a mí, un huevo fresco y a cenar. Para el perro pienso, que está muy gordo. El día de fiesta te pondrá comida de lata, que está riquísima, o bien dejará caer un

trozo de pollo entre las piernas que tragarás sin masticar. Sigo acariciando. Les digo que me tengo que ir. Abren los ojos. Les acaricio un poco más y me voy. Subo al sexto. Llamo al timbre.

—Entra —abriéndome la puerta

—Buenas tardes, Noel

—Pasa, que estoy acabando una clase

—Vale

—Enseguida acabo

—Tranquilo

—Guillermo, este es Lucas, Lucas Guillermo

—Hola

—Toca de nuevo esta parte

—Pam, pam, pim pam pon, pin pon

—Espacio

—Pam, pam, pim pam pon, pin pon

—Muy bien, ahora el siguiente compás

—Pam pim pam, pom pom pin

—Es un fa sostenido

—Ay, sí, es que no me lo sé muy bien

—No te preocupes, tócalo otra vez

—Pam pim

—Tranquilo

—No me sale

—Muy bien, pues para el lunes toda esta parte y acabamos la pieza

—Vale

—Y recuerda, espacio, hasta que no te salga bien un compás no pases al otro

—Sí

—No hace falta que utilices el metrónomo

—¿No?

—Cuando te lo aprendas, sí

—Vale

—¿Qué más llevábamos?

—La escala melódica

—Venga

—Pom, pam, pim, pam, pom, pam, pum

—Con las dos manos

—Pom, pam, pim, pam, pom, pam, pum

—Muy bien, ahora sube un semitono

—Pam, pim, pam, pom, pam, pum, pom

—Baja las muñecas
—Pam, pim
—Espacio
—Pam, pom, pam, pum, pom
—Otra vez
—Pam, pim, pam, pom, pam, pum, pom
—Está bien, esta escala te la sabes
—Sí
—Para el lunes la melódica
—¿Ésta de aquí?
—Sí, espera que te la apunto en lápiz
—Vale
—Y recuerda, mano izquierda, mano derecha
—Sí, sí
—Primero la tocas despacio, luego más despacio, y por último muy muy lento, que así es cómo aprenden los dedos
—Vale
—Pues ya está. Ale, a correr
—Adiós
—Hasta el lunes
—Es muy buen profesor —le digo
—¿Por?
—No sé, sabe tratar a los niños
—Es que si no ya no vuelven
—Ya
—Sus amigos están jugando a la pelota en la calle
—¿Me toca algo?
—¿No se hará tarde?
—El teatro está aquí al lado
—¿Qué quieres que toque?
—No sé, usted sabrá que es el profesor
—Esta pieza la van a tocar hoy
—¿Cómo se llama?
—Es un preludio y fuga de Bach
—Ah
Empieza a tocar el preludio...

Mano derecha solista: Pam, pam pam, pom pam, pim, pim

Mano izquierda bajo: Pammmpam Pammmm pam pam

... y la fuga.

MD: Pam, papapam, pim, pom, pim Pipapipapom, pim, pam, po

MD: Pam, papapam, pim, pom, pim

MI: Pam, papapam, pim, pom, pim Pipapipapom, pi

MI: Pam, papapam, pim, po

Me pierdo con la melodía que va sonando por aquí y por allá, quinta arriba quinta abajo. Sus dedos pulsando mecánicas las teclas del piano. Al azar. Y todo se mezcla en el aire. Me dejo llevar por el sonido global.

—Muy bonita —digo antes de que muera la última nota

—¿Te ha gustado?

—Mucho

—¿Nos vamos?

—Vale

Ascensor abajo. Salimos a la calle. Se me eriza el pelo del antebrazo. Llegamos al teatro. Recoge los billetes y entramos.

—Qué chulo —observo

—¿No habías entrado nunca?

—No

—Pues muy mal

—Lo siento

—No lo sientas, arrepíentete

—Me arrepiento

—Di que no lo volverás a hacer

—Lo juro

—Estoy de coña

—Lo sé

—Pero prométeme que vendrás más

—Si me gusta, sí

—Ya me dirás al acabar

Seguimos al acomodador hasta nuestros asientos. Noel le da propina. Yo me llevo la mano al bolsillo pero el acomodador se ha girado ya. Sentamos.

—¿Vienes mucho? —pregunto

—Todos los jueves

—Te dejarás un dineral

—Utilizo el carné de un amigo jubilado

—Anda qué listo

—Pagan la mitad

—Ya
—A ti te hacen descuento con el Carné Joven
—Todavía no lo tengo
—¿Y a qué esperas?
—Es que no sé muy bien para qué sirve
—Hoy hubieras pagado la mitad
—Pero me has invitado tú
—Bueno, pagué la mitad por tu billete porque vine con mi amigo Baldomero
—¿Jubilado?
—También
—No pierdes comba
—Hay que saber gastar el dinero en lo que importa, pero sólo el dinero justo
—¿Y su amigo?
—¿Baldomero?
—¿No viene al teatro?
—Se ha ido a Valencia a ver un partido de fútbol
—¿Quién juega?
—Valencia Barcelona
—Es del Barga
—Claro
—También pagará menos
—No sé si en fútbol pagan menos, a él es que le han invitado
—Joder, cómo os lo montáis
—Hay que aprovechar cada edad
—Ya veo
—Y tú a ver si espabilas un poco
—Algo tendré que hacer
—Que empieza ya

Silencio. Giro la cabeza hacia el escenario a cámara lenta. Suenan los primeros acordes. Arpegiando el clavecín. Vuelvo hacia Noel. Despacio. Está llorando. Si acaba de empezar. Miro fijamente la lágrima que desciende por su cara y se pierde en el pelo de la barba. Mi cabeza sigue el trayecto que llevaba. Hacia la derecha. Rodando sobre mi cuello. Como tornillo sin fin. Sobre el palco se van dibujando arco-iris. La música les va dando forma. Y los dibujos se acoplan a los relieves de las caras y los gestos. Sentimiento hippie que no viví. El color llena la sala. Estancia de sueño. Mi cabeza vuelve con Noel. Sigue llorando flores de almendro. Feliz. Leo pensamientos que se le escapan en verso.

Bajo

*la piel
llevo
el alma
de quien
amé*

*casi
había
olvidado
que lo
cuidé*

*como tratamiento contra el cáncer
—ampolla disuelta en agua efervescente—
sin importarme nada ni nadie*

*sólo contigo
en la habitación del hospital
—doscientos trece—
llorando tu muerte*

*esperando
irme contigo
a cualquier lugar
y no quedarme
solo
vacío
con seres
que respiran
la vida
fuerte*

te cuidé

*como tratamiento contra el cáncer
—inyección de felicidad—
para que no te fueras antes
y me dejaras
esperando tu muerte*

*no llegué a salvarle
se escapó en mis brazos
sin enterarme*

*llorando
en la puerta
de urgencias
fumé
un cigarrillo
de soledad
al verle*

Noel me mira. Le sonrío. No sé por qué he sonreído. Vuelvo la mirada al escenario. ¿Por qué habré sonreído? Me olvido. Cierro los ojos y escucho la música. Trato de identificar los instrumentos. Clavecín, violonchelo, viola. Abro los ojos. Olvidaba los violines.

—¿Te gusta? —me pregunta Noel con un volumen de voz casi inaudible

—No tanto como a ti

—¿Por?

—Estabas llorando

—Era por otra cosa

—¿La puedo saber?

—Mi hijo se ha ido

—¿De cáncer?

—¿Cómo?

—Murió

—Se ha ido de casa

—Ah. ¿Qué edad tiene?

—Veintitrés

—Ya es mayor

—Discutimos fuerte

—¿Cuándo?

—Antes de ayer

—Volverá

—¿Por?

—Eres buen hombre

—Pero me saca de quicio

Nos llaman la atención. Miro al escenario. Noel respira intranquilo. Le miro. Me

sonríe. Echo el culo hacia delante y me recuesto en su hombro. Blandito. Se acerca y me habla bajito. La barba rozando mi oreja. Escucho.

- No puedo con él
- Pero si eres muy tranquilo
- Por eso lo digo
- Habla con él como a tus alumnos
- Él dice que lo sabe todo
- Pues no le lleves la contraria
- Pero si no sabe nada
- Algo sabrá
- Quedar con sus amigos
- ¿Y?
- Fumar porros, escuchar música infernal
- ¿Heavy?
- Sí, de esa que te estallan los oídos
- También es música
- Bueno
- Hay mucho sentimiento en la música dura, en las baladas
- Cuatro acordes disonantes
- Pero muchas ganas, y rabia
- Eso es lo que siento yo
- Pues tu hijo seguro que se tranquiliza escuchándola
- ¿Quieres que haga lo mismo?
- No
- ¿Entonces?
- Tú eres el pedagogo
- Pero un hijo no es un alumno
- Es algo más, bueno, yo no tengo ni puta idea, pero
- Te lo digo yo
- Si te creo
- Pues ya me dirás tú qué hago
- Hablar, escucharle
- Lo haré
- Ay
- Qué
- Que me resulta raro que alguien como tú me siga un consejo
- ¿Por qué no habría de hacerlo?
- Porque eres mayor que yo, y profesor
- Pero tú tienes su edad

—Entonces déjalo en paz
—¿Y que haga lo que quiera?
—Hombre, con unos límites
—Ya veremos
—Te saldrá bien, tiene un padre que no se lo merece
—Hm
—Deja que se acerque él
—Muy bien
—¿Qué está haciendo con las cuerdas?
—Eso se llama pizzicato^[2]
—Qué gracia

Escuchamos. La siguiente melodía es preciosa. Me suena y todo. Levanto la cabeza de su hombro. Me dice que no le molesta. Vuelvo a recostarme. Blandito almohada. Escucho el latido de su corazón. A ritmo de la orquesta. Sincronizados. Apoya su cara sobre mi cabeza. Suave. Sin dejar caer todo el peso. Me tiembla una pierna. El resto de mi cuerpo muerto. Escuchamos pegados hasta el final de la actuación. Aplaudimos fuerte, tanto que me duelen las manos. Hago como que aplaudo. Salimos del Teatro Principal.

—¿Y su mujer qué dice de todo esto?
—Clara murió de cáncer hace dos años
—Lo siento
—Tranquilo
—Lo siento mucho
—Ella se llevaba mejor con él
—¿Qué hacía?
—Nada especial
—Algo haría
—Nada, desde pequeño estaba más pegado a ella que a mí
—¿Por?
—No sé, a veces creo que rivalizamos
—¿Por?
—Por cosas de casa, nuestro terreno
—Como los perros
—Algo así
—¿Y?
—Qué
—No sé, habrá algún modo de remediarlo
—¿Cómo?
—Dejándoos espacio

—¿Y qué hacemos si nos cruzamos en el pasillo?
—Buena pregunta
—Ya, pero
—Quiero decir que, por ejemplo, no os veáis tanto
—¿Cuánto es tanto?
—Cuando lo necesites, cuando te necesite
—Probaré
—Hacer cada uno vuestra vida y ya os cruzaréis
—Cuando me pida dinero para salir
—Por ejemplo
—¿Y yo?, ¿cuándo me toca a mí?
—Cuando te lo pida el cuerpo
—Si yo estaría más con él, pero chocamos
—Por eso lo digo, una buena relación no implica tiempo, sino buenos ratos
—Qué bonito
—Me ha salido así
—Te haré caso
—Pues eso, ya me dirás
—¿Quieres subir?
—Me están esperando en casa
—Como quieras
—Hasta mañana
—Adiós
—Noel
—¿Qué?
—Gracias por invitarme
—De nada
—Lo he pasado muy bien
—Yo también

LA ESCALERA

Julio coge el compresor del aire acondicionado con una mano. Yo agarro por el otro extremo. Llamo al timbre número dieciséis. Contesta una voz femenina. Nos dice que subamos al cuarto piso, al tiempo que abre. Entramos. Julio pulsa el botón del ascensor con el codo. Subimos.

—Hola —nos dice la chica

—Qué hay —contesta Julio

—Pasen por aquí

Llegamos al salón. Dejamos el aparato en el suelo con cuidado.

—Me gustaría —la chica— ponerlo aquí, junto al cuadro, pero no sé, ustedes dirán

—Está bien —le dice Julio—. Toma —me da las llaves de la furgoneta—, sube la caja de herramientas y el ventilador

—Sí, voy

—¿Podrás con todo?

—Creo que sí

—Verá —la chica a Julio—, había pensado colocar uno aquí y más adelante otro en la habitación de matrimonio porque...

Paso por delante de la cocina hasta la puerta de salida. Me ha parecido ver la silueta de un señor abriendo la nevera. Paro. Doy un paso atrás. Respiro. Miro las llaves de la furgoneta y salgo. Dejo abierta la puerta del zaguán. Maletero, ventilador al suelo, cojo la caja de herramientas con la mano que me queda libre al cerrar con llave la puerta. Me echo el ventilador al hombro como puedo. Qué torpe. Podía haber dejado la caja de herramientas en el suelo. Puerta zaguán, puerta ascensor, ascensor puerta, puerta casa cerrada. Me abre la chica. Dejo la carga en el suelo y devuelvo las llaves de la furgoneta.

—Este es el modelo que nos había pedido Ramón

—Julio a la chica

—Sí, el del anuncio de televisión

—El mismo

—Es usted su prima, me dijo

—Sí, ¿cómo está?

—Bien, de aquí para allá con el torito

—Me alegro

—Lucas, abre la caja

—¿Les apetece algo? —nos ofrece la chica

—No, gracias —contesta Julio—, lo que sí nos hará falta es una escalera para subir el compresor

—Tengo una en la terraza de atrás

—Ayúdale —me dice Julio—, ya abro yo la caja

Sigo a la chica por el pasillo. Pasamos por delante del cuarto de baño y de una habitación. Me abre la puerta de la terraza.

—Allí la tienes —me dice

—Gracias, ya cierro yo

—Muy bien, voy con Julio

Salgo. Hace sol. Cuántas plantas. Aparto unos calzoncillos enormes y paso por debajo de la cuerda de tender. La escalera junto a la lavadora. La cojo. Sobresalen revistas sobre un estante. Abro la escalera y subo dos peldaños. Chicas jóvenes desnudas. Hojeo. Con chicos. Observo. Delgados con penes descomunales, abdominales como pastillas de chocolate, mirando al infinito y más allá. Bajo dos peldaños. Cierro la escalera. La llevo bajo el brazo. Los calzoncillos húmedos por mi cara. Miro al sol. Estornudo. Entro en casa. Cierro. Acostumbro la vista a la oscuridad. Voy por el pasillo. Giro. Le doy con el canto a la pared. Vaya agujero. ¿Qué me dirán? Bueno, no se nota mucho. Sigo. Entro donde la chica y Julio.

—Aquí está

—Déjala en la pared —me dice mi tío

La apoyo con extremo cuidado. Con cara de chico bueno. Cojo el mando a distancia del climatizador y le quito la tapa. No lleva pilas. Busco en la caja. En una bolsita precintada. Las pongo siguiendo el dibujo de más y menos. Miro los botones del mando.

—Buenas tardes —dice una voz grave

Levanto la vista. Entra un señor alto y gordo. Camisa, bermudas y chanclas. Una mano dentro del bolsillo y en la otra una cerveza de bote.

—Hola, cariño —la chica

La luz roja del mando parpadea. Miro al climatizador. No se pone en marcha porque está desenchufado. Julio sube a la escalera y taladra en la pared. Retumba la estancia. El sol entra por la ventana. Los ácaros de polvo ingrátidos bailan. Mi tío me pide el metro. Se lo paso. Mide la distancia entre los dos agujeros. Hace una marca en la pared y me tira el metro. Taladra.

—Son los compañeros de Ramón —la chica al señor

—Ah, Ramón

La tranquilidad del señor contrasta con la visible excitación de la chica. Pega un largo trago a la cerveza. Eructa ruidosamente. En su casa. Quito el plástico del climatizador. Desenrollo el cable y lo conecto al aparato. No va así. Lo dejo. Hago como que hago algo. Julio baja de la escalera y me pasa el taladro. Repite la operación en la parte de fuera de la fachada. Entra. Coloca el ventilador y mete los cables por el agujero. La chica y el señor nos miran en silencio.

—Ayúdame —me pide Julio sacando la cabeza fuera Cojo el compresor del aire acondicionado por un extremo. Julio sube a la escalera. El señor deja la cerveza en la mesita y nos ayuda. La chica sale de la habitación. El señor y yo lo alzamos a la altura de los soportes. Julio atornilla. Nos quedamos frente a frente con los brazos levantados. Mi cara a la altura de su pecho. Entre dos tetas. Huelo.

—Subir un poco más —nos pide Julio

Su barriga en mi cuello. Labios y nariz acariciando pelo. Entra la chica. Nos deja un par de cervezas y vuelve a salir. El señor cambia la posición de las manos en el compresor y cierra los brazos. Me tapa las orejas con sus tetas. Escucho los latidos de su corazón. No puedo respirar. Abro la boca. Se me llena de pelo. Giro la cabeza. Me trago una teta.

—Ya está, podéis soltar —dice Julio

El señor se echa hacia atrás y tropieza con mi rodilla. Cae al suelo. Se me lleva detrás. Caigo encima de él a horcajadas.

—Cuidado —nos dice mi tío

—No es nada —responde el señor

Algo duro en mi culo. Miro al suelo. Suerte que no es el taladro. Julio sigue con lo suyo. Fijando el compresor con una llave inglesa. El grueso pene del señor se ha salido por el agujero de sus bermudas escurriéndose por el camal de mis pantalones cortos. No lleva calzoncillos. Sólo la fina redecilla de mis pantalones impide que entre en mi culo mojado por el líquido que sale de su glande.

—¿Estás bien? —me pregunta el señor

—Sí

—No sé si podré levantarme

—Ahora lo hago yo

—¿Puedes?

—Sí, es que me he torcido el tobillo

—¿Te duele?

—Un poco

—En el botiquín tengo reflex

—Me irá bien

Del porrazo han salido disparado los tres botones de su camisa. Su barriga se extiende por el suelo al descubierto.

—¿Usted está bien? —pregunto

—Sí, sólo que la muñeca

—¿A ver?

—Ay

Recuerdo que en una excursión que hice de pequeño en el colegio, me empeñé en saltar una cuerda de goma atada a dos troncos. Su pene sigue haciendo camino entre

mis nalgas. Al salir del hospital llevaba una aparatosa escayola en el brazo. Me duele pero lo soporto. Y mis compañeros de clase no tardaron en llenarla de firmas y dibujos para que no pareciera tan blanca. Me levanto. Se la mete dentro con la mano ilesa.

—Ya no me duele —me dice con la mano en la axila

—A mí tampoco Entra la chica.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —contesta el señor—, que nos hemos caído La chica examina la mano del señor.

—Ya está —dice Julio bajando de la escalera—. Conecta el aire, Lucas Aprieto el botón rojo del mando. La compuerta del climatizador se abre. Funciona a la perfección. Sale aire frío. La chica le quita la camisa al señor y sale de la habitación.

—De ahora en adelante —Julio al señor—, sólo deben preocuparse de cambiar el agua de la botella y...

Nos sentamos alrededor de la mesa...

—... de limpiar los filtros cada cierto tiempo ...y bebemos cerveza.

—No hay problema —contesta

—El funcionamiento del mando es muy sencillo. Este botón para encender y apagar, para frío y calor, y para la dirección del ventilador. De todas formas en la caja está el manual de instrucciones

—De acuerdo

El aire frío mueve el pelo del pecho del señor que se pasa la mano por los pezones endurecidos. Entra la chica y le da otra camisa. Recojo los plásticos y los meto en la caja. Saco el manual y la garantía. Guardo el destornillador en la caja de herramientas.

—Ya está todo —les dice Julio

—Llamaré a Ramón y arreglaremos lo de la factura —la chica a Julio

—No se preocupe

—Bueno, pues muchas gracias

—A ustedes

Nos acompañan hasta la puerta y nos despedimos. La chica le da un billete a Julio. No lo acepta. Insiste. No lo coge. Bajamos por el ascensor y subimos a la furgoneta.

LA BODEGA (y III)

Espero delante de la bodega. No hay nadie. Dudo si habíamos quedado este sábado o el anterior. Creo que era hoy. Me dijo a las tres. Son y cuarto. Ahí está.

—Hola —bajando la ventanilla de la furgoneta

—Buenas tardes

—Sube

Abro la puerta, me siento y cierro.

—¿Cómo estás?

—Bien —contesto

—Perdona el retraso

—No pasa nada

—¿Te llamabas?

—Lucas

—Yo Rodrigo

—Me acuerdo, digo, no, que no nos habíamos presentado

—¿Vamos?

Salimos de Castellón. Dirección Norte. Destino Peñíscola.

—... y antes teníamos un bar —continúa

—¿No les fue bien?

—Sí, pero los dueños del local no quisieron renovar el contrato de alquiler

—¿Y eso?

—Se ve que su hijo quería montar un pub

—Y luego, la bodega

—No, trabajamos por cuenta ajena, mi mujer de cocinera y yo de camarero

—¿Por?

—Nos quedaron deudas pendientes del bar

—¿No ganaban dinero?

—Poco, suerte de las máquinas tragaperras

—¿Dan mucho?

—Lo que más, en un mes te sacas un dineral

—Vaya

—Sé de bares que viven casi exclusivamente de ellas

—Joder

—Pero tampoco lo veo bien, prefiero ganar menos pero de mi trabajo

—Claro

—Y luego abrimos la bodega

—Ahí les va bien, ¿no?

—Bueno, no nos podemos quejar

—Y, ¿por qué no siguieron trabajando por cuenta ajena?

—Es que no soporto a los jefes

—¿Mala gente?

—No, pero siempre hay una relación injusta entre trabajador y jefe

—¿Por?

—Aparte de que te traten mejor o peor, uno siempre pierde. Al principio te tienes que esforzar para demostrar lo que vales, después mantenerse para que no parezca que te estás relajando, y al final te das cuenta que das más de lo que recibes a cambio

—Pero, para eso le pagan

—Aparentemente

—No entiendo

—Pues mira, desde mi punto de vista, sólo el tiempo que dedicas a un trabajo, quiero decir, las horas que pasas en el puesto de trabajo y no en otro sitio ya valen su peso en oro, por lo menos yo así lo veo

—Ya

—Y luego tu esfuerzo, tus ganas, tu esmero, incluso tu creatividad o tu buen hacer, eso no tiene precio

—Pero, habla de una persona que vale mucho

—Es que si no te tiran a la calle

—También

—Y para rematar, ¿tú sabes lo que dejas de ganar cuando empiezas a quedarte una hora más por las tardes para acabar la faena, las llamadas desde tu móvil en horas de trabajo para algo de trabajo, o las horas de sueño que pierdes pensando que esto o aquello lo has hecho mal? Todo beneficios para la empresa

—Ya

—Será que soy alérgico al trabajo

—Pero si tiene una bodega propia

—Ahí está la diferencia

—Que trabaja para usted

—Eso es

—Pero, trabajando así los problemas se los lleva a casa, ¿no? Eso dicen algunos

—Y por cuenta ajena aún más

—¿Por?

—Porque te llevas los problemas de tu trabajo a casa y la incertidumbre de que tu jefe te eche la bronca al día siguiente

—También

—De lo que se trata es de desconectar

—Claro

—Hace un bonito día, ¿verdad?

Lo hace. Llovió toda la tarde de ayer y hoy el cielo está despejado, la tierra húmeda. El aire fresco se cuela por la manga de mi camiseta y me acaricia la piel. Sin rastro de humedad pegajosa característica del clima mediterráneo estival a la que, unos con mayor resistencia que otros, nos hemos acostumbrado los que aquí habitamos.

—¿Tan malo es trabajar? —pregunto

—Depende

—Yo no estoy tan mal con mi tío

—Pues tienes mucha suerte

—Ya

—Lo que intentaba explicarte, a ver si puedo concretar, es que cuando trabajas para alguien

—Como yo

—Exacto

—Trabajador por cuenta ajena, como dice usted

—Pues, ya no sé lo que te iba a decir

—Sí, que cuando se trabaja para alguien

—Ya, bueno, da igual, que el tiempo que pierdes en un trabajo podrías dedicarlo a cosas más provechosas

—¿Para quién?

—Para ti, para los demás

—¿Qué demás?

—No sé, es un decir, para tus amigos, tu familia

—Perdone

—¿Por?

—Le he interrumpido

—No te preocupes

—Siga

—¿Dónde estaba?

—En que puedo dedicar mi tiempo a otras cosas

—Eso

—¿Cuáles?

—No sé, ¿a ti qué te gusta hacer?

—Toco un poco la guitarra

—Pues mira, tocar un instrumento, componer canciones

—Es muy difícil

—Pero con la práctica todo se aprende

—Claro

—¿Acaso tú sabías algo de aparatos de aire acondicionado antes?

—No

—Pues ya está

—Ah

—Y cuando empiezas en un trabajo siempre es igual, por mucho que estudies, que estés preparado, cada trabajo es un mundo, un cúmulo de relaciones

—Con sus compañeros

—Y con las máquinas, los ordenadores, los programas esos, no sé, no entiendo mucho

—Sí, sí, sé lo que quiere decir, el software

—Que lo más importante son las ganas, el esfuerzo por aprender, caer y levantarse otra vez

—Está poniendo muy bien el trabajo

—Ah, perdona, es que estaba pensando otra cosa

—¿El qué?

—No sé, en la lucha por vivir

—¿Es dura?

—Ja, ja

—¿De qué se ríe?

—Me hace gracia

—¿El qué?

—Que me preguntes esas cosas

—Es que yo también quiero saber

—Me parece muy bien

—Aunque a veces lo veo todo tan complicado que se me van las ganas

—¿Como qué?

—No sé, paranoias, es que como no sé lo que va a pasar

—¿Con quién?

—Con mi vida, todavía no sé a lo que me quiero dedicar

—Algo te gustará

—Lo de la guitarra de antes

—Pues ya está

—Pero me pongo a darle, a las cuerdas quiero decir, y me veo tocando en escenarios enormes, cantando también

—Perfecto

—Y luego no me sale un acorde, pongo la posición y no suena una mierda

—Ya sonará

—Bueno, cuando estoy mucho tiempo

—Claro

—Cuando dedico mucho esfuerzo

—Es lo que te decía antes
—Pero luego me desmotivo
—Mira, esa es una de las diferencias entre trabajar solo o para alguien
—¿La motivación?
—Sí, porque una de las grandes luchas internas cuando quieres hacer algo por tu cuenta es la motivación, el interés
—Y solo cuesta
—¿Cómo?
—Que cuando trabaja solo cuesta más motivarse
—Sí
—¿Por?
—Porque tienes que sacar las fuerzas desde dentro, aunque no te apetezca, aunque estés cansado
—Vaya sufrimiento
—No lo sabes bien
—Pero tendrá su recompensa
—Ahí quería llegar
—Porque un trabajo hecho sin obligación ni imposición, más que la de uno mismo, debe ser muy gratificante
—No podía haberlo dicho mejor
—¿Y luego qué?
—¿Qué de qué?
—Cuando lo acaba
—No se acaba nunca
—¿Cómo que no?
—Siempre hay que seguir luchando
—¿Toda la vida?
—Toda
—Joder
—Sí, pero a eso uno también se acostumbra
—Qué pesado
—No creas, es algo que acabas llevando bien
—¿Estar luchando toda la vida?
—Luchar, y luego descansar, claro, pero sin dormirte en los laureles
—¿Y no puedo conseguir algo y luego dejar de luchar?
—No
—¿Y si me toca la primitiva?
—Tienes que seguir igual
—Pero ya no lucho, sólo camino

—Ja, ja
—Se ríe otra vez
—Es que tienes respuesta para todo
—Ay, es lo que pienso
—Pues aunque te toque la primitiva tienes que seguir luchando
—¿Por?
—Porque la lucha misma te hace persona
—¿Y qué somos, animales?
—Lo decía en sentido figurado, pero es buena pregunta
—Sí, lo había comprendido
—Luchar, como te decía al principio, es como aprender, pero al revés
—Yo no veo que
—Porque aún eres joven
—¿Y qué relación tienen?
—Pues que aprender a tu edad es la finalidad para conseguir algo y a mi edad luchar es el medio para conseguirlo
—¿Y usted no aprende?
—Cada día
—Y lucha
—Cada día más
—Se va a hacer rico
—Qué va
—Tanto luchar
—A veces uno lucha consigo mismo
—¿Para qué?, ¿por qué quiere hacerse daño uno?
—No, no, al revés, lucha para no hacérselo
—Ah, contra sus pasiones
—Exacto, y tus debilidades
—Se hace más débil uno cuando más crece, quiere decir
—No, te haces más listo, por lo menos eso te crees, porque luego eres tan imbécil que caes en los mismos errores
—¿Y cuáles son los suyos?
—El sexo
—¿Sí?
—Con otras mujeres
—Ah
—No se lo había dicho a nadie
—Ya
—Pues

—¿Y por qué es un error?
—¿El qué?
—El sexo con otras mujeres
—No lo comprendes
—¿Qué tengo que comprender?
—Nada, perdona
—¿Por qué me pide perdón?
—Porque veo que lo comprendes mejor que yo
—¿Que tenga sexo?
—Bueno, no lo sé
—¿Por?
—Es que me lo has preguntado tan inocente que es imposible mentirte
—Tampoco quiero saber, si no quiere decirme nada
—No, no, si seguro que me ayuda hablar
—¿Por qué no se lo ha dicho a nadie?
—¿A quién?
—No, pregunto porqué
—Porque no conozco a nadie como a ti
—Si a mí no me conoce casi
—Por eso mismo
—Pues dígame, si le sirve de algo
—Nada, tengo relaciones con una chica que trabaja en la panadería de enfrente de la bodega
—¿Desde hace mucho?
—Un año
—¿Y usted la quiere?
—Creo que sí
—¿Y ella a usted?
—No sé
—¿Se lo ha preguntado?
—No
—¿Entonces cómo va a saberlo?
—Es que no quiero saberlo
—¿Por?
—Me da cosa
—No hay nada malo
—No, no, no es eso
—Déjelo, que tampoco importa
—A mí sí que me importa

—Pues pregúnteselo
—Es que ella tiene novio, un chico de veinte que trabaja en un taller de mecánica
—¿Ella cuántos tiene?
—Diecinueve
—¿Y hacen sexo?
—¿Ella y yo?
—Sí
—Todos los viernes
—¿Y eso?
—Mi mujer tiene clase de piano
—¿Toca el piano?
—Desde hace un año
—A mí me encantaría saber
—Pues la chica acaba a las tres de la panadería y viene a la bodega
—¿Y usted qué hace?
—Al principio hablábamos, se tomaba un café con leche. Yo la invitaba pero ella no se dejaba, siempre la moneda en la barra
—Una chica autosuficiente
—Sí. Para mí era como una amiga, yo qué iba a pensar que le gustaba con lo gordo que estoy
—¿Cómo es ella?
—Delgada, rubia, guapísima, la tenías que ver
—¿Y qué pasó?
—Al cabo de unos meses de venir a la bodega, un día, me dijo que era muy guapo, yo le reí la broma, ella se quedó seria
—Bien, ¿no?
—No le di mayor importancia, pensaba que no me había cogido la broma, no sé
—¿Y después?
—Pasó otro mes
—Joder
—Es que yo no lo podía suponer, claro está que me ponía a cien, pero eso nos pasa a la mayoría con ese tipo de chicas
—¿Y?
—Al cabo de otro mes
—¿Otro?
—Sí, vino cuatro o cinco meses
—Joder
—Pues, un viernes no vino
—Ah

—Y así es cómo me enteré

—¿De qué?

—De que le gustaba, hombre

—¿Ah, sí?

—Claro

—¿Y qué hizo?

—Ese viernes nada, al siguiente

—¿Por?

—Ya te lo he dicho, que ese viernes no vino

—Ah, perdone

—Y al siguiente, a las tres, mi mujer se fue a clase de piano y yo salí de la bodega a tomar un poco el aire

—El aire

—Y ella que salía de la panadería, y yo que no sabía dónde mirar

—¿Qué pasó?

—Le saludé a lo lejos

—¿Y ella?

—Me saludó también

—¿Y qué más?

—Se acercó y me miró fijamente

—¿Y usted?

—Yo pensaba que se había enfadado conmigo

—Pero si usted no le hizo nada

—Ya, pero uno se come la cabeza cuando pasan estas cosas

—Ya, ya

—Y me dijo que le gustaba, que le gustaba mucho, que si no le besaba ahora se iba a morir

—¿Y qué hizo?

—Entramos en la bodega, me lavé la cara con agua fresca, es que no me lo podía creer

—¿Por?

—Las mujeres no suelen fijarse en alguien como yo

—¿No?

—Más bien te miran con asco

—¿Y qué pasó?

—Me cogió de la mano y me llevó al almacén

—¿Y?

—Pues ya sabes

—¿El qué?

—Pues eso
—Ya, claro
—Y, nada
—¿Y su mujer?
—No lo sabe
—¿Ella no es de?
—No creo, vamos, todo sería que estuviera liada con el profesor de piano
—¿Es joven?
—Quién
—El profesor
—Sobre los treinta
—¿Y su mujer?
—Cuarenta y siete, tres menos que yo
—Ya
—Hombre, todo podría ser
—¿Y a usted le importaría?
—No sé
—¿Por?
—Ahora no lo sé, la verdad es que desde que veo a esta chica nuestra relación va mucho mejor, y no sé si es por eso o porque ella se ve también con, no sé
—Pues, si están a gusto así
—Aunque ahora que lo pienso
—¿Sí?
—No creo
—¿El qué?
—Que los viernes se pone la colonia
—¿Cuál?
—Aire de Loewe
—No la conozco
—Se la regalo siempre para nuestro aniversario
—¿Cuándo es?
—El diez de septiembre
—¿Muchos años casados?
—Con el que viene veinte
—¿Van a celebrarlo?
—Sí, le tengo una sorpresa, un crucero por el Mediterráneo
—Qué bien
—Para esas fechas cerramos un par de semanas
—¿Vacaciones?

—Claro
—Pues que les vaya bien
—Sí
—Ya estamos, ¿no?
Llegamos a Peñíscola. Tardamos en aparcar.
—Por fin —dice Rodrigo
—¿Llegamos tarde?
—Aún falta una hora
—Bien
—Si quieres podemos dar un paseo por la costa
—Vale
—El restaurante está por ahí
—Ah
—¿Te apetece algo?
—No sé
—¿Una horchata?

Bebo en pajita. Está fresquísima. La playa abarrotada de gente, sobre todo en primera línea. Detrás, unos juegan a fútbol, otros a la raqueta, otros simplemente miran las horas pasar. Nos sentamos en un banco. Corre la brisa. Cierro los ojos. El sol calienta mi piel. Relajo los músculos de todo el cuerpo. Ay, que se me cae la horchata. Abro los ojos y miro al mar.

—Bonito, ¿verdad? —me pregunta
—Sí
—Cada vez que me acerco al mar me acuerdo de la canción de Serrat
—Mediterráneo
—Es preciosa, llena de verdad
—A mí me encantaría componer algún día una canción así
—Lo harás
—¿Por qué dice eso?
—Porque pareces buen chaval
—¿Sólo por eso?
—Ahora me pones en un compromiso
—Déjelo, sólo quería saber
—¿El qué?
—Si valgo o no
—Tú sabrás
—Yo no tengo ni idea
—Ahora disfruta del sol
—Pero es que a veces tengo miedo

- Miedo tenemos todos
- ¿Usted también?
- Claro
- Yo pensaba
- La seguridad no existe
- Tengo miedo a fracasar, al dolor
- Cuidado que a veces es peor el miedo al dolor que el dolor mismo
- Es todo un luchador
- No hay otra salida
- Me encantaría ser como usted de mayor
- ¿Me estás llamando viejo?
- No, no
- Bueno, tampoco soy un chaval
- Un buen amigo
- Gracias
- Pues, eso
- ¿Vamos?

Entramos en el restaurante. Rodrigo enseña las acreditaciones. Pasamos a una gran sala llena de mesas blancas. Nos sentamos delante de una de ellas. Sobre la mesa, seis copas de vino. Nunca mejor dicho. Comienza el presentador con una breve explicación de los caldos de su bodega en Requena. Escucho atento. Nos sirven vino crianza. Probamos. Luego un reserva. Apenas noto la diferencia. Miro a Rodrigo. Le digo que no tengo ni idea. Me dice que si me interesa puedo ir a la conferencia que están dando en la sala contigua. Le pregunto si no le importa. Me dice que nos vemos luego. Me levanto en silencio y busco la sala. Entro. Me siento en la última fila. En la pared se proyecta el programa. Curso de iniciación a la cata de vino. Presto atención. La conferenciante termina con el primer punto. Historia del vino. Define la cata. Conjunto de métodos y técnicas que permiten percibir, identificar y apreciar, mediante los órganos de los sentidos, las propiedades de un vino. Segundo punto. Las condiciones de iluminación, aireación, humedad, temperatura y equipamiento. Tercer punto. Las fases de la cata. Visual, olfativa y gustativa. Me quedo pensando en esta última. Las zonas de percepción de los sabores en la lengua. El gusto dulce se percibe en la punta de la lengua, el salado en los costados, en ácido sobre la lengua, a los lados, y el amargo en el fondo. Cuarto punto. La copa. Herramienta del catador. Vehículo para presentar el vino a nuestros sentidos. Quinto punto y último. Cata de cinco vinos. Blanco, rosado, tinto, espumoso y generoso. Salgo un poco mareado. Busco a Rodrigo. Está hablando. Espero.

- ¿Cómo ha ido?
- Bien —le digo—. ¿Qué es eso?

—Me han endosado una caja de vino

—¿Qué hacemos?

—No sé tú, pero yo me muero por un cigarro

Salimos del restaurante. Fumamos al sol. Se me va el efecto vino. Llevamos la caja al coche. Damos una vuelta por el paseo marítimo hasta el castillo. Merendamos en la terraza de un bar. Hablamos. De mujeres y vino. De la importancia de escuchar. Subimos al castillo. Nos sentamos en la primera fila del concierto de música barroca. Toca Bach. Me acuerdo del concierto en el Principal con Noel. Del cáncer de su mujer. De cómo se las ingenia para conseguir entradas. Del trabajo. De los compañeros. Termina el concierto de música clásica. Rodrigo me acerca a casa. Me regala un par de botellas de vino crianza. Nos despedimos y le vuelvo a dar las gracias.

BILLETES

Entro en el vestuario. En mi cara el vapor de agua que sale de las duchas. Fuera camiseta. Me siento en el banco de madera y apoyo la espalda en la pared. A mi lado César, desnudándose.

—Hola —me dice

Me agacho, me quito las zapatillas y al levantarme pasa por delante Ramón, el conductor del torito, con una toalla blanca que resbala de su enorme culo peludo y se cuelga en la percha. Entra en la ducha.

—Qué calor —dice César

Se pasa la mano por la frente. Las gotas de sudor caen en su barriga. César es gordo, treinta y tantos, cabello castaño corto por los lados y más largo por arriba. Tiene pelo en el pecho, en la barriga, en las piernas, en las axilas. Un oso pardo. Se mueve lento. Pausado. Aunque sus manos dibujan molinos de viento.

—¿No te duchas? —le pregunto

—Estoy esperando

—¿A?

—Están todas ocupadas

Me levanto. Echo un vistazo. Me doy la vuelta. César mirándome. En su cara una sonrisa iluminada por los piercings que atraviesan los pezones de sus tetas. Me enredo en su barba. Sale un chico de la ducha. Le dejo pasar. Entro yo. Saco la cabeza y miro a César. Le hago un gesto para que pase. Cabemos dos. Entra conmigo. Pensaba que esto era más grande pero ahora con César delante de mí. Levanta el brazo. Abre el grifo. El pelo de su axila en mi nariz. Cae agua. Directa a su barba que se empapa adquiriendo una tonalidad más oscura. Desciende por su cuello convirtiendo el pelo de su pecho en pequeños mechones mojados, en pequeñas serpientes que se mueven sinuosas por el agua sin reparar en su belleza. Baja por el centro de su pecho hasta el ombligo y salta en cascada desde su barriga hasta la mata de vello púbico, dejando al descubierto el grueso pene que apunta directo a mí. César se gira. El agua corre por su espalda. Abre las piernas. Pasa entre sus nalgas hacia una gran bolsa de piel peluda. Jabón y esponja y restriega. Me acerco a su cuerpo. Transmite calor. El agua empapa mis huesos. César se vuelve. Me mira. El agua dibuja una sonrisa en mis labios. Los dos enjabonados. Suaves al tacto. Le doy la espalda y me agacho. Cojo la botella de champú. Miro sus pies entre mis piernas. Le falta el dedo meñique del pie derecho. Su grueso pene resbalando entre mis nalgas. ¿Qué le habrá pasado? Me agacho más para ver la cicatriz. Noto la barriga de César sobre mi espalda. ¿Será de nacimiento? Qué blandita. Igual un accidente. Su pene sigue el movimiento de su cuerpo frotado enérgico con la esponja de algas. En el otro pie no le falta ningún dedo. Me levanto. Le paso el champú. Enjabono mi cabello.

Quito la espuma de mis ojos. Pica. Me echo hacia atrás. El agua limpia mi cuerpo. Vuelvo a notar su barriga en mi espalda. Aprovecho para frotarme con su pelo. Como automóvil en limpia-coches automático. Ruedo circularmente. César con lo suyo, sin prestar atención, pasando la esponja por los genitales y el culo. Noto su pene en mi mano. No le doy importancia. Ahora entra y sale de mis dedos en círculo. La ducha está chapada con minúsculos azulejos de color azul. Me giro a César. Se enjuaga. La espuma se desliza lentamente por su cuerpo, esquivando dulcemente el vello de su barba y de su pecho. Recorre el camino marcado por el pelo de su barriga y finalmente cae sobre mis pies. Me echo hacia delante para que el agua me dé en la espalda. Noto en el pecho los fríos piercings que agujerean sus pezones. Qué blanditos. Los pezones. Me incorporo. Cierro el grifo. Dejo escurrir el agua por mi cuerpo. Salgo de la ducha. César me ayuda. Resbalo pero no caigo. Me agarra con sus manos. Equilibra mi personalidad. Los dos cubiertos con sendas toallas blancas. Nos miramos mientras secamos. Sentamos. El pelo de su cuerpo se vuelve castaño. Limpio. Suave al tacto. A la vista. Al olfato.

—¿Cansado? —me pregunta

—Un poco

—¿Estudias?

—Sí

—¿Qué?

—Administrativo

—Muy práctico

—Bueno

—Yo colecciono billetes

—¿De tren?

—Billetes y moneda extranjera

Nos vestimos. Salimos. Abro la puerta del bar. Cerveza y un plato de quicos.

—Nada como la primera cerveza del viernes por la tarde —me dice

—Sí

—La segunda no sabe igual

—Ya

—La semana que viene si me acuerdo te traeré un par de carpetas con los billetes que colecciono

—¿Tienes muchos?

—No lo sé ni yo

—¿De dónde los sacas?

—La mayoría los compro en el mercado que montan los domingos en el centro.

Conozco a los dueños

—Si vas tanto

—El problema es que son caros, además del precio del billete por sí mismo, tienes que sumar el valor añadido de venta al público

—Claro

—Y los billetes que son difíciles de conseguir ni te cuento

—Ya

—Un domingo uno barato, al otro me permito uno más caro, y la colección va aumentando

—Claro

—También los consigo en bancos

—¿Sí?

—Hay que echarle morro. Cada semana me acerco a dos o tres oficinas principales donde sé que recaudan moneda extranjera. También me conocen

—Normal

—Si les llega algún billete raro me lo guardan. Cuando me ven me lo enseñan, y si me interesa lo compro. La putada es la comisión

—¿Por?

—Tienen una comisión mínima por compra de moneda extranjera, y si sólo quieres un billete tienes que pagarla entera

—Vaya

—Pero en dos de las tres oficinas donde voy me hacen la pirula y no me cobran la comisión mínima

—¿No?

—Bueno, de vez en cuando me la cobran para que no parezca que dejan de ingresar por ese tipo de venta

—Ah

—Pero es que a veces...

—¿Sí?

—... te llevas cada sorpresa

—¿Sí?

—Sobre todo en la oficina de la estación de trenes. El cajero y yo somos casi amigos. A él ya le he enseñado mi colección de billetes

—Ah

—Y pese a todos los que pasan a diario por sus manos, hay billetes que no ha visto en su vida

—Vaya

—Es un buen tipo, me lo guarda todo, y eso que ellos tienen que remesarlo cada semana a su central

—¿Sí?

—Se ve que les penaliza tener moneda extranjera en la oficina sin vender

—No lo sabía

—Sí. Lo que te decía, a veces me llevo cada sorpresa, ni te imaginas lo que sientes al tener en tus manos un billete que no has visto más que en fotografía

—Anda

—Y ni te digo si además es nuevo de trinca

—¿Sí?

—Eso también importa, el estado del billete

—Ah

—A veces lo único que hago es cambiar un billete nuevo por uno que tengo planchado

—¿Los planchas?

—Con cuidado, para que tengan mejor cara

—Ah

—Sí, hombre

—¿Y no coleccionas monedas?

—Algunas. Pero es misión imposible, son demasiadas. Además, fabrican nuevas cuñas con demasiada frecuencia. Si ya con los billetes te vuelves loco, con las monedas es la locura en potencia

—Vaya

—El día que me acuerde te traigo las carpetas

EL ESCRITOR

Javier abre la puerta...

—Hola —le digo

—Entra, ¿cómo estás? —... y se recoge el pelo con una coleta.

—Bien

—Perdona que estaba escuchando música y no oía el timbre

—No es nada

—Pasa

Le sigo por el pasillo hasta una habitación vestida con estanterías repletas de libros. Nos sentamos en una silla de mimbre.

—¿Qué te apetece tomar?

—Una cerveza

—Enseguida

Sale de la habitación. Me giro. Echo un vistazo a los libros. «El látigo y la pluma» de Fernando Olmeda. «No se lo digas a nadie» de Jaime Baily. «Segunda antología poética» de Juan Ramón Jiménez. «Poesías completas» de Antonio Machado. Tomos I, II, y III de Federico García Lorca. La película «Cachorro» de Miguel Albaladejo.

—Toma

—Ah, gracias

—¿Qué cuentas?

—Nada, es muy chula la casa

—Todavía la estamos reformando

—Me gusta el color de las paredes, en casa de mis padres son todas blancas

—En la de los míos también, por eso quería cambiar

—Ya

—Y como los muebles eran todos de color cerezo pues yo todos roble

—Hm

—Aquí tengo las poesías

—Ah

—Ya te las leerás con tiempo, que me da vergüenza

—¿Por?

—No sé, tú léelas y luego me dices

—Vale

—Y en esta carpeta está la novela, unos poemas, y un par de relatos

—Joder, ¿de dónde sacas tiempo para escribir tanto?

—De donde puedo, trato de escribir al menos una hora al día

—¿Todos los días?

—Los que puedo

—Qué disciplina
—Es que si no la fábrica te mata
—Cansa mucho
—Ya te digo, llego a casa reventao, pero hay que pagar la hipoteca
—Claro
—¿Tú no te independizas?
—Todavía no lo he pensado
—Eso es que estás a gusto con tus padres
—No lo llevo mal, ¿y tú?
—Tampoco, voy a verlos una vez por semana, si no mi madre se enfada, que si no como bien, que si quiere venir a casa a limpiar, ya sabes
—Sí
—Pero como en tu casa en ninguna parte
—Más libertad
—Y tranquilidad, para escribir necesito silencio
—Pero tú vives
—Con Sergio, mi pareja
—Ah, no sabía que tenías
—Llevamos cinco años saliendo, nos compramos la casa entre los dos
—Ya
—Por aquí tengo una foto suya
—¿A ver?
—Es el del medio
—Se parece un poco a ti
—Lo dices por los kilos de más
—Bueno, y la barba
—Y el de la izquierda es un ex
—¿Tuyo?
—Sí
—¿Te gustan los chicos gorditos o es coincidencia?
—Me gustan así
—Como tú
—Bueno, no es porque sean igual que yo, que yo no me gusto
—No eres feo
—Tampoco quería decir eso
—Es curioso
—¿Por?
—¿No te gustan los chicos delgados?
—No

—¿Nunca te han gustado?

—Antes prefiero una chica gordita

—¿Sí?

—Bueno, no he estado con ninguna, pero me atraen más

—Qué raro

—Lo es

—Entonces eres bisexual

—No, homosexual cien por cien

—Ya

—Cómo te lo explico, es que no se puede explicar, físicamente me atrae más una persona gordita que otra que no lo sea

—¿Lo has probado?

—¿El qué?

—Enrollarte con alguna persona delgada

—No

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque no depende de tu voluntad, te gusta eso y punto

—Pues a disfrutarlo

—¿Otra cerveza?

Sale del cuarto. Abro la primera página de los poemas. Leo.

GORDITO Y HELADO

A

treinta

y cuatro

grados

de sol

en verano

gordito

y

helado

me miran

sudando

¡Qué hago!

—Ya has empezado —me dice entrando

—Perdona

—No importa, me hace gracia que tengas curiosidad
—Un poco sí
—Es la vanidad de los escritores
—¿El qué?
—Que lean lo que has escrito, que descubran tus descubrimientos
—¿Por qué lo llamas así?
—Porque nunca sé lo que voy a escribir
—¿No?
—Bueno, un poco sí, me salgo a la terraza, enciendo un cigarro, pienso y me pongo
—Qué difícil escribir
—Para mí lo difícil es ponerse a escribir
—¿Sí?
—Una vez te has sentado, boli y papel en mano, sale solo
—A mí me parece muy complicado, no sabría de qué escribir
—De ti, por ejemplo
—¿De mi vida?
—¿Por qué no?
—Me da vergüenza
—Cuenta sólo lo que quieras
—¿Y lo que no?
—Te lo inventas
—No está mal
—Aunque acabarás contándolo todo
—¿Tu vida?
—Sí
—¿Por?
—Porque partes de ti
—¿Y?
—Y acabas llegando a ti
—¿Siempre?
—Depende
—¿De?
—De cómo escribas, si prefieres imaginar situaciones, personajes, etcétera, o por otro lado, si vomitas lo que te venga
—Eso último haces tú
—Sí
—¿Y cómo te va?
—No me puedo quejar

—¿Y qué descubres?
—Cosas nuevas
—¿Sobre ti?
—Sí
—Es como mirarse al ombligo
—En parte sí
—Egocentrista
—Sí
—Vanidoso
—Un poco
—¿Y qué sale de todo eso?
—Primero la mierda, luego algo más puro
—¿De ti mismo?
—O de los mundos que creas
—Pero me has dicho que tú escribes sobre ti
—Sí y no
—¿Entonces?
—Tampoco quería decir eso
—¿No?
—Quería decir que parto de, ay, que escribo, que, no lo sé muy bien
—A ver, si escribes...
—¿Sí?
—... desde el desconocimiento, ¿no?
—Sí
—Hacia lo que no conoces
—Exacto
—Llegas a lo nuevo
—¿Por?
—Porque nunca has estado ahí
—Puede ser
—Y todo es descubrir
—¿Y tú cómo sabes tanto?
—No sé, me pongo en tu piel
—Pues sí
—¿Sí qué?
—Que lo has resumido muy bien
—¿Y qué vas a hacer?
—Seguir escribiendo
—¿A qué hora sueles hacerlo?

—Cuando llego a casa

—Es decir, que ahora deberías estar dale que te pego

—Sí

—Pues me voy ya

—No, hombre

—Sí, que tienes que escribir

—Que no, cada cosa a su tiempo

—Pero te estoy molestando

—Tú eres lo primero

—Gracias

—Mira, eso también cuesta aprender

—El qué

—Las prioridades de uno, saber qué tiene o no que hacer

—Sí, es complicado

—¿Un porrete?

—Vale, pero sólo una calada

—¿Por?

—Me baja la tensión

—¿Quieres comer algo?

—Después

—Quédate a cenar

—No, no quería decir eso

—Así conoces a Sergio

—Vale

—¿Dónde nos habíamos quedado?

—En las prioridades de uno

—Pues, volviendo a la escritura, lo primero que hago al llegar a casa es pegarme una ducha y sentarme a escribir. Antes me gustaba hacerlo por la noche, a partir de las diez o diez y media, cuando todo estaba en silencio

—Claro

—Pero un día porque me entraba el sueño, otro porque cenábamos tarde, o porque estaba demasiado cansado después de fregar los platos, planchar la ropa, pasar la mopa, me iba directo a la cama sin escribir, y al día siguiente tenía unos remordimientos

—Normal

—Ahora llego a casa y no pienso, que es muy fácil buscar excusas para no hacer lo que tienes que hacer

—¿Y Sergio qué dice de todo esto?

—Sergio es un cielo, me deja tiempo para escribir y además me motiva para

hacerlo. Conozco a escritores que sus parejas envidian que pasen más tiempo escribiendo que con ellos

—Qué suerte

—A veces me da miedo pensar que escribir me separe de él

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque te metes en un mundo irreal, imaginario, y a veces cuesta separarlo de la realidad

—Ya

—¿Ves esta cicatriz? —levantándose la camisa

—No

—Espera, que con tanto pelo

—Ya, ya la veo

—Pues mi protagonista estaba pegando el polvo de su vida... ¿fumas?

—Gracias

—... cuando me clavé el destornillador en la barriga

—Ah

—Me explico

—Sí, es que no

—Pues que estaba atornillando un rodillo de la máquina transportadora a la vez que planteando la situación de un personaje de la novela que estoy escribiendo ahora

—Pero de eso hace tiempo, ¿no?

—Dos años

—¿Y cuánto llevas escribiendo?

—La empecé hace cuatro

—Joder

—Cuenta, a hora por día

—Ya

—Lo que te decía, Atilano, el personaje de cincuenta y pico años, estaba cogiendo un bote de melocotones en almíbar en el Mercadona, cuando se abrió la puerta del almacén. Dentro, un señor gordo, mucho más que él —y él no era una sílfide—, le miraba. Atilano deja el bote en el carrito y se queda parado. El de dentro le guiña un ojo

—¿Quieres porro?

—Dame. Atilano sonrío. El de dentro le hace una seña para que pase. Atilano, que no sabe muy bien lo que quiere

—¿Quién, Atilano o el señor?

—No, Atilano, que no entiende

—No entiende qué

—Que no es gay

—Ah

—Atilano deja el carrito y entra en el almacén

—¿Y qué más?

—Chico, calla

—Perdona

—Toma el porro

—Gracias

—Sigue al señor por el pasillo hasta un cuarto oscuro. Entran los dos. Atilano se deja hacer

—¿Qué?

—Qué va a ser

—No sé

—Pues sexo

—Pero si no es gay

—Ahí está la gracia

—¿Y le gusta?

—Le encanta

—¿Y qué pasa después?

—Que me clavo el destornillador en la barriga

—Ah, que estabas trabajando

—Eso te decía

—Qué putada

—Ya te digo

—¿Y cómo acabas?

—En el hospital

—No, la historia

—Atilano no vuelve más al Mercadona

—¿Y dónde compra?

—En Consum

—¿Y qué es de su vida?

—Sigue viviendo con su mujer

—¿Y no pasa nada?

—No

—¿Se acaba así?

—Su historia sí

—Pero ¿hay más historias?

—Claro

—¿Del mismo tipo?

—Más o menos

—Toma, que no quiero fumar más
—¡Buenas tardes! —se oye desde la puerta
—Pasa —dice Javier
—Hola
—Estoy con Lucas, un compañero de trabajo, Lucas Sergio
—Encantado
—Igualmente
—Se va a quedar a cenar
—¿Hay algo?
—Queda pollo de ayer, prepararé un poco de cuscús con verdura y a correr
—Voy a ducharme
—Vale
—Hasta ahora —me dice Sergio Asiento con la cabeza.
—Qué majo —le digo a Javier
—Sí, ¿quieres más?
—No, gracias
—¿Me acompañas a la cocina? —pegando la última calada
—Claro
—Así vamos preparando la cena
—¿Puedo llamar a mis padres?
—Ahí tienes el teléfono
—Gracias
Marco los nueve números. Lo coge mi padre.

—¿Sí?

—Soy yo

—Sí

—Dile a la mama que no iré a cenar, que me quedo en casa de un compañero de trabajo

—Vale

—Hasta luego

—*Deeu*^[3]

Cuelgo. Se me cae el teléfono. Lo agarro del cable en un acto reflejo antes de que toque el suelo. Suspiro.

—Ya está —digo entrando en la cocina

—Abre la nevera y saca el pollo, una berenjena, dos zanahorias, un calabacín que hay empezado y la bolsa de pasas

—Espera, espera —abro la nevera

—Ja, ja

—A ver, el pollo, la berenjena, el calabacín empezado, dos zanahorias, y ya no

me acuerdo qué más

—Y las pasas

—Eso, para la memoria —cierro

—Exacto

—¿Cómo haces el cuscús?

—Fácil, primero empiezo con el sofrito. En esta sartén con aceite rehogo la cebolla un poco, ¿ves que está transparente?

—Sí

—Pues ahora voy echando la verdura a cuadritos

—¿Qué echas primero?

—Lo que quieras, bueno, yo no tengo manías

—Ah

—También pondremos un poco de pimiento rojo

—Muy bien

—Y ya está, le pones la tapa y a cocer

—¿Y el cuscús?, la sémola, me refiero

—Más fácil aún, espera que coja un cazo. Mira, le echas agua con aceite y sal, y la dejas hervir. Cuando esté, apagas el fuego y echas la misma cantidad de cuscús que de agua habías echado

—¿Cómo sabes el agua que has puesto?

—He llenado este vaso grande, para tres personas más que de sobra

—Ah

—Y luego echas el vaso de cuscús y ya está

—¿Lo tienes que mover?

—No, le pego un meneo y a reposar, ya verás, en dos minutos está

—Vaya

—Cuesta más la verdura

—Ya

—Pero es un plato rápido

—Ya veo

—Mira, ya hierve el agua, ahora echo el cuscús

—Sí

—¿Ves cómo se hincha?

—Qué rápido

—Está en un plis

—Lo tengo que probar

—Y luego, si quieres, puedes echarle un chorro de limón

—¿Es así cómo se hace de verdad?

—No, esta forma es para salir del paso, por ahí abajo tengo el cacharro para

hacerlo bien, al vapor, la verdura abajo y el cuscús arriba, primero hay que remojarlo y limpiarlo y luego echarlo en el recipiente superior, otro día te lo hago con más tiempo

—Sí que sabes de cocina

—Qué va, aunque no se me da mal

—Cuidado con el cuchillo

—Tranquilo, apenas está afilado, a ver si el sábado por la mañana me acerco al mercado y compro uno bueno, uno cebollero para cortar bien la verdura

—¿Qué más sabes hacer?

—Un poco de todo y nada en especial

—¿Como qué?

—Pues arroz a banda, al horno, a la milanesa, me encanta el arroz

—Ya veo

—Ensaladas pijas

—¿Y eso?

—¿A ver si tengo?

—¿El qué?

—Sí, vamos a hacer una y verás

—¿Y la verdura?

—Tranquilo que está a fuego lento

—Ah

—Base de canónigos, queso fresco en trozos grandes, cuadrados de papaya, vinagre de Módena

—¿Eso es una vinajera?

—A que mola

—Sí que es moderna

—Polvorizamos la ensalada, sal, aceite y el ingrediente mágico: nuez moscada

—¿Puedo probar?

—Claro

—Qué buena

—Está riquísima

—¿Por qué la llamas ensalada pija?

—Porque los canónigos y la papaya valen un huevo

—Ah

—Te sale casi por seis euros la ensalada

—Joder

—Pero está buenísima

—De verdad

—Hostia, la verdura

—¿Se ha quemado?

—No, que se me ha olvidado echar tomate

—¿También?

—*Més sucre, més dolç*^[4]

—Sí

—Y el ingrediente especial

—¿Nuez moscada?

—No, es una mezcla de especias, lo venden en las tiendas de marroquíes, huele

—Huele bien

—Lleva curry y... no sé qué más, un mezcladillo de especias

—Ah

—Y le da ese aroma de comida de allí

—Ya

—Un poquito y ya está

—Eres un cocinillas

—Me apaño, pero no tengo ni puta idea, hago cosillas y si están buenas repito

—Ya me gustaría a mí saber la mitad

—Es ponerse

—Supongo que cuando viva solo

—Claro, yo antes de irme pillé a mi madre por banda para que me dijera algunas recetas

—¿Está la cena? —pregunta Sergio saliendo de la ducha con un albornoz de ositos

—Sí —contesta Javier—, sólo falta poner la mesa

—¿Dónde están los cubiertos? —pregunto

—En ese cajón

Nos sentamos. Sergio conecta el televisor. Cenamos. La ensalada riquísima. Javier había puesto la fuente de cuscús, aderezada con pasas, en medio de la mesa. En un cuenco aparte la verdura, y en otro el pollo del día anterior recalentado con el microondas. Vimos la película «Átame» de Pedro Almodóvar. Qué gracia cuando Loles León le dice a Francisco Rabal, absorto por el cuerpo de Victoria Abril, que le sale de la pipa el coño. Después de la película, Javier encendió otro porro y fumamos los tres. Hablamos sobre el día a día en el trabajo y en casa. Sergio me pareció encantador, cuando me cogió confianza empezó a contar chistes y no paré de reír hasta llegar a casa.

—Mama, ya estoy aquí

—Qué tarde vienes

—Es que hemos visto una película

—Va que mañana no te quieres levantar

—*Bona nit*^[5]

Meo. Pijama y adentro. Cojo un relato de Javier. Empiezo a leer. Me entra sueño. Lo dejo para otro día.

LA EXCURSIÓN

Fernando conduce despacio por el camino empedrado. Llegamos. Bajamos del todoterreno. Entramos en la casa de campo.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta

—No gracias, bueno sí, agua

—¿A ver? —cogiendo un botijo—, bebe de aquí Quito el tapón de madera y bebo.

—No, por el otro lado

—Ah, sí

Está rica y fresca. Dejo el botijo en la mesa. Fernando se quita la camisa. Cojo el botijo y bebo de nuevo. Tiene el pecho cubierto de pelo. Se pone una camiseta. Desabrocha el pantalón y cae al suelo. Las piernas cubiertas de pelo también. Dejo el botijo y le ofrezco. Bebe. Se cambia el pantalón por uno más desgastado y coge las zapatillas de la mochila. Se calza. Salimos a la calle.

—¿Preparado? —me pregunta

—Sí

—Pues andando

—Vamos allá

—A ver si encontramos la primera baliza y verás

—Vale

—Recuerdo que estaba en uno de estos árboles

—¿Sí?

—Uy, no está

—Qué raro, ¿no?

—Mira, mira en el suelo

—¿El tronco?

—Han talado el árbol

—¿Y ahora qué?

—No pasa nada, sigamos por aquí que la próxima baliza no debe estar muy lejos

—Pues vaya

—Sí, es que tienen muchos años y estas cosas suelen ocurrir

—¿Todas las marcas están en árboles?

—Depende, lo más normal es que las encuentres en piedras

—En piedras grandes, ¿no?

—Sí, o en pequeños muros de piedra

—Ah

—Veamos por allí

—Sí

—Allí está, ¿la ves?

—Sí, sí

—La baliza blanca y roja horizontal en paralelo quiere decir que vas por buen camino, si están en forma de cruz es que por ahí no debes ir

—¿Y si encuentro una cruz?, ¿qué hago?

—Buscar la paralela. Las cruces suelen estar en intersecciones y bifurcaciones para indicar los caminos incorrectos

—Entiendo

—Y no hay mucho más

—Qué fácil

—Sí

—Parece mentira, tantas veces que he ido por el monte y que me entere ahora de esto

—Suele pasar

—Y, ¿cuántos kilómetros tiene este sendero?

—Haz la cuenta, va del Mar Báltico hasta Algeciras

—¿Sí?

—En España coincide con el GR-92, sendero del Mediterráneo, que recorre todo el litoral

—Y yo que pensaba que lo habían pintado cuatro boys-scouts para no perderse

—Ja, ja

—O los forestales

—Tiene más historia, piensa que coincide con la antigua calzada de la Vía Augusta

—Entonces habrán muchas rutas

—Ruta una, lo que hay son diferentes etapas

—Como una vuelta ciclista

—Exacto

—Qué gracia saber que si sigo las señales llegaré tan lejos

—Hombre, tú si quieres, pero yo me vuelvo a comer

—Yo también

—¿Seguimos?

—Sí. Qué curioso

—¿El qué?

—No sé, yo pensaba que era más fácil perderse, pero con estas marcas

—Ya, pero no te puedes fiar, hay que estar al tanto porque ya has visto lo que nos ha pasado antes

—Sí

—Algunas balizas se borran con el tiempo, bien por la mano del hombre, o por el

roce de las ovejas al pasar, o...

—Ja, ja

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Las ovejas, que me las imagino con una goma de borrar puteando al personal

—Con la lana, hombre

—Ya, ya

—Mira, allí hay otra

—Es verdad, tienes razón

—¿Es que no me creías?

—Sí, pero hasta que no lo ves

—Vaya

—¿Y las balizas son siempre blancas y rojas?

—Sólo en los senderos de gran recorrido. En los de pequeño recorrido son amarillas y blancas, y en los senderos locales de color verde y blanco

—Vaya, uf

—¿Te cansas?

—No, pero tanta cuesta

—¿Quieres uno?

—¿Qué son?

—No me digas que tampoco los conoces

—Pues

—Son higos chumbos

—Ah, sí, es que nunca los había visto

—¡Cuidado!

—¡Ay!

—Trae

—Ten

—Se cogen así

—Cómo duele

—Déjame ver la mano

—Casi no se ven los pinchos

—Espera que te los quite

—¡Ay!, ya

—Espera, hombre, que hay más

—¡Shhh!

—Ya está

—¿Y cómo se pelan?

—Con cuchillo

—Hombre, así yo también

—Pero cuando no tengo, como ahora, utilizo un trozo de madera o una rama de almendro

—¿A ver?

—¿Ves?, un corte vertical y ya está

—Qué fácil

—¿Quieres probar?

—No sé si sabré cortarlo tan bien

—No, que comas

—Ah

—¿Te gusta?

—Tiene huesos

—Eso se come también

—Está bueno

—A mí me encantan

—Sí, no está mal

—¿Seguimos?

—¿Dónde estaba la última marca?

—La acabamos de pasar, ¿no te acuerdas?

—Ay, sí, ¿ves?, yo me hubiera perdido ya, aunque las ovejas no se empeñaran en borrar el camino

—Venga

—¿Vive alguien allí?

—Sí

—¿Los conoces?

—Son familia mía

—¿Primos?

—Sí

—¿Viven todo el año?

—Sí

—¿Y no se aburren?

—¿Por qué se tienen que aburrir?

—No sé, ¿tienen televisión?

—Pues claro, y ordenador con internet

—Anda

—Chico de ciudad

—No, si me gusta el campo

—Sí, mira para adelante que te vas a caer

—¡Ah!

—¿Te has hecho daño?

—No es nada
—Venga
—¿Adónde vamos?
—Ya verás
—Uf
—Ya queda poco, hombre
—Fernando
—¿Sí?
—¿Te parezco un buen chaval?
—Claro, ¿por qué me preguntas eso?
—No sé, porque a veces creo que la gente desconfía de mí
—¿Y tú confías en ellos?
—Sí
—¿Y en ti mismo?
—A veces
—¿Por?
—Me rayo mucho
—Pues, no pienses tanto
—Eso debería hacer
—Déjate llevar
—Pero entonces la cago
—Pues ya pedirás perdón
—Es lo que hago
—¿Y qué hay de malo?
—Nada
—No vas a ser perfecto
—Eso
—¿Qué?
—Que me gusta la perfección
—Muy bien
—Tener buen rollo con todos
—Bien
—Pero hay gente a la que no le caigo bien
—Perfecto
—No, eso no es perfecto
—Pero es que no depende de ti
—Ya
—Y te jode, ¿no?
—¿El qué?

—Que no dependa de ti la imagen que otros tienen de ti
—Tal vez
—Eso es muy egoísta por tu parte
—¿Por qué me dices eso?
—Porque los demás también tienen derecho a opinar, a decidir
—¿Y por qué no les gusta?
—La pregunta no es esa, la pregunta es por qué te importa tanto no gustar
—No sé
—Pregúntatelo
—¿Por qué me importa tanto no gustar?
—Y ahora responde
—Porque, no sé, porque me crea inseguridad
—Bien
—Porque quiero vivir seguro
—Pues vaya mierda de vida
—¿Por?
—Porque vivir seguro es muy aburrido
—Pero te encuentras bien
—Claro, y te mueres bien
—Sí
—Y dejas de vivir, de conocer gente, de que te conozcan
—Pero si yo conozco a mucha gente
—Pero me refiero a vivir con pasión, con el pecho a descubierto
—¿Y si te hacen daño?
—¿Y si haces bien?
—No lo había pensado
—Porque daño te van a hacer de todas formas, te abras o no
—Pero es diferente
—¿Por?
—Porque, no sé, no das tanto
—Y no pierdes tanto, quieres decir, ¿no?
—Eso
—Pues de esa forma pierdes de antemano
—¿Por?
—Porque ya no eres tú, eres falso
—Pero soy quien quiero ser
—Eso no lo decides tú
—¿Cómo que no?
—Tú eres como eres y punto

—¿Y no puedo ser como me gustaría ser?
—Vamos a ver, una cosa es que quieras ser de otra forma, que me parece muy bien, otra bien distinta es que seas ahora como te gustaría ser
—A eso me refiero
—Pues tienes que esperar
—¿Cuánto?
—Eso es cosa tuya
—Yo quiero serlo ahora
—¿Revolucionario?
—Bueno, creo que no lo soy, todavía
—Pues haz que tu vida te haga ser como tú quieras ser
—Lo haré
—Pero no tardes mucho
—No. Fernando, ¿lo conseguiré?
—Claro
—Qué bien
—Sí
—Espera, espera, ¿dónde está lo malo?
—¿Qué malo?
—No puede ser todo tan perfecto, como uno quiere ser
—Te digo que serás lo que quieras ser, si de verdad lo quieres, pero piénsatelo bien no vaya a ser que luego te arrepientas
—¿Por?
—Porque eso traiga otras consecuencias
—¿Como cuáles?
—Que te quedes solo, por ejemplo
—Ya
—Y luego están los defectos
—¿A qué te refieres?
—Que a medida que creces vas descubriendo tus defectos
—Yo conozco mis defectos
—¿Seguro?
—Claro
—¿Cómo puedes conocer tus defectos cuando, por ejemplo, te ocurra algo que nunca te ha ocurrido y reacciones de una forma que nunca has reaccionado y luego te arrepientas de haber actuado así?
—¿Eeh?
—Te pongo otro ejemplo
—Vale

—Imagina que alguien de tu familia se muere
—Joder
—Tú imagina
—Vale, vale
—Y te duele tanto que le echas la culpa de esa muerte a quien no la tiene
—Vale
—Y te alejas de esa persona, no la vuelves a ver más, y le guardas rencor
—Sí
—Y, pasado un año, te das cuenta que esa persona no ha tenido nada que ver, al contrario, sólo quiso hacerte bien
—Vale
—Entonces, ¿qué haces?
—No sé, le pido perdón
—Bien
—¿Y qué más?
—No sé
—¿Y el rencor que le has guardado?
—¿Pero yo haría eso?
—Tú imagina por un momento
—Es verdad
—Qué
—Acabo de darme cuenta de un defecto que no tenía
—Entonces no te conoces tanto
—No
—¿Será por eso que dicen que se tarda toda una vida en conocerse?
—¿Y tú te conoces, Fernando?
—Cada vez menos
—¿Y eso es malo o bueno?
—Sócrates decía que sólo sabía que no sabía nada
—Pero, sería muy inteligente
—Porque vivía en relación
—¿Y qué tiene que ver esto con los defectos?
—Pues que los defectos están en la relación
—¿Y?
—Que cada relación es diferente
—¿Te refieres a una pareja?
—Me refiero al mundo en general, a tu relación con la gente, con la televisión, con el vecino de enfrente
—Ah

—Ya hemos llegado
—¿A ver?
—Mira ahí abajo
—Joder, ¡cuánta agua!
—¿Vamos?
—Sí
—Pero, como tú dices, no te rayes tanto
—Ya
—Que luego nada es tan complicado
—Pero a nosotros nos gusta complicarlo
—Bueno, un poquito sí
—Ay, que me caigo otra vez
—Cuidado
—Ya está, gracias
—De nada
—Fernando
—¿Qué?
—Que me caes muy bien
—Tú también
—Pues eso
—¿Te quieres bañar?
—No he traído bañador
—En calzoncillos, da igual
—¿Tú te bañas?
—Yo sí
—Pues...
—¿Sí?
—... yo también

Dejamos las mochilas sobre las piedras. Fernando se quita la camiseta. El pelo de su pecho empapado de sudor. Me quito las zapatillas. Se sienta. Me quito los calcetines blancos con dos rayas negras. Se baja el pantalón. Me vuelve a sorprender la cantidad de pelo negro que cubre sus piernas y sube hasta mezclarse con el pelo de su barriga caída en su entrepierna. Miro las mías. A su lado parezco depilado. Me quedo en calzoncillos con cara de vergüenza. Se levanta. A su lado parezco amputado. Nos lanzamos al agua. Está fría. Casi duele.

—¿Qué tal? —me pregunta
—Estoy tiritando
—Ja, ja, ja
—¿De qué te ríes?

—*Pareixes un pollastre arropit*^[6]
—¿Qué?
—Hablabas en valenciano
—Ah, sí
—Muévete y se te irá el frío
—Ya lo hago
—¿Y qué?
—No siento las piernas
—Ja, ja, ja
—¿Tú no tienes frío?
—No es para tanto
—Yo no sé si aguanto más
—No seas cobarde
—No, si cobarde no soy, pero me voy a quedar cubito
—Ja, ja, ja
—¿De qué te ríes?
—De nada, que me hace gracia
—Me voy a poner aquí al sol
—Sí, mejor
—Uf, uf
—¿Qué tal?
—Estoy igual
—Ahora voy
—Sí
—Vamos, ven aquí, Lucas
—¿Adónde?
—Abrázame
—¿Sí?
—Ven
—Vale
—¿Qué tal?
—Muy bien
—¿Mejor?
—Estás caliente
—Siempre lo estoy
—Qué suerte
—En verano no
—¿Por?
—Sudo, me fatigo mucho

—Ya
—A veces me cuesta respirar
—¿Estás a régimen?
—Cuando me da
—Debe ser duro
—Lo es
—Pero yo te veo bien
—¿Sí?
—De verdad
—¿Puedo soltar?
—Sí
—¿Qué tal?
—Ahora mal
—¿Por?
—Frío, quiero decir
—¿Salimos?
—No, puedo aguantar un poco más
—A ver si te va a dar algo
—¿Qué es eso?
—Una cicatriz
—¿Te operaron?
—Del corazón
—¿Algo grave?
—Marcapasos
—¿Un ataque?
—Bradycardia
—¿Qué es eso?
—El ritmo cardíaco me va más lento de lo normal
—¿Las pulsaciones...
—Eso es
—... más lentas?
—¿Tú has visto alguna vez un...
—¡Ay!, que se me lleva el agua
—Agárrate a mí
—Gracias
—... un gráfico del corazón?, el pip, pip, pip
—Sí
—Pues, además que el mío va lento, hace así, pip largo y luego pip largo otra vez
—¿Y?

—Que tendría que hacer pip largo, luego corto y luego largo
—Ah
—Pues eso
—¿Y qué pasa?
—Nada
—No es grave, ¿no?
—En principio no, pero tengo que cuidarme
—Prométemelo
—Te lo prometo, ¿y eso?
—No me gustaría que te pasara nada
—Pero si me conoces de un mes
—Por eso mismo
—No entiendo
—Así podré conocerte mejor
—Gracias
—A ti, hombre, que si no es por ti ya estaría en el mar Mediterráneo
—Y como un cubito de hielo
—Eso
—¿Salimos?
—Vale
Nos tumbamos al sol. El cuerpo se me queda helado. No consigo entrar en calor.
—¿Pasa algo? —me pregunta
—Nada, nada
—Te veo un poco
—Es que no me quito el frío
—Ven
—¿Adónde?
—Aquí, hombre
—Es que no puedo moverme
—Espera, que voy yo
—Gracias
—¿Peso?
—Un poco
—¿Y ahora?
—No, como antes mejor
—Tú dirás
—Así, gracias
—Estás tiritando
—Ya

—No ha sido buena idea bañarnos
—No, me lo he pasado muy bien
—A ver si vas a pillar una pulmonía por mi culpa
—No te preocupes
—Me sabría muy mal
—El que se ha bañado he sido yo
—Ya, pero
—Además ya estoy mejor
—¿De verdad que no peso mucho?
—No, prefiero el calor
—¿Puedes respirar?
—Sí
—Espera, que te abrazo bien
—Gracias
—Ya estás entrando en calor
—¿Por?
—Mira tus calzoncillos
—Ay, qué vergüenza
—Tranquilo

Me relajo. Noto su cuerpo caliente. Su respiración en mi cuello. Se queda dormido. Oigo el ruido del agua. Me entran ganas de mear. El latido de su corazón retumba en mi cuerpo. Pum fuerte, pum fuerte otra vez. Pienso en su bradicardia, en el gráfico que dibuja la pantalla. Pum, pum. Tengo el cuerpo caliente. Intento separarme de él. No puedo, pesa demasiado. Ronca en mi oreja. Aprieto la vejiga para no mearme encima. Su cuerpo me cubre. Lo siento dentro, casi mío. Tengo calor. Giro la cabeza. Continúa con los ojos cerrados. Su respiración profunda. Me relajo. Dejo que pasen los segundos, los minutos. Parece que se mueve. ¿Se estará despertando? No. Quizá soñando. Miro al cielo. Pasan pájaros. Como se le ocurra defecar a uno no voy a poder esquivarlo. Sería demasiada puntería. Corre el agua del río, y yo que me meo. Podría hacerlo, como estoy mojado no se notaría. Pero igual se da cuenta y a ver qué digo luego. Aunque también, ¿qué le voy a hacer si estoy atrapado? Él es quien se ha dormido. Pero ¿qué estoy pensando si de todas formas no podría? No me saldría, quizás un chorrillo. Luego pararía. Prefiero esperar. Ya despertará. Seguro que si me meo encima se despierta al momento. Luego me preguntaría a mí mismo por qué no he esperado un poco más. Total, no estoy tan mal como creo, se me ha ido el frío. Parece que cuando tenemos cubierta una necesidad surge otra. Y la anterior nos parecía más importante. Será que como la estábamos viviendo. Me meo.

—Fernando

—Zzzzz
—Fernando
—Zzzzzzzzzzz
—Fer
—¿Sí?
—Que
—Hay, perdona, que me he dormido
—No pasa nada
—¿Estás mejor?
—Sí, se me ha ido el frío
—Me alegro
—Ahora vengo
—¿Dónde vas corriendo?
—Es que me meo
—Ja, ja, ja

Sale caliente el líquido de mi cuerpo. A chorro. Sobre las piedras. Qué alivio. Huele a atún. Hay que joderse, ahora me entra hambre. No, si lo de las necesidades tiene cojones. La meto dentro y vuelvo.

—Ya está —le digo
—¿Almorzamos?
—No he traído nada
—Tranquilo, he hecho dos bocadillos
—Gracias
—¿Qué prefieres, mortadela o atún?
Comemos. Bebemos cerveza. El sol sobre nuestras cabezas. Se está bien.
—Fernando
—¿Sí?
—Gracias por traerme aquí
—De nada
—Se está genial
—Yo vengo casi todos los fines de semana
—Ya
—Me encanta la naturaleza
—Se te ve
—¿El qué?
—Que estás como en casa
—¿Sí?
—A mí me gustaría venir más a menudo

—Puedes hacerlo cuando quieras, estás invitado
—Me refería a salir por el monte, pero gracias, lo tendré en cuenta
—Si quieres venir a coger oliva
—¿Tienes olivos?
—Todo aquello
—¿Ésos de ahí?
—Toda la montaña y por detrás
—Joder, qué paliza te pegarás
—Ahora se recogen rápido, hay máquinas especializadas
—¿Y las del suelo?
—Ahí te tienes que agachar
—Acabarás deslomado
—Bueno
—Y encima con el sol
—Empezamos a primera hora de la mañana
—Pero luego
—Luego sí, una gorra y a seguir
—Claro
—Te lo pasas bien
—¿Sí?
—Hombre, es una faena, pero tiene su recompensa
—El aceite
—También
—No tendrás que comprar
—Ni gota
—Qué suerte, con lo caro que va
—Nunca he comprado en la tienda
—¿No?
—Me lo dan en la cooperativa
—¿Tardan mucho en prensarlo o lo que hagan con las olivas?
—Llevo los sacos por la mañana y al mediodía recojo el aceite
—¿De tus olivas?
—Sí
—Qué rápido
—Ya
—Estará riquísimo
—Luego te llevas una garrafa de cinco litros
—Gracias
—De nada, hombre

—Y, ¿tienes para todo el año?
—Claro, el resto lo vendo, a mí con cuarenta litros me sobra
—Vaya
—Y también tengo almendros
—¿Aquellos de allí?
—Sí
—Joder, eres un terrateniente
—Ja, ja, ja
—¿Por qué te ríes?
—Es que no me lo habían dicho nunca
—¿No?
—Qué va, además cuesta mucho mantener la producción
—¿Y eso?
—Pues porque un año hay mucha oliva, al otro no, otro año se hielan los almendros
—Vaya
—Sí
—¿Y qué haces?
—Pues joderme
—Ja, ja, perdón
—No sales para cubrir gastos
—¿Tanto cuesta?
—Es que no es sólo recogerla, durante el año hay que echar abono, podar, labrar la tierra, y estar un poco por la labor
—Ya
—Pero no voy a dejar que se pierda
—No
—Son las tierras de los abuelos de mis abuelos
—Tu herencia
—Sí
—¿No tienes más hermanos?
—No
—Todo para ti
—Sí
—Bueno, para tus hijos
—No tengo
—Mujer sí
—Tenía
—¿Estás divorciado?

—Todavía no, separado
—Ah
—Me dejé por un compañero de trabajo
—¿Cómo?
—Se enamoró de uno de su trabajo
—Joder
—Cosas que pasan
—Qué putada
—¿Qué le vamos a hacer?
—¿Y qué hiciste?
—Nada
—¿Llevabais mucho tiempo juntos?
—Saliendo seis años, casados dos
—Joder
—Pues eso
—¿Y cómo te enteraste?
—Me lo dijo ella
—Ah
—Un día comprando en Mercadona, se puso a llorar
—Vaya lugar
—Que lo sentía mucho pero que se había enamorado de otro hombre
—Y, le dijiste que se fuera
—No
—¿No?
—Le dije que la comprendía, que la perdonaba
—¿Y ella?
—Decía que era demasiado tarde, que ya no podía dar marcha atrás
—Vaya
—Yo le dije que se lo pensara, que a mí no me importaba
—¿No te importaba?
—Claro que sí, lo que pasa es que no quería perderla
—¿Y qué le dijiste?
—Pues eso, que se tomara su tiempo, que lo hablaríamos tranquilamente, que yo la quería y si tenía que compartir su amor con ese hombre lo haría
—¿Le dijiste eso?
—¿Qué le podía decir?, estaba a punto de perderla
—Ya
—Pagamos la compra y seguimos hablando en el parking
—Joder

—Me dejó las llaves del coche y se fue andando a casa
—¿Y tú?
—Yo en coche, a llevar la compra
—Ya, pero ¿qué hiciste?, en casa, me refiero
—No hablamos más
—¿No?
—En dos días recogió sus cosas y se marchó
—Qué putada
—Sí
—¿Y tú?
—¿Yo?
—¿Qué hiciste después?
—Nada
—¿Cómo que nada?
—Pasarlo mal, si a eso te refieres
—Pero ¿no la has vuelto a ver?
—Sí
—Ah
—En el cine, con él
—Joder
—Yo iba con Ramón, el del torito
—Sí
—Él era más joven que yo
—El que iba con ella
—Sí
—Y más delgado
—Ya, pero
—Normal que se enamorara
—Pero uno no se enamora del cuerpo
—¿Tú no?
—Bueno, también, quiero decir, pero
—Pues ya está
—Pero el amor es algo más profundo
—Sí, pero si hay mucha grasa no se ve
—No digas eso
—Bueno, en parte tienes razón
—¿Sí?
—Porque he conocido a muchas mujeres que les gusto como soy
—¿Por tu físico?

—Sí
—Qué bien
—Me sorprende mucho
—¿Por?
—Porque ellas son muy guapas
—¿Y por qué no iban a serlo?
—No sé, me sorprende y ya está, no sé cómo pueden fijarse en alguien como yo
—Para gustos colores
—Eso dicen
—Además, tú tienes muchas más cualidades
—¿Sí?
—Eres amable, buena gente, hasta me has hecho un bocadillo de atún
—No es nada
—Sí, es mucho, hay peña por ahí que no mueve un dedo por nadie
—Bueno, pero, pero
—¿Qué te pasa?
—Nada
—No llores, hombre
—Es que cuando hablo de mi mujer, luego
—Tío, no llores por eso
—Yo la quería mucho
—Pero ella no
—Por eso me duele
—Pues no, no debes llorar por ella, que le jodan
—No digas eso
—Perdona, es que eres un gran tipo
—Gracias
—Una bellísima persona
—Ay, que me voy a poner rojo
—Va, no llores
—¿No?
—Bueno, si te desahogas
—Sí
—¿Hace cuánto que pasó?
—Cuatro meses
—Joder, qué reciente
—El veinte de marzo, dos días antes de mi cumpleaños
—Vaya
—El regalo me llegó por mensajero

—¿El veintidós?
—Sí
—Joder
—Una corbata y una camisa
—Vaya
—Y todavía no me las he puesto
—Normal
—Estuve a punto de quemarlas
—Claro
—Pero sólo quemé una manga, la casa se llenó de humo enseguida
—Normal
—Y la corbata
—¿Sí?
—¿Qué quería, que me ahorcara?
—No digas eso
—Pero si
—¿Cómo puedes pensar eso?, encima que ella te deja
—Ya
—Igual el regalo te lo compró antes de pensárselo
—Puede ser, ella es muy previsor
—Claro
—En el regalo había una nota
—¿Sí?
—Ponía que lo sentía
—¿Sólo?
—Que lo sentía mucho
—¿Ya está?
—Me escribió una poesía sobre amor y rabia, lo que sentía yo
—Bueno
—Siempre ha sabido ponerse en mi piel
—Te conoce
—Mucho, más que yo a ella
—¿Por?
—Porque ella es más racional, piensa más las cosas, yo digo lo que me parece y
punto
—Eso está bien
—Según lo veas, a veces me cabreo y agujereo una puerta de un puñetazo
—¿Sí?
—Luego me arrepiento, pido perdón

—Y ella te perdonaba

—Siempre, tiene muy buen corazón

—Tú también

—Pero todavía no entiendo por qué me dejó, puedo entender que ese chico sea más joven y guapo que yo, que lo es, pero a mí no me dio ninguna explicación

—Vete a saber

—Sí, es lo que digo yo

—No le des más vueltas

—Ya, pero

—Normal, a todos nos gustaría saber el porqué de muchas cosas, y creo que a veces mejor no saberlo

—Pero ¿qué tiene que esconder?

—Déjalo correr, Fernando

—Es que no puedo

—No te hagas más daño

—Preferiría saberlo

—¿Aunque te duela?

—Es mejor que duela y que al final muera el sentimiento, que tenerlo siempre dentro

—Eso sí

—¿Vamos?

Recogemos. Camino de vuelta hablamos de más cosas. De cosas alegres. De cosas que pasan sin damos cuenta. De lo que tendríamos que decir y no decimos. De lo que tuvimos que callar y no callamos. De lo bueno y de lo malo. De lo perfecto y lo imperfecto. De lo que te echo menos.

EL RELATO

Llego a casa. Ceno con mis padres. Entro en mi cuarto. Me pongo el pijama y me meto en la cama. Cojo el relato de Javier y leo.

CAZADOR

Soy un cazador. Cazador de osos. De hombres gordos con pelo en el cuerpo, cuanto más mejor.

Vivo en la ciudad. La ciudad es mi bosque particular donde cazar y llevar la presa a un urinario público, a una esquina oscura, a cualquier lugar donde poder amar.

Desde un tiempo hasta ahora, esta afición o simple afán por conquistar se ha convertido en una necesidad casi diaria. Una práctica que llevo con naturalidad. Y los hombres que vienen conmigo lo sienten igual. Y después de amar cada uno por su lado y si te he visto no me acuerdo. Me acuerdo después. Visualizo las caras, los gestos, la mirada animal. Todo se reduce a sexo. Nada más que a eso. A dejar que nuestros cuerpos se quieran y corrernos. Luego ya está.

Baños públicos, aseos, meaderos, cualquier sitio es bueno.

Al otro lado del urinario un hombre gordo con pelo. Doscientos kilos de peso. Sexo rápido y hasta luego. A veces ni eso, ni un beso. Otras sólo agradecimiento por lo hecho. Y lo hecho, hecho está.

Cuánto oso. Y luego dicen que nos limitamos. Con la gran variedad de gordos que hay. Gordos altos, bajos, melena, calvos. Gordos feos, guapos. Gordos con pelo en el pecho, en la espalda, en la cara, en las manos. En las piernas cuando van con sus piratas apretados y se alejan y te quedas mirando sus gemelos. Gordos sin pelo, suaves al tacto. Gordos con tetas, gordos barriga. Gordos barbudos, bigote, perilla. Gordos sinceros, gordos veneno. Gordos sanos, enfermos. Gordos jóvenes y viejos; gordos treintañeros. Pequeños gordos, gordos corpulentos. Gordos ciudad, gordos pueblo. Gordos fuera del armario, gordos dentro. Gordos padres, hijos, nietos. Gordos tíos, cuñados, abuelos. Gordos activos, pasivos, versátiles. Gordos pijos, heavys, leather. Gordos creídos, gordos que si leyeran mis pensamientos saldrían corriendo. Gordos reinas, gordos plebeyos. Gordos solteros, casados. Gordos redondos, triángulos, cuadrados. Gordos homosexuales, bisexuales, transexuales, heterosexuales. Bipolares. Radicales. Gordos camareros, humanistas, granjeros, narcisistas, banqueros, artistas, carniceros, motoristas, bomberos, pacifistas, libreros, dentistas. Y gordos una mezcla de

todos ellos.

Yo soy un cazador de verdad, con denominación de origen, patentado de fábrica. De pequeño me entretenía con los osazos de peluche que me tocaban en la feria. Todos encima de mi cama. No sabía por cuál empezar; el de la barriga peluda, el de las orejas redondas. Terminaban a cuatro patas, sometidos a mis ingenuas prácticas amatorias. A la hora de dormir los tapaba con las sábanas para que no cogieran frío y no se constiparan. Para volar conmigo en sueños, y mirar desde lo alto la ciudad. Yo y mi síndrome Peter Pan.

Mi cuerpo creció y con él mi sexualidad. Me repasé a todos y cada uno de los amigos gordos de papá. Los demás daban igual. Uno tras otro. Como había soñado. Como había deseado desde niño. Era cuestión de espera. Aunque ellos también tuvieron paciencia. Me veían crecer entre indecisas miradas. Entre un querer y no poder por no saber y no ser. Al final tuvieron su recompensa.

Si es morboso para un padre de familia gordo amanerado, que un joven se le insinúe en el bar de Paco a altas horas de la noche viendo una película porno, ni te imaginas la impresión que da a un muchacho de dieciocho años el desnudo de un gordo señor de cincuenta y tantos con el cuerpo cubierto de pelo blanco y el glande asomando en la entrepierna.

Y es que mi despertar sexual fue rural; entre gallinas, patos, conejos, gatos. Perros, cerdos, caballos. De todos ellos me quedaba con los cerdos. Con sus cuerpos. En sus caras visualizaba a los amigos de papá. Al cerdo con más pelo le ponía la cara de Toni, el barbas. Al cerdo con más barriga la del Santos, que era capaz de comerse una pata de jamón de una sentada. Y por último, la cerda era el amigo gordito amanerado que me llevó al pajar para enseñarme algo que todavía estoy por ver pero que me hizo temblar de placer con su primera estocada.

Me hice mayor en la ciudad. Entre motos y coches. Hierro, cemento y asfalto. De todo esto me quedaba con los urinarios. Mi primera experiencia sexual en la ciudad tuvo lugar en un baño público. Los hombres gordos rondaban por detrás de las paredes, los otros también. Luego se acercaban a mear. Bajaban sus braguetas y a mirar. Yo los esperaba con la picha fuera. Y se acercó uno. Doscientos kilos de circunferencia. Una bestia animal. Con pelos hasta en las orejas. Bastó con una señal para que nos fuéramos de aquel lugar. Era como follarse a una ballena, a mi cerda con cara de Vanessa —es así como llamaban despectivamente al amigo gordo de papá que pilló la guardia civil con los pantalones bajados junto a Vanessa, la yegua del alcalde—. follando con esta bestia de la naturaleza apareció él. Lo recuerdo bien.

La luz de la farola proyectaba una silueta redonda. Me acerqué. Fumaba tabaco rubio. Fumé con él. Hablamos toda la noche. Los dos de pie apoyados en un árbol. Le di mi confianza. Me dio el calor de su cuerpo a cambio de nada.

Soy un cazador que sufrió de amor no correspondido. De un amor inmortal. Suerte que perdió cien kilos y esto me ayudó a olvidar.

Soy un cazador solitario. Aunque no lo parezca. Aunque me esfuerce en disimular lo contrario. El dolor lo llevo conmigo. También la soledad de ir de aquí para allá sin rumbo fijo. Bienvenido si te cruzas en mi camino, pero adonde voy no puedes ir conmigo. Es por eso que pierdo a mis mejores amigos.

Soy un cazador experimentado. Tengo la espalda marcada con todo lo que he pasado. A estas alturas no voy a mirar atrás, no me puedo engañar. El dolor se alimenta de recuerdo. Y yo sigo adelante con lo puesto.

Soy un cazador profesional. No suelo fallar. Mi presa se mueve despacio en la ciudad. El encuentro es fugaz: parada de metro, caja del Mercadona, parking del centro. Un segundo sin más: comprando ropa, tendiendo ropa, tirando la ropa en el contenedor de ropa. La excusa es vital: paseo al perro, llevo al perro al veterinario, entierro al perro. Todo por cazar.

Llegado el momento ataco sin más. Directo a la yugular. El preciso lugar donde duele más. Por su debilidad me escurro como una hiena. Cuello, barriga, pecho, piernas. Encuentro lo que busco en el estremecimiento de mi presa. Y mi cuerpo se convierte en lo que desea. Transformado en beso, caricia, mordisco, lo que quiera. Localizando el punto que despierta su fiera. Así le quiero, animal. Así quiero que me quiera. Sólo con su cuerpo, no me importa cómo sea, es su problema, obstáculo a salvar mientras pueda.

Siempre llevo en la cartera o el bolsillo, pañuelos de papel, lubricante y preservativos. No juego con el aseo personal, ni mucho menos con el destino. Hay que ir preparado para lo que pueda surgir.

No me importa dar o recibir. Sólo quiero, si me da, que le guste más. Quiero sólo que disfrute, sin deber, sin cosas del querer. Se correrá, me correré. Se irá, me irá. No nos volveremos a ver.

Siempre tengo en cuenta los siguientes parámetros:

1 Ligar es una decisión personal.

2 Ligar no es una práctica unilateral.

3 Ligar es entablar una relación de necesidad.

4 Ligar es un mercado interpersonal: cuánto recibir, cuánto dar.

5 Ligar es conocerse en un portal.

6 Ligar es amar.

Me encanta hablar de música, de gordos, de fotos de gordos, de chats de gordos, de videos de gordos, de tipos de piel de gordos, de olores de gordos, de sexo con gordos, de calzarse a un gordo, de la belleza de un gordo, del humor de un gordo, de si tendrá que ver o no ser gordo con la personalidad, de que se operan y pierden kilos y para ellos son los mismos pero para nosotros ya no son igual, de nuestra enfermedad, de llevarla con dignidad, de que la mejor prenda de vestir para un gordo son los polos porque se les marcan bien las tetas, y con camisa no están mal cuando hace calor y la llevan abierta, de los gordos con bermudas, de los calzoncillos de gordos, del cuidado a los gordos, de la dedicación a un gordo, del respeto a un gordo, de la marginación a un gordo, de lo que quiero a los gordos, de lo que dependo de los gordos, de lo solo que me siento cuando no hay gordos, de las asociaciones de gordos, de las quedadas de osos, del sexo entre gordos, de los gordos heterosexuales, de vivir con un gordo, de lo cara que va la vivienda, del euribor, del interés de los gordos, del interés de nosotros, de la ropa en las tiendas, de las tallas de gordos, de las reclamaciones que tengo puestas en Zara y Berska, de la anorexia, de la comida de gordos, de la polla de un gordo, del pelo en las tetas, del sentimiento y la cerveza.

En el sexo no hay sentimiento. Tampoco ha de ser algo serio. El humor sirve para relativizar un polvo, para reírse de uno cuando no ha conseguido su propósito.

Soy un cazador universal. No me limito a lo local. No discrimino a desconocidos ni a extranjeros. Actúo siguiendo el instinto del sexo verdadero. En cualquier sitio, en cualquier momento.

Soy un cazador enamorado de las formas gordas, redondas, con pelo. Sin teoría propia. Seguidor de lo estético y lo bello del cuerpo obeso. Defensor de michelines, barrigas, sobrepeso. La belleza en los kilos de más en la cara, manos, piernas, en todo el cuerpo. Observador de la naturaleza del pelo que crece, del que cae, del que está por nacer. Admirador de la conjunción entre peso y pelo, de las combinaciones posibles entre un cuerpo gordo sin pelo y un cuerpo gordo cubierto de pelo. Consciente de mi relación dependiente. Encantado y aterrado por el sentimiento de lo bello y de lo sublime hacia lo gordo. Capaz de discernir entre lo bello, erótico y sexual de un cuerpo redondo, sin necesidad que intervenga conocimiento, pensamiento, personalidad, ni ego.

Más allá de toda conciencia moral, allá donde residen las ideas está mi paralelo. Donde se dirige mi ser entero. Hacia un estado puro-ascético. A través de lo gordo encuentro mi universal con el centro. Me identifico con lo bello. Encuentro el éxtasis por un momento.

Luego me dejo llevar por el pensamiento y lo siento bello, sublime, estético.

Más tarde me dejo llevar por el cuerpo y sólo hay sexo.

Vivir, amar, follar, sólo es cuerpo que intenta llegar a lo verdadero a través del cuerpo. Lo bello está detrás.

Soy un cazador trascendental. Justamente lo que quiero está detrás de mi deseo. Y es el cuerpo quien me impide llegar a lo que quiero. A veces no puedo verlo, a veces no quiero serlo.

Vivo sin vivir en mí y muero porque deseo. En el medio está lo verdadero. Instante de luz y color de lo eterno.

Soy un cazador ético-moral; si es preciso perder pierdo, todo por un mundo más honesto. Pero un poco vengativo; si las cosas no son como quiero pongo remedio, me pongo por medio. Luego desaparezco, prefiero llevarlo conmigo dentro.

Soy un cazador pasional. No dejes que mi deseo arruine nuestra amistad.

Soy un cazador sin ansiedad. Lo que está por llegar llegará.

No me preocupa mi edad ni la de los demás. Todo es cuestión de aprovechar el momento. Cada cuál tiene derecho a disfrutar de su circunstancia. Unos con más, otros con menos, todos follamos aunque no hagamos nada.

Pongo un ejemplo: si eres viejo follas por las canas, si eres joven follas por la cara, si eres gordo follas por la grasa, y si eres flaco follas porque si follan todos por qué no vas a follar tú. Quien no folla es porque no quiere o porque no se la casca suficiente.

Siempre es buen momento para follar. Siempre hay alguien dispuesto a hacerlo. Siempre hay necesidad de eyacular para expresar lo que llevas dentro.

Soy un cazador de cuerpos. De amor corporal. De amor obeso.

Cazador de osos. De hombres gordos con pelo en el cuerpo, cuanto más mejor.

Cazador. Así me siento.

Paso la última página del relato y lo dejo encima de la mesita. Pongo la alarma del reloj, apago la luz y duermo.

LA SAUNA

Llegamos al gimnasio. Bajamos de la furgoneta. Entramos por la puerta principal.

—Buenos días

—Julio a la chica de recepción

—Hola

—Venimos de

—Sí, pasen por aquí, por favor

—Gracias

Acabo de ver a dos hombres en la sala de al lado. Uno gordo levantando pesas de no sé cuántos kilos, y el otro, no más delgado, sudando la gota gorda encima de la bicicleta. El de las pesas me ha mirado. Yo no le he hecho mucho caso pero me he fijado en sus fuertes piernas y en sus manos agarrando las mancuernas muy bruto como si fuera a pegarme un puñetazo. El de la bicicleta me ha sonreído. Vestía pantalón corto blanco y toalla en el cuello que le cubría las tetas sobre la barriga. Sonrisa agradecida, casi familiar. Yo le he sonreído también hasta que el marco de la puerta ha dado paso a la pared y el señor se ha quedado esperando una respuesta. He parado. He asomado la cabeza y le he sacado la lengua. Suerte que me ha mirado sólo el de la bicicleta. El otro seguía con el rostro serio, concentrado en las pesas. Ha dejado de pedalear y me ha vuelto a preguntar con la mirada. Yo no sabía qué quería y simplemente he sonreído. Se ha quitado la toalla. Le he mirado las tetas, los pezones, dos grandes monedas de chocolate derretidas en un cuerpo enorme. También la barriga, las piernas, las zapatillas, los cordones. Todo el hombre. Sobre la bicicleta. Alargando la sonrisa y esperando una respuesta. Me he mordido la lengua sin querer. Se ha dado cuenta. Me ha dado vergüenza y he vuelto a la faena.

—Sí, ya veo

—Julio a la chica

—Y no sabemos qué le puede pasar

—Nada, simplemente que se ha atascado la compuerta

—Porque frío sí que sale

—Claro, ponga la mano

—Sí

—Lucas, trae la caja de herramientas

—Voy

Salgo disparado con las llaves de la furgoneta. Vuelvo en un plis. Dejo la caja en el suelo y busco el destornillador que me ha pedido Julio. Me ha mirado otra vez. Él pedaleando y yo que he pasado volando por la puerta de al lado. Su cara como un fotograma que pasa y te deja un instante. Éste y no otro. Claro, si es una foto. Le doy el destornillador a Julio. Me pide otro más pequeño, hombre, a ver si estoy en lo que

hago. Antes de volver a pestañear tiene el nuevo en su mano. Levanta los brazos. Llega. Afloja el tornillo de la compuerta.

—¿El servicio, por favor? —pregunto a la chica

—Por ahí —me señala

Entro. Paso por delante de una sauna de madera. Miro discretamente a través de la ventana de la puerta. No se ve nada. Espera, sí. Entre nubes de vapor el cuerpo de un hombre desnudo espanzurrado bocabajo. A su lado, un señor enano gordo y peludo, sentado sobre una toalla. El hombre desnudo se levanta y en su enorme barriga las marcas de los listones de madera. El señor enano gordo y peludo se le acerca. El hombre desnudo le hace una seña. El señor enano se arrodilla y mira por debajo de la tabla de madera. No ve nada. Yo tampoco. Bajamos un poco. Ahora sí. Entre dos listones de madera sobresale el glande del hombre desnudo. Está atascado. El señor enano corre a por agua y le echa. No quiere salir. Prueba con un poco de saliva. Nada. Como último remedio se quita la toalla para no mancharla y se mete debajo de las tablas. Espalda peluda en el suelo, empuja con las manos y las piernas en la tabla. Nada. Cambia de postura. Ahora manos y piernas en el suelo y espalda peluda en la tabla. Nada. Con su esfuerzo pretende ensanchar los listones y de esta forma sacar intacto el pene, pero lo único que consigue es que el miembro del hombre desnudo se cuele más entre las maderas y al hacerlo se meta, lubricado como está, entre las nalgas del señor enano. Prueba una vez más. Entra y sale. Otra vez. El pene suelta un chorro de semen y por fin el hombre puede sacarlo. Agradece el esfuerzo del señor enano. Éste le dice que no es nada. El vapor de agua llena la estancia. Voy al aseo que me meo.

—Hola —digo cuando entro

—Hola

En lugar de urinarios, hay una plancha metálica de metro y medio que cubre la pared por la que desciende el agua en cascada.

—¿Qué tal?

—Bien —contesta

Bajo la bragueta del chándal. Saco la picha. El de al lado parece interesado en lo que hago. Me giro. Es el hombre que pedaleaba sudado en la bicicleta del gimnasio. Vuelvo a saludarle más cordialmente. Hace lo propio con una sonrisa.

—¿Eres nuevo? —me pregunta

—No, soy ayudante

—¿De quién?, si puedo saberlo

—Vengo con mi tío, estamos, mejor dicho, está arreglando el aparato de aire acondicionado

—Ah, ya era hora

—¿Hace mucho que no funciona?

—Una semana

—¿Y no utilizan la sala?

—Claro que sí

—Ah, bueno

—Pero mira cómo acabamos

—¿Cómo?

Se aparta la toalla de un lado del cuello. Por el pecho una corriente de sudor escurridiza que desciende por la teta y le gotea, pezón abajo, salpicando la barriga.

—Joder —le digo

—Ya ves

Me concentro en lo mío. El hombre suelta el primer chorro contra el metal. Voy a mear pero se me corta. Miro al de mi lado. Parece un grifo. No para hasta que cae la última gota y cierra la llave de paso. Mira hacia abajo. No se la ve. Aparta la barriga y se la espolsa. Las gotas sobre el agua que desciende hasta el suelo. Me concentro y meo. El hombre vuelve a interesarse por mí. Suelto un chorro. Con el tercero se va todo. No paro hasta el final. El de mi lado se la sigue espolsando con la mano. Ahora más despacio. No quiere dejar rastro de orín en el calzoncillo. Por último con dos dedos. Moviendo la piel arriba y abajo. El glande no puede salir por ese agujero tan pequeño. Será que no estira suficiente. Mueve despacio. El pene crece. Útil forma de vérselo tras la barriga. Pero sigue sin salir del agujero que lo estrangula. Quizás si estira más. Prueba ahora cogiendo el pene otra vez con la palma de su mano. Mueve arriba y abajo despacio. Cae la última gota de orín y detrás disparado a presión un chorro de semen. Golpea el metal fuerte. Al instante un segundo chorro más caudaloso. Los dos formando una blanca chapa viscosa uniforme que permanece inmutable a la cascada de agua. El de mi lado sacude el pene hasta que se encuentra libre de fluidos al fin.

—Bueno, ya está —me dice

—Hasta luego

—Adiós

Acabo de mear y salgo. Julio sigue hablando con la chica. Me acerco y recojo las herramientas. Nos despedimos. Esperamos que no se atasque de ahora en adelante.

LAGARTIJA NICK

—¡Lucas! —mi madre
—¡Qué!
—Matías al teléfono
—Dime
—Estoy en diez minutos
—Vale

—Le he pillado las entradas a Cristina de Medicinales^[7]
—¿Cuánto es?
—Ocho con descuento
—Ten
—Espera, que llevo dos
—Déjalo
—Toma, joder

Arrancamos los ciclomotores y salimos para Vila-real. Aparcamos enfrente de un bar

—Vamos, Lucas
—Joder, que no puedo con el candado
—¿Te ayudo?
—Ya está
—Aquí es
—Joder, qué grande
—Por la mañana es un bar de abuelos
—No está mal
—¿Calimocho?
—Sí
—Litro, ¿no?
—Claro
—¿Cuánto es?
—Cinco
—Dos y medio cada uno
—¿A ver?
—¿Llevas?
—Sí
—Aquí mismo, ¿no?
—Matías, cógeme la chupa que voy a por tabaco

—Ya estoy aquí
—Qué rico
—No me has contado nada de la operación
—Ah, bien, muy rápida
—Cien puntos, ¿no?
—Y pico
—Joder
—Cuando iban a cortar, el médico me preguntó si quería mirar
—¿Y?
—Ni de coña
—¿Por?
—Me daba palo, como estaba tan bien hasta ese momento me dio cosa mirar por si me daba un jamacuco y me desmayaba
—Ya
—Al principio los pinchazos de anestesia no me dolieron, pero pasaba de mirar por si notaba algo con el tajo
—Qué repelús
—Sí
—¿Y cómo te ha quedado?
—Bien, todo fuera
—De puta madre
—Sí, ahora sólo tengo que ir con cuidado de no empalmarme por si saltan los puntos
—Qué putada
—Ya te digo, hasta ahora no me había dado cuenta lo difícil que es no pensar en sexo
—¿Y por las mañanas?
—Me dijo el médico que antes de dormir no bebiera mucho líquido, que *la trempera matiner*a no és trempera verdadera, que és trempera de pixera^[8]
—Curioso
—Pues eso
—¿La tienes mejor?
—Más o menos, pero no me quiero emocionar
—Claro
—Que todavía están cayéndose los puntos
—¿Cayendo?
—Se deshacen
—¿Cómo?

—Se caen del calor
—Pues se te caerán rápido
—¿Por?
—Por el calentón que debes llevar
—Una semana que llevo sin pajas
—Joder
—Pero luego a disfrutar
—Claro
—¿Y tú?
—¿Qué?
—¿Cuándo vas a ir?
—Ah, más adelante
—Que no te dé palo que es una visita y a la semana siguiente te operan en un rato
—Ya
—Luego es un poco pesado por las curas y
—¿Sí?
—Bebe calimocho, anda
—Las curas
—Ah, sí. La primera cura te la hacen ellos, así te enseñan cómo hacerlo
—¿Es fácil?
—Sí, quitas gasas, echas betadine y pones gasas
—¿Y no se te pegan a la herida?
—A veces
—Debe doler
—Un poco
—Toma calimocho
—Trae
—Bebe, bebe
—Ten
—Gracias
—Te llevas la batería o qué, ¿Lucas?
—De momento no, pero no la vendas
—Tranquilo
—Así voy ahorrando pasta
—Si son cien euros cagaos
—Ya, pero tengo que cogerlos de la paga, ay no, que estoy currando, ya no me acordaba
—Trae el calimocho
—¿Y cómo es que no han venido éstos?

—Pues que no les apetecía
—¿Y Carlos?
—Tampoco, se ha quedado con los videojuegos y los porros
—Qué pringaos
—Ellos se lo pierden
—Para una vez que viene Lagartija
—¿Llevas costo?
—¿Aquí se puede?
—Para el concierto
—Lo que no tengo es papel
—Yo sí
—Bebe
—¿Pedimos otro?
—Voy
—Toma

—Me dice el camarero que van a chapar
—Nos lo bebemos fuera
—Vale

—¿Qué tal el repaso, Lucas?
—Bien, el Peludo y yo mano a mano
—¿No te han aprobado?
—Es que me dio palo preguntar a Don Vicente
—Si es buen tío
—Yaa
—Por preguntar no pierdes nada
—Da igual, así practico
—¿Y para cuándo el exámen?
—En septiembre, el siete
—Bueno
—Da igual, hombre
—¿Y el curro?
—Bien, la fábrica está en el polígono Los Cipreses
—¿Mañana y tarde?
—Sí
—Aguántame el papel
—Y el lunes por la tarde a repaso

—Toma porro
—¿Está cerca el garito?

—Joder, no hay ni dios
—¿A qué hora empezaba?
—A las doce
—Ya son
—¿Una cerveza?

—¿Y tú, Matías, te has quedado con tu hermano en el piso?

—Qué va, estoy en el apartamento

—¿Y eso?

—Nada, rollos

—El calor

—Sí

—Vas poco a la playa

—¿Por?

—Estás blanco

—Voy por la mañana, pero me agobio bajo la sombrilla y me piro al bar

—Qué vida

—No te creas

—Ya salen

—Vamos ahí delante

—Sí

—Papapa tumtum papa tumtum... —Éric a la batería

—En el Nuevo Harlem hay... —Antonio a la voz

—¡Qué caña, Lucas!

—¡Estoy flipando!

—¡Y las guitarras!

—¡Sí, los dos ruidos!

—¡Se va a cargar la batería!

—¡Me dijo el Juanki, que grabó el elepé Inercia con una bola de hierro en el pedal de bombo y un cacho madera en el parche!

—¡Así suena!

Cantamos las canciones. Enteras. Nos sabemos todas las letras. Bueno, alguna vieja así así. El concierto pasa en un abrir y cerrar de ojos de puercoespín. En un instante de relación con el cosmos. Me queda sensación de impotencia y rabia. Quiero estar ahí. Vomito calimocho. Matías me saca afuera.

—¿Estás bien?

—Sí

—Te has quedao blanco

—Hm

—Espera, que voy por agua

Pienso. Sin mal rollo. Paso de una idea a otra por el efecto porro. Me gusta estar así. Aunque debo tener los ojos rojos.

—Toma

—Gracias

—¿Estás mejor?

—Sí

Fumamos tabaco. Me levanto de un salto. Agua que sana lipotimia he de beber y no dejar correr. Matías se parte. Me da la vena poeta.

*Agua
que fluye
y corre
fresca*

*intuye
la senda
de amores
de tierra*

*y escapa
de piedras
que rasgan
su piel
hasta el mar*

Sonríe Matías. Llegamos hasta los ciclomotores y nos vamos a casa. Mañana será

otro día.

LA BICICLETA

Sábado por la mañana. Pego la última calada al cigarro y lo tiro al suelo. No creo que se haya olvidado de mí. Pasan coches. Yo en la acera esperando. Ahí está Rafa.

—¡Sube!

—Voy

—¿Qué hay, Lucas?

—Bueno

—¿Saliste anoche?

—Un poco, hasta la una

—Es que haces una cara de sueño

—No, bueno, sí, es que fui a un concierto

—¿De?

—Lagartija Nick

—No los conozco

—Un grupo de rock

Aprieta el botón del climatizador del coche. Sale aire fresco por los pies. Llegamos a casa. Un chalet adosado de dos plantas y cochera. Abre la puerta con el mando. Entramos, cierra y bajamos.

—Bueno, aquí está tu bicicleta

—Ah, de corredor

—Claro, ¿quieres subir?

—Vale

—¿Cómo te ves?

—Un poco alto

—Ahora bajamos el sillín

—Sí, mejor

—Ven

Le acompaño hasta el comedor. Sobre la mesa dos pantalones y maillots.

—Éste para ti

—Un poco grande, ¿no?

—Es de mi hijo Rafa

—Ah

—Pruébatelo

Nos cambiamos. Me viene grande. Rafa se ríe. El suyo le queda perfecto. Sube la cremallera del maillot con cuidado para no pellizcarse los pelos del pecho. Se le marcan las tetas. Mete la mano en su entrepierna y se coloca los huevos a un lado. Hago lo mismo. Me los noto sueltos. De vuelta a la cochera, Rafa coge la llave inglesa y baja el sillín de mi bicicleta.

—¿No quieres estas zapatillas?

—Es que me da cosa —le digo— tener los pies enganchados a la bicicleta

—No pasa nada, si te caes se desenganchan solos

—Da igual

Salimos a la carretera.

—¿Cómo va? —pregunta Rafa

—Un poco raro, el manillar se mueve mucho

—No hagas tanta fuerza...

—Ya

—... que no se va a escapar

—Sí, es que...

—Llévalo suave y verás cómo solo se endereza

—... no me fío

—Tranquilo

—Sí

—En la botella tienes agua por si te entra sed

—Por ahora prefiero no soltar el manillar

Se ríe. Nos ponemos en fila india. Él delante, yo detrás. Suerte que no corre mucho.

—¿Va bien?

—Sí

Giramos a la derecha. Entramos en la carretera que va a la Ermita de la Magdalena. Empieza la cuesta.

—¿Qué tal?

—Uf

—¿Ya no puedes más?

—Es que esto va muy duro

—¿A ver? —colocándose a mi lado

—Uf, uf

—¿Ves el manguito de tu mano izquierda?

—¿Éste?

—Sí

—Échalo hacia delante

—¿Así?

—Otra vez

—¡Bueno! ¡Esto es otra cosa!

Subimos carretera. Cientos de pinos nos rodean. Huelo. Huele bien. Huele que se mete dentro la naturaleza. Uf, las piernas. Suelto el manillar y cojo la botella de agua. Bebo. Bebo más. Qué fresca. Rafa debe haberla puesto en el congelador. Ay, si voy

sin manos. Tenía razón, suave que solo se endereza.

—No puedo más —le digo

—¿Paramos?

—Un poco, por favor

—Claro

—Estoy agotado

—No te quedes parado

—¿Por?

—Si te enfrías es peor

—¿Y qué hago?

—Camina

—¿Así?

—Mejor hacemos estiramientos

Estiro. Estiro más. A ver si me voy a romper tanto estirar.

—¿Queda mucho? —le pregunto

—Si acabamos de empezar

—Yo te espero aquí

—Si quieres, regresamos

—No, no, podré

—Es que ahora viene lo peor

—Ya

Se ríe. Subimos a las bicicletas. Parece que me responden las piernas. Mira, por estirar. Llegamos a la cima. Ha merecido la pena. Hay una preciosa vista de Benicàssim, la playa y el horizonte del mar.

—¿Vamos?

Descendemos pendiente. Con lo que me había costado subir. Ahora no hace falta pedalear. Sólo frenar antes de tomar una curva. Todas menos una que me abro demasiado y me voy de morros contra el suelo. Rafa que no me ve, da media vuelta y me recoge.

—¿Estás bien?

—Sí

—¿A ver?

—Sólo es un araño

—¿Te duele?

—No. ¡Ay!, aquí sí

—Déjame ver

—Aquí

—No es nada, sólo un rasguño

—¿Y la bicicleta?

—No te preocupes por la bicicleta

—Para un día que me la dejas

—Sube

Desciendo pendiente con cuidado. Sigo a Rafa. Despacio. Carretera a la izquierda y rodando.

—¿Cómo estás?

—Bien, ya casi no duele

—Ay

—Es que ha sido por la gravilla, he tomado la curva demasiado abierta y he frenado tarde

—Tranquilo que no eres el primero que se cae, mira

—Joder

—Siete puntos

—Yo le tengo pánico a los puntos. Una vez en casa me corté con un vaso, no tenía nada, una pequeña herida, pero mi madre se empeñó que fuéramos al hospital, que me pondrían un par de puntos y ya está. Al oír la palabra puntos, me empecé a marear y casi me da algo. Suerte que al final me pusieron una tirita y a correr

—Ja, ja

Llegamos a casa. Bicicletas en la cochera y pasamos al comedor. Me siento en la butaca. Rafa me limpia la herida y echa agua oxigenada. Duele más que la caída. Aguanto sin rechistar, mirando su barriga sin maillot. Nos duchamos. Me pone una tirita en la rodilla. En el codo no hace falta, mejor que le dé el aire. Entramos en la cocina.

—¿Qué te apetece? —me pregunta

—No sé, cualquier cosa

Abre la nevera. Saca un plato con embutido. Cortamos pan y nos hacemos un bocadillo de chorizo y salchichón. Dos cervezas y salimos a la terraza. Tumbados en dos hamacas tomando el sol.

—Qué bien se está —le digo a Rafa

—¿No tienes terraza en casa?

—Ojalá, el único sol que entra lo hace por una ventana y sólo un par de horas por la mañana

—Nosotros pasamos gran parte del día aquí. En verano, cuando no estamos en el chalet, comemos y cenamos en esa mesa, bajo la sombrilla

—Qué suerte, yo estaría aquí siempre

—Pues ya verás el domingo en el chalet con la piscina

Termino el bocadillo. Último trago a la cerveza y a tomar el sol. Se me ha subido el alcohol a la cabeza. Mi cuerpo como que levita. Se abre la puerta de la terraza.

—Buenas —el hijo de Rafa

—Hola —digo cruzando las piernas
—Papá, déjame las llaves del coche que nos vamos a la playa
—Están en mi pantalón
—¿Dónde?
—En la cochera
—¿Qué hay, Lucas?
—Aquí
—¿Vendrás a comer? —le pregunta el padre
—No, que me invita Marcelo a su apartamento
—Hasta luego

Se va. Me relajo. Hablamos. Hablamos de Rafa. Es buen chico, con la cabeza muy bien amueblada. Llamo a casa, que me quedo a comer con un compañero de trabajo. Tomamos café y cortado en la terraza. Fumamos en las hamacas. Habla de Julio, que le admira mucho. Saca ginebra, tónica, hielo, vasos, limón, y nos hacemos un gin. Hablamos de lo nuestro. De lo de cada uno, quiero decir. Admiro su cuerpo. Me dice lo que nunca se ha atrevido a decir a nadie. Yo no me atrevo. Le digo otras cosas de mí, pero no eso. Hace un bonito día bajo el sol.

EN CONSTRUCCIÓN

Freno. Aparco la moto y la cando. Saludo a Rafa. Corro al vestuario. Dejo la mochila y busco a Julio. Habla con Fernando. Se gira.

—¿Nos vamos? —me pregunta

—Sí

—Luego nos vemos —se despide de Fernando

—Adiós

—Ya era hora, Lucas

—Perdona, se me ha hecho un poco tarde

—Tira

Furgoneta hasta el edificio en construcción. Bajamos. Julio habla con el encargado de obra.

—¿Cómo va?

—Hombre, cuánto tiempo

—Desde el bautizo

—¿Y este chico?

—Mi sobrino Lucas

—Hola —estrechándome la mano—, soy Paco

—Encantado

—Igualmente

—Veníamos a echar un vistazo a la instalación

—Julio a Paco

—Ah, pasar

—Veo que está muy adelantado

—Bueno, según el jefe ya tendríamos que haberlo entregado

—Jefes, todo para ayer

—Mira el plano

—Lo llevo aquí, me lo pasaron por fax desde tu oficina

—Ah, perfecto

—Sólo quería comprobar que funcionan bien las salidas de aire. Mira, Lucas

Me explica. Presto atención. Comprobamos la planta baja. Se quedan hablando de las trillizas de Paco y yo subo al piso de arriba. Conecto el aire. Paso por todas las habitaciones. Funciona bien. Escaleras arriba me cruzo con un obrero que baja un cubo de agua. Le saludo. Me saluda con una sonrisa. Huele a tierra mojada. Entro en el primer piso. Le doy al aire. Pasillo a la cocina dos carpinteros gordos fijando una puerta. Me dejan pasar. No sé si podré, el pasillo es tan estrecho. El mayor delante, aguantando la puerta. El joven detrás, con su barriga pegada a mi espalda. No puedo pasar. El joven contiene la respiración hasta que no aguanta más y me empuja hacia

delante. Mi cara cubierta de pelo blanco del pecho del señor mayor. Le agarro del costado para no caer. El joven se sube la barriga con las manos para hacer hueco por abajo. Noto un bulto duro en mis testículos. Su barriga me aprieta en la espalda y casi caigo. Se me abren las piernas. Estiro la camisa del señor mayor por los lados y le saltan dos botones. Mi cara refregando su pelo hasta darme de lleno contra un pecho que me lo trago entero. Miro la puerta. La bisagra encaja perfectamente en el agujero. El pezón del señor mayor en mi garganta. Cae líquido espeso por la junta de la bisagra, aceite negro oleaginoso que contrasta con el dorado. Hago fuerza y paso al otro lado. No sé para qué coño he entrado si la cocina no tiene salida de aire acondicionado. Vuelvo a pasar entre los carpinteros. Me despido de ellos. Escaleras arriba, reviso las habitaciones del segundo, tercero y cuarto. Escaleras abajo, Julio y Paco siguen hablando.

—¿Todo bien? —me pregunta Julio

—Sí

—Paco, nos vamos ya

—Como queráis, ya sabéis dónde estoy

—Gracias

—Hasta luego

LA PAELLA

—Hola, Rafa
—¿Qué hay?
—¿Le pasa algo a la moto?
—La bujía
—Ah
—Que me hace la perleta
—Llevo una de recambio, si quieres
—Bueno
—Espera que la saque
—Ésta la voy a tirar
—Aquí tienes
—Gracias
—¿Y Julio y tu padre?
—Acaban de salir con la furgoneta
—¿Funciona?
—Por lo menos arranca
—Parece que va bien
—Tengo que pasar por la gasolinera
—Te sigo

—¿Quieres, Lucas?
—¿Qué es?
—Donetes
—Gracias
—Vamos, va

—Buenas —nos dice Julio abriendo la puerta del chalet
—¿Qué tal?
—Pasar
—Hola —entre Rafa padre y yo
—¿Queréis una cerveza? —nos ofrece Julio
—Vale
—He preparado —Rafa padre— un porrón de cerveza con gaseosa
—Que dice tu padre —Julio a Rafa hijo—, que vas a hacer tú la paella
—Sí
—Pues, cuando quieras

—¿Tenéis hambre?

—Tranquilo, estábamos con el picoteo

—Iré preparando el fuego. ¿Me ayudas, Lucas?

—Claro

—Ven

—Sí

—Mierda, está mojada, la semana pasada se nos olvidó meter la leña en la barbacoa

—¿Qué hacemos ahora?

—No pasa nada, igual prende, pero le cuesta más

—¿La dejamos al sol?

—Mejor hacemos fuego con papel y trozos de caña, y ponemos los troncos al lado para que se calienten

—De acuerdo

—Ése no, que es muy gordo, de este tamaño

—Sí

—¿Llevas mechero?

—Va, Julio, no seas miedica que no está fría

—Eso lo dirás tú, está congelada

—Si te digo lo que pareces

—Ya voy

—Cuidado con esa parte

—Sí, joder, qué fría

—Sabes que me dejo la empresa

—¿Sí?

—Me han ofrecido un puesto de trabajo en el banco

—¿Donde antes?

—En otra oficina

—Pero, en Castellón

—Sí, aquí

—¿Y cuándo empiezas?

—En octubre

—Ya

—Me llamaron en mayo, pero les dije que no, que había mucho trabajo en la empresa en verano

—Claro, y, ¿sabes quién vendrá por ti?

—Esta semana he abierto el proceso de selección, la gestoría me ha entregado varios currículum y ya he entrevistado a un par de candidatos

—¿Y?
—Me gustaría ver más
—¿Por?
—Por dejaros en buenas manos
—¿Y tu hijo?
—Él seguirá trabajando
—¿Lo sabe?
—Sí
—Pues nada, que te vaya bien
—Ya veremos, que esta gente del banco
—Trabajarás sólo de mañana
—Es uno de los motivos por los que cambio
—Pero, estás bien, ¿no?
—Claro
—Se te va a echar de menos
—Gracias
—¿Hay más motivos?

—Lucas, coge esta bandeja...
—¿Sí?
—... el aceite y la sal
—Vale
—Espera que ponga la paellera
—¿Te ayudo?
—Echa aceite
—¿Así?
—Un poco más
—¿Ya?
—Vale
—¿Y ahora?
—Sazona el pollo y el conejo
—Sí
—Echa la carne ya
—Voy
—Cuidado con el aceite que salpica
—No, si, ¡ay!
—Te he avisado
—No es nada
—¿Te duele?

—Un poco
—Pon la mano bajo el grifo
—Qué bien
—¿Llevas un cigarro?

—Y también quiero tomarme en serio lo del régimen
—Ya
—En la empresa no tengo tiempo para prever las comidas, y llegas a casa y te haces lo primero que pillas por ahí
—A mí me pasa igual
—Y quiero tomármelo en serio, si no luego
—Pues nada, si es para mejor
—Eso espero. Por las tardes iré al gimnasio, que si no ya me conozco, acabo de comer y caigo redondo en el sofá...
—Hm
—... y no me levanto hasta las seis
—Ay, una siesta entre semana, yo ni me acuerdo
—¿Ya has entrado en calor?
—Sí
—Pues pásame la toalla... —saliendo de la piscina
—Toma
—... que no aguanto más
—Yo salgo también

—Ya está la carne, Rafa
—Ahora la apartas alrededor de la paellera
—¿Cómo?
—Pues, con la paleta
—Ah, pensaba que había que sacarla fuera
—No, hombre
—¿Y qué más?
—Echa la verdura y el tomate
—Sí
—Con cuidado de no quemarte
—Ya, ya
—Voy a por el agua
—¿Cuánta se echa?
—A ojo

—¿Y si sobra o falta?
—Ahora te lo explico Fumo cigarrillo.

—Julio
—¿Eh?
—Ten
—¿Qué es?
—Son...
—¿Dos billetes?
—... de avión
—¿Os vais de viaje?
—Desde lo de Sonia, que no salgo de Castellón
—Ya
—Y a veces me agobio un poco
—Normal, ¿y para cuándo?
—La última semana de septiembre
—Bien
—Sí, y
—¿Lo sabe tu hijo?
—A él le gusta viajar solo
—Claro, son jóvenes
—El otro billete es para ti
—Ah
—Si quieres, claro
—No sé
—No importa, los puedo devolver
—No, es que cojo las vacaciones en octubre...
—Ah
—... y no sé si
—Espero que no te enfades
—¿Por?
—Se lo he comentado a Fernando
—¿Lo del viaje?
—Eso también
—¿Qué más?
—Tus vacaciones
—Ah
—Si puedes cogerlas en septiembre
—¿Y?

—Me ha dicho que no hay problema

—Bueno

—¿Entonces?, ¿qué dices?

—Yo echo el agua que cubra la carne, luego lo dejas hervir para que vaya cogiendo el gusto del sofrito, y ahora el arroz

—¿Cuánto?

—A ojo

—Qué difícil

—A vasito por cabeza, pero yo echo más por si alguien repite

—Ya

—Puedes hacer dos montañitas de arroz en cruz, más o menos así, ¿ves?

—Claro

—Y si se chupa todo el agua le echo más, que para eso dejo un poco en la olla...

—Ah

—... pero hay que echarla caliente, que si no el arroz se ablanda, y luego comprueba que no se quede sosa

—Ya

—Con este arroz sobra, ah y una ramita de perejil y otra de romero

—Muy bien

—Hay peña que echa el romero al fuego, así del humo también pilla sabor

—¿Y ahora?

—Que se vaya haciendo sola, cuando empiece a hervir quitaremos fuego para se haga poco a poco

—¿Y nada más?

—Nada. Hostia, sí, el azafrán

—¿Ya está?

—Ahora a fumar

—Que nos vamos a Ibiza, Rafa

—¿Sí?

—Pero me tienes que dejar pagar mi parte

—Quiero invitarte

—Pero

—Julio, por favor

—Bueno, yo me encargaré de

—Bebe

—A tu salud

—¡Chicos!, ¿cómo va esa paella?

—Ya está

Comemos. En la sobremesa reímos los chistes del padre de Rafa. Me parto con el del atracador, pistola en mano, que se le acerca a uno y le pide la pasta. La víctima le dice que es pobre, y el atracador le contesta que qué le va a decir a él si le está atracando con un plátano. Nos tumbamos en las hamacas. Bajo el porche. Julio y Rafa padre se han cambiado las bermudas delante de nosotros. Hacemos la siesta. Duermo. Sueño que vuelo muy cerca del sol.

EL EXAMEN

—¿Estáis preparados?

—Doña Mercedes

—Sí —contestamos

—Tenéis cinco minutos para el examen. Podéis girar las hojas. No quiero oír una sola tecla, y mucho menos cuando vuelva a decir tiempo. ¿De acuerdo?

—Sí

—¡Tiempo!

La siguiente historia que tenía intención de contaros, data de mil novecientos cincuenta y dos. En esta ocasión, la principal característica de nuestro protagonista no es precisamente su aspecto físico, sino su interior. Si me hacen el favor de apagar la luz y poner música. Superjoven —sí, ese es su nombre—, nació una mañana de abril con las flores, en un precioso día de arco-iris de colores, y, lo más importante, bajo los dictados de las pasiones. Ya de muy joven pasaba las tardes leyendo, escribiendo, llorando y riendo, hablando con sus amigos y volviendo a llorar y a reír; expresando el intenso mundo que llevaba dentro de sí. De esta forma conservó su juventud mucho tiempo, a fuerza de ser él mismo, aceptando de buen grado sus virtudes y defectos. Jamás perdió el tiempo haciendo el mal, ni malgastó el mínimo esfuerzo en agradar. Aunque siempre, Superjoven, iluminaba a la gente con su perpetua sonrisa. Cierto es que tanta risa tocaba un poco los cojones, pero sólo hasta que se echaba a llorar, y entonces no podías hacer más que llorar con él. Te atraía, y cuando estabas muy cerca de él desaparecía. Cuánto aprendimos de Superjoven, sí, y yo el primero. Hay que ver cómo le cambia la vida a uno cuando vive en sueño. Y acabo ya, sólo pedirles que no se hagan los remolones, que vivan la muerte de cada segundo y sigan siendo siempre jóvenes.

—¡Tiempo! ¡He dicho tiempo! Muy bien, sacar la hoja y escribir vuestro nombre en la parte superior derecha. Mañana por la tarde estarán los resultados en el tablón de anuncios.

EL DÍA SIGUIENTE

—Lucas, Lucas, ¿dónde estoy? Aquí. Un siete y medio. Doscientas setenta pulsaciones por minuto. De puta madre. ¿Qué tal, Peludo?

—No he llegado a las doscientas

—¿Y qué vas a hacer?

—Joderme

—Hombre

—Hablaré con Don Vicente, pero ni de coña me aprueba

—Ya

—De todas formas, como me quedan tres asignaturas más

—Que tengas mucha suerte

—Eso espero, por lo menos acabar primer grado, luego ya veré si hago tercero

—Claro, así nos vemos

—¿Dónde te vas a apuntar?

—A Fina Izquierdo

—¿Y eso?

—Paso de ir a Grapa

—A mí es que me pilla más cerca, pero si vais todos a Fina Izquierdo, me voy con vosotros, total qué más me da

—Bueno, me piro

—Ya quedamos

—Claro

—Y te devuelvo los discos de Lagartija Nick

Paso por el despacho. No hay nadie. Hago como que espero a alguien. No sé disimular. Me pongo nervioso. Me voy.

—¿Te vas? —me pregunta Don Vicente

—Sí

—¿Seguirás estudiando?

—Sí

—Me alegro...

—¿Sí?

—... de haberte conocido

—Yo también, es muy buen profesor

—Un poco tarde para hacer la pelota

—No, es que, le quería decir...

—Era broma —... bueno, pues

—¿Vendrás a recoger las notas?

—¿Cuándo?

—A partir de mañana

—Vendré

—Nos vemos entonces

Salgo de la academia. Mezcla de felicidad y pérdida. Bajo las escaleras de tres en tres. Empiezo a correr. Mañana, si me atrevo, se lo diré.

FIN

Notas

[1] Torta mal hecha (Ingredientes: 4 huevos, 500 gr. azúcar, 500 gr. harina, 1 vaso de aceite, 1 vaso de leche, 4 sobres de limonada, la ralladura de 1 limón). <<

[2] Sonido que se obtiene pellizcando las cuerdas con los dedos <<

[3] *Adeu. Adios* <<

[4] Más azúcar, más dulce <<

[5] Buenas noches <<

[6] Pareces un pollo encogido <<

[7] Tienda de discos de Castellón <<

[8] La erección matutina no es erección verdadera, es porque te meas. (*La Trinca*). <<